EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Las cuatro estaciones del Último Edén-5

¿No me darás Tú, un laico
junto a Ti, los tuyos y la belleza que,
a mi paso por esta tierra,
mis ojos han visto?

No deja de golpear, en mi mente y por las fibras de mi alma, las palabras de consuelo: “No temas, estoy contigo y te quiero porque eres precioso a mis ojos”.

Y por esto te digo que esta noche, casi toda ella me la he pasado metido en el rumor y dulce consuelo que siento fluir del mensaje que me muestras con este río pero esta noche, además, no he dormido porque a lo largo de toda ella, he sufrido con la angustia del pensamiento de que me arrancan y, quizá ya para siempre y me destierran, del rincón que tanto quiero y por eso, me lamento y casi no vivo desde que ayer por la tarde, subió y me dijo: “Reza mucho para que también nosotros seamos buenos y, luego cuando vuelvas, ya hablaremos”.

Y este mensaje o anuncio frío, Señor mío del cielo, desde el momento de haberlo oído, me alimenta y me llena de inquietud porque yo sé que ellos tienen en sus manos poder para quitarme o alejarme del sitio que me tienes regalado y es donde ya existo más muerto que vivo y, además, parece que me alimento y soy medio feliz porque estoy contigo pero si me alejan, y pueden hacerlo ¿a dónde voy yo, Dios mío, con el cansancio y el desaliento que tengo en mi cuerpo y conmigo?

Así que esta noche, tus palabras, “No tengas miedo, estoy contigo”, me han retumbado en la cabeza y, por

entre el canto del mochuelo que ya casi no tiene pinos donde vivir y por entre el rumor del río saltando por su rincón eterno, me han retumbado tus palabras y mi alma agarrada a ellas, muerta de miedo y de frío, cuando desde el arroyo claro he subido con el puñado de piedras blancas que tanto le gustaban a ella y por eso he recogido, por puro juego, y cuando subía por el camino hacia esta cueva donde me refugio y que es mi fortaleza aquí en la tierra, me he venido diciendo extrañado: "Saldrá y me dirá y me las quitará y me dirá que ya se acabó el sueño en el que tanto ando recogido".

Pero según venía subiendo, a miles de ellos he visto también llevándose mis piedras y aunque a todos los quiero, porque entre todos y mi soledad y silencio, ahora vivo, me he notado con la angustia chorreando desde mi pecho y también me he notado desvalido y atormentado por la cantidad de árboles que han arrancado en la llanura que precede al río y por la tierra descarnada, el asfalto negro con su brillo, cubriendo el rincón amado y tanto han roto y han quitado de su sitio que ni siquiera el cárabo está ya en su árbol porque también se lo han llevado a la tremenda dejando nada más que desgarro y mucho grito.

Por eso te decía y te digo, que tus palabras "No temas, estoy contigo" ¿cómo es verdad que hoy pueden traerme el consuelo y la paz y el gozo que necesito? Y por esto ahora quería decirte, que Dios mío ¿por qué no ya muero y acabo, por fin, de beber tanto amargor en tan frío destierro? Y te lo digo con los ojos llenos de lágrimas y el cuerpo mío sin fuerzas para caminar y el alma, con sólo en Ti un rayo de esperanza y el resto, temblando en lo incierto y frío.

Y también te digo que esta noche, mientras subía con mi puñado de piedras blancas recogidas en el hermano río, me he venido por la vereda que recorre la ladera y al llegar al sitio donde se doblan los pinos, me tropiezo con la laguna de aguas turbias y que siempre están hirviendo y al estar frente a ellas, los vi como jugando y diciendo:
- A esta laguna misteriosa que parece cieno, hay que encontrarle su fin.
Y al instante salí al paso:
- La laguna, que yo lo sé, se traga todo lo que a ella entre y para la eternidad, ahí se queda perdido.
Y también al instante me acordé de tus palabras: “No temas, estoy contigo”.

Y claro que esta noche, Dios y Padre Bueno mío y ahora cuando me despierto, he temblando y estoy temblando sintiendo y pensando que en cuanto hable conmigo me dirá que ya se acabó el sitio en este rincón donde estoy refugiado y por esto te decía y te digo que aunque tus palabras me dan consuelo y ánimo y algo de esperanza, quisiera morir en este temblor tan frío y acabar ya con esta angustia que tanto me quema y tanto me deja sin aire que respirar y, en mi rincón amado, sin sitio.

Me despierto, al canto leve de un carbonero y al alzar mi cabeza y abrir mis ojos para mirar al cielo, he visto que hoy se inicia la mañana llena de niebla o más bien, intensas brumas matinales y, al caer en la cuenta, tres cosas, Dios mío, por mi alma corretean queriendo encontrar su lugar concreto.

El campo que se abre en llanura desde esta mi cueva, las tierras de los huertos y donde estuvo la aldea hasta el borde mismo del río bello, hay que ver cómo lo han dejado de roto y feo y de extraño con sólo tres árboles raquíticos y los caminos todos puro asfalto negro y aceras

de gris cemento y tanto todo lo han desolado que no me extraña que por la noche no cante el cárabo.

Pero esta noche, después de tanto tiempo, he sentido los dolores del reuma comiéndose mis huesos y al poco me he dicho que esto, primero empieza por el abdomen y luego se me corre a los brazos y a la cabeza y se pasea por el pecho y por fin, parece que se aposenta en el muslo de la pierna derecha y ahí se queda durante un tiempo hasta que, y esto ya lo sé, comienza a esfumarse lento.

Y claro que dentro de mi alma, esta noche y esta mañana también tengo mi dolor concreto pero como a todas horas te pongo en mi pensamiento, desde ayer ando meditando y nítido viendo que a pesar de todo lo que ocurra y los que lleguen, se lleven por delante, tu amor en mi alma, a Ti concreto y, de mi corazón, mi sueño ¿qué o quién me lo quita o arranca suceda lo que suceda o vaya a dónde vaya o pase el tiempo?

Por mi derecha y, desde este nido construido de ramas, hierba, sábanas de viento y trozos de luz que me presta la mañana adornados con la sinfonía de las cigarras, siento el chorro de agua brotar y caer y a ratos me pongo a pensarlo y me digo: “¡Si este manantial no estaba aquí ayer!”

Y no es cierto porque el venero de aguas saladas, el que sangra desde el corazón del cerro y, en abundancia se hace charco y luego surco que cae fiero por la ladera de los pinos, buscando el centro que es por donde pasa el río, mana y corre aquí desde la noche de los tiempos.

Así que a ratos también me digo, que lo que pasa es que, desde que las ovejas y las cabras no sestean junto a

él ni beben de sus aguas, todo parece como más viejo o quizá tan nuevo que esta misma noche ha nacido por primera vez y por eso también me digo que cuando yo ya no esté respirando por este suelo ¿tendré conmigo, con la misma fuerza y belleza que ahora gusto y veo, estos trozos de sierra que tan dulces me saben, hasta en mis sueños, porque son trozos de eternidad y de Ti, puros reflejos?

Quizá sea que Tú quieres tener conmigo un detalle más, al amanecer de este nuevo día de agosto, que ya va caído por su mitad, porque por el pino grande que, en la roca que me corona, sigue clavado, de pronto y cuando menos me lo esperaba, he sentido cantar al cárabo y tan nítido me ha llegado su grito que por primera vez, se me ha antojado que estaba, de mí, a tres pasos.

Y al retumbar su voz, como en aquellos días, por el barranco, se ha asustado el mirlo y ha salido volando, lanzando al aire puro de la mañana, su chorro de trinos escalonados y las urracas y los carboneros y el pájaro carpintero, también se han unido al coro improvisado y yo, que otra vez con la luz de tu belleza mis ojos llenas, al principio de este día que es puro regalo, me he acordado de Ti y enseguida me he dicho, como rezando:

Hoy, Creador mío, en tus manos y en tu amor de Padre bueno, pongo el latido de mi corazón y te pido por la madre que se apaga en la ciudad lejana y por los hermanos que me has dado por compañeros y, como dentro de unos días va comenzar el curso, pon tus manos y que las preocupaciones que ahora me están asustando, no se concreten ni rompan el gozo, que a Ti debo, por tanto.

Si no fuera por la sombra gris que sobre mí se cierne planeando su amenaza hasta cuando duermo, me despierto y tiemblo bajo el mundo terrible que contagia, si no fuera por este agudo temblor que se apodera de mi corazón y nubla la luz de mi alma llevándose la paz que en ella mora y dejando sólo inquietud y amanecer amargo, si no fuera por esta nube que todo mi sueño empapa, qué dicha más gozosa, Dios mío, con el regalo que me tienes hecho y tu presencia tan clara.

Y lo digo porque anoche, siguiendo la senda amada que remonta por la ladera y, en compañía del padre santo que eterno por estos montes y conmigo vive hecho llamas, remontamos hasta la llanura que entre los dos cerros se encaja y al estar por entre las encinas de troncos retorcidos y de ramas largas, me dice:
- ¿Recuerdas este rincón de aquel día y aquella mañana?
Y como lo estoy viendo no ya con los ojos de la cara si no en el río puro que desde mi espíritu rebosa y se alarga hasta lo intangibles y corona que Tú regalas, le digo:
- ¡No lo voy a recordar, padre si no hay sobre este suelo un paisaje que tenga más luz clara y transmita más consuelo que este de las encinas largas!

Y siento que me coge de la mano y me asoma al barranco del lado de la mañana y al abrirse la profundidad y la ladera blanca, me dice:
- Y ahí, mira las casas todavía fundidas con la tierra y eternas hechas belleza aunque estén calladas y junto a ellas, mira cómo arden las caleras y al viento expande sus llamas y más abajo, fíjate en el arroyo y cómo al despeñarse canta ¿qué canción y que te recuerda hoy este escenario y la luz que de él mana?

Y como todavía, frente al jardín de tu creación, no sé hablar pero sí dentro, Tú y tus maravillas, hasta en sueño me achicharran, digo:
- Que si no fuera por la sombra gris que hasta cuando duermo amenaza, ¡qué plenitud redonda de gozo y qué fragmento de Dios más perfecto en esta limpia mañana!

No tenían que haberme llamado porque ni ellos ni otros, tienen ninguna obligación de invitarme a las inauguraciones de las cosas que, a lo largo del año, estrenan en esta sierra nueva pero pasaba por allí y al verme, me han dicho:
- Llega y ve lo bonito que ha quedado.

Y me he parado y despacio he visto un trozo de la nueva carretera que será calle y por eso tiene ya las farolas puestas, los pasos de peatones pintados, los stops marcados y las rayas continuas bien hechas y luego he visto la nueva casa de piedra y dentro, las mil cornamentas y las cabezas de jabalíes y los nidos de arrendajos y al fondo, la chimenea con los trabucos colgando y las gorras y las cartucheras.
- ¿A qué es bonito?
Me han preguntado y le he dicho que sí, a medias y he salido fuera.

Y al mirar a la tierra, otra vez me he dicho que no tenían por qué haberme llamado porque ahora ya, final de agosto y con el mes de setiembre a dos pasos, lo que más echó de menos son las viñas y las parras con sus tallos, por las mismas tierras que hoy son carreteras y en ellas, los racimos dorados y yo, cogiéndolos llenos de gusto por dentro y comiendo uvas dulces como tantos años pero ¿ahora?

Ya el otoño aquí a dos pasos y yo, desde mi prisión soñando y por eso te decía y me digo, que no tenían que haberme llamado.

Está la mañana limpia y por la ancha sierra, la luz del sol baña, vistiendo de transparencias, las hojas que en los frenos tiemblan y cada gota de rocío, junto con los mil chorrillos de agua, que mana de la dulce sierra.

Y está la madre con la niña, frente al valle, sentada sobre la piedra y desde ellas para el lado del sol de la mañana, las cabras comiendo su hierba, llenando plácidamente a la inclinada ladera y yendo de majoleto a majoleto, por los lentiscos y las hiedras.

Y la niña que es primavera y, todavía amapola acurrucada junto a la madre buena, al ver el panorama de sus cabras, la amable tierra, el collado tapizado de verde y el agua limpia que es esencia, pregunta:
- El azul del cielo que con las nubes juega ¿quién lo pintó tan bonito en este día que de nuevo llega?
Y la sencilla madre:
- La cara azul de este cielo y el cristal de la escarcha que en la cascada cuelga, es obra del artista que dio forma y puso antorchas en las estrellas.

Y la hija de la serrana, que es real princesa donde los ruiseñores cantan y los romeros cuelgan por las peñas:
- Madre ¿y lo de aquella pastora que tú me decías, nació vivió y en estas tierras?
Y la reina enamorada, no sólo del aire que respira y del corazón que a su lado sueña, sino hasta de la luz limpia que la mañana lleva, amorosamente habla y sin querer, enseña:

Una pastora en el campo
guardando las suyas cabras,
con el rosario en la mano
Haciendo la vida santa.
Vino bajando una nube
de las cortes soberanas
en medio de aquella nube
vido bajar a tres damas,
dos vestidas de morado
y otra vestida de blanca.

La niña como era joven
al suelo cayó turbada,
así que se desturbó
la Virgen le preguntaba:
- Dime divina pastora
¿de quién son aquellas cabras?
- Tuyas son Virgen María,
tuyas son Virgen Sagrada.
- ¿Tú me conoces a mí
que tan dulcemente me hablas?
- Sí la conozco a usted,
que es la Reina Soberana.

La agarraron de la mano
a los cielos la levantan,
con pitos y clarinetes
y vallonetas y cajas.
El padre de la pastora
muy afligido en su casa:
- ¿Dónde estará mi pastora
que no viene con sus cabras?
Se oyó una voz del cielo:
- Pastor ahí tienes a tus cabras
que la divina pastora
en el cielo está coronada.

El que bien hace por Dios
ese mucho más alcanza, amen.

Desde la mañana, ahora que además de fresca se presenta clara porque todavía viene cargada de invierno y de cristales de espeso hielo, por entre las violetas pálidas y el rocío que mana del arroyuelo, me alzo humillado a la luz que llega y al saludarte arrodillado, te doy las gracias y aunque estoy triste y algo me muero en este rincón de la esperanza, donde me siento único y todavía algo dueño del arroyo y la cascada que de Ti recibí sin merecerlo.

Y en la mañana clara que llega de frente toda ancha de frío y de silencio, me gusto desde mi centro, justo por donde sigue yendo la vereda que, rozando las aguas, lleva a los manantiales azules y parece que se para frente al charco nítido de las olas malva.

Y como todavía me lleva el tiempo como de la mano, sin querer me encuentro entre los que conozco que, como si fueran de recreo, suben para los manantiales y por aquí se paran y al verme, miran y dicen:
- A ti no te hemos invitado aunque sabemos que conoces estos rincones como ningún otro hermano.
Y entiendo que me están diciendo que junto a ellos, estoy sobrando y por eso, me vuelvo para la senda y al volver los pasos, bajo la encina vieja, me tropiezo con la hermana que al verme dice:
- No te importe que no te quieran porque ahora mismo estoy jugando con el rocío que tiembla en la hierba y voy bajando por la corriente del arroyo y en cuanto llegue a la cascada, ya verás, como en aquellos tiempos, qué juego y qué sensación de luz y libertad en el alma.

Y como entiendo que me está diciendo que a su lado no estorbo ni en su proyecto de juego, tampoco, quiero

decirle que los de siempre, de entre ellos me han echado y ahora pretenden ser guías de montañeros y como en tanto, prescindiendo de mí y del amor que dentro llevo, por los rincones y campos pero no se lo digo sino que me uno a su juego que es el inocente y todo resplandeciente de luz y con el agua de nuestro arroyuelo.

Y en la tarde ancha que se parece mucho a esta mañana clara, la hermana de mi corazón, la que es ángel de luz y con amor Tú la tienes adornada, la veo que primero salta por la corriente y luego se hunde en el charco y en cuanto sale, se va por el borde de la cascada y en el escalón grande que retiene y expulsa el agua en forma de abanico todo teñido de colores, ella se para y al mirarme me dice desde su juego:
- ¡Salta que aquí te espero!

Y miro hacia el barranco por donde llega y me acaricia el aire y al notar la profundidad y el vacío grande y verla a ella en el mismo centro y manchada de agua, le digo:
- Ahora mismo salto y como en aquellos tiempos, de la mano del que te quiere y tan sólidamente amas, ya verás como me hace vuelo.
Y ella:
- Eso es lo que estoy esperando y como tú, también lo quiero.

Y en la tarde clara que casi de pronto, sólo para nosotros palpita y como tantos otros días, generoso nos regalas, me siento alegre a pesar de su desprecio un poco más arriba y a pesar de castigarme, dicen ellos, a la ignorancia.

Y como en esta mañana limpia que viene ahora cargada de invierno, me recojo en Ti, en el centro de la cascada frente a ellos y donde tiene su mejor juego y me

digo que Tú, hay que ver como generoso llenas al alma del mejor consuelo y justo donde ellos me siguen rechazando y es también donde corre claro mi arroyuelo y brotan los manantiales del agua y la hermana dulce, inventa sus juegos.

*** DESDE LA MODERNA CASA** de grandes cristaleras transparentes y balcones frente a la amada tierra, al caer la tarde miro y mientras el alma se me llena de tristeza, en silencio y la melancolía me digo:

“Dios mío, por detrás de aquel cerro largo y de monte espeso, corre mi río y por la grandiosa ladera que desde el collado cae, va la vereda que amo y dentro llevo y, donde se juntan los arroyos claros que bajan de las cumbres de los cierzos, se remansan los charcos de las aguas inmaculadas y un poco más adelante, es donde tengo el gran misterio que desde aquellos tiempos, me tiene el corazón partío”.

Y desde la moderna casa de escaleras de mármol y el ascensor nuevo, angustiado y ya más que muerto en mi cuerpo sigo y mientras mudo la desolación respiro, desde la fría cárcel, amargo me digo:

“ Dios mío ¿por qué este destierro de Ti y el rincón que me regalaste en aquellos días bonitos si sólo amo y de tanto amar, ya muerto estoy aunque siga vivo?

*** ESTOY SOLO SENTADO EN LA LADERA,** frente a la tierra y lloro. Tengo mi alma triste y es porque me quema la soledad de su ausencia y a pesar de que busco y medito, me siento dejado de todos y desterrado. El paisaje me quema y por eso busco y me consuelo en ella. Pero de la otra totalidad, estoy ignorado y, siento, que hasta proscrito porque no estoy con ellos.

Y mientras medito y lloro, me crece el deseo de irme ya y así perder de vista lo que no puedo soportar y me quema con la acidez de lo incompatible. Tengo agrio por dentro el corazón y el aire me besa dándome el consuelo que el mundo me niega. Y como frente a mí tengo la tierra, la miro melancólico y a mi derecha, veo lo que es juego en el mundo donde muero.

El cachorro del perro y el lechón negro, que retozan por el agua del arroyo y beben de la esencia que le regala la tierra. Y como muero y lloro porque me noto solo, me digo que ellos son mi única clave, referencia y sostén, frente a la sequedad de la tierra que me quema. Pero en el corazón siento el desprecio y la condena de los que son de mi especie y por esto, triste, lloro.

* **ANOCHE SOÑÉ** que por fin volvía al terreno y al llegar al cortijo, casa y nido de los míos en aquellos tiempos, lo primero que vi fueron las ruinas de sus paredes, sus tejas rotas y esparcidas por el suelo, sus vigas podridas y, donde estuvo la estancia que fue mi cuna en las crudas noches de aquellos inviernos, creciendo las zarzas y los lentiscos y las cornicabras y entre las gigantes nogueras, creciendo los pinos y, la fuente que daba aguas tan limpias, sólo charcos de puro cieno.

Pero en mi corazón, yo anoche estaba contento porque lo que tanto de siempre he querido, en el fondo lo estaba viviendo y era volver otra vez a pisar la tierra que tan mía y sangre, llevo dentro y por esto, recorrí la senda, pisé la tierra del collado y junto al otro limpio venero de la vieja encina, me senté y mudo miré al cerro y en mi alma me dije: “¡Dios mío, qué bien, que por fin he vuelto!”.

Y al instante desperté y como tantas veces, descubrí que era sueño lo que ante mis ojos y mi alma, tenía y entonces me dije: "Dios mío, todavía sigo preso y lo que creí era por fin la libertad, una vez más descubro que es puro sueño".

Anoche soñé
que era otra vez libre y dueño
del rincón donde nací
y jugué mis dulces juegos,
pero cuando desperté,
aun seguía, en mi cárcel preso. [1]

* **LLOVIÓ SIN PARAR TODA LA NOCHE.** Y como a lo largo de los tres últimos días, tampoco había parado la lluvia, cuando amaneció aquella mañana, la tierra tenía tanta agua, que sudaba a chorros por cualquier rincón.

Y por esto, cuando el padre se levantó, buscó leña, prendió fuego a las piñas y ramas secas, cogió la silla pequeña y frente a la lumbre, se sentó. Puso las trébedes encima de las ascuas y la sartén en lo alto y paciente, comenzó a dorar las migas buenas.

Y como afuera, por el barranco inmenso de las encinas viejas y las laderas de los romeros, la lluvia seguía cayendo, la mañana que llegaba, se le veía cuajada de niebla densa y oscura un poco en su centro. Y al cortijo humilde, aunque bello y recogido en sí, parado en el corazón de la profunda sierra y dentro, ellos acurrucados alrededor del fuego y en la eterna espera.

1Nota del autor: este fragmento fue publicado en el suplemento cultural del diario Jaén, "Paisajes", el día 17-3-99, página 38 y con el título de "Anoche soñé".

* Iba ya cayendo el día y grandioso y mudo, avanza el gran camino viejo que cruza la tierra amada primero, de la llanura menor y luego, de la hondonada, el arroyo, la espesura cuajada de encinas y las piedras blancas.

Y con el gran día que ya se apaga, voy yo pisando la tierra, mudo y hasta con mi carga de la manta vieja, el colchón de pobre lana, la pelliza y la barja y, mientras camino hacia la meta y me pierdo en la hondonada, para mí me voy diciendo: “Dios mío, que en cuanto llegue, encuentre trabajo y si no tengo casa, regálame una cueva entre la hierba verde y si pan no dan, déjame que duerma junto al agua que mana del gran venero de la cañada”.

Y voy en mi paso lento, con mi carga, mi dolor por dentro y la soledad de la tierra y avanzo con mi amargo pensamiento endulzado sólo con lo que sueño, cuando ya cae la noche y la senda no se acaba ni me encuentro con los amigos ni tengo trabajo ni cueva ni casa.

Y mientras paro al borde del camino y miro a las estrellas, me digo: “Dios mío, otra vez solo y sin comida ni trabajo, ni casa ni tierra ni los míos”. Y oigo que me respondes: “ Todavía tienes una manta vieja, un colchón de lana, tu soledad y el amor con que a la tierra amas y yo a tu lado dándote la fuerza”. Y te digo:

“Pero Dios mío,
tan desnudo frente al camino
y esta espera larga,
qué duro y con la noche
y tanta ausencia amarga”.

* **AL CAER LA TARDE,** bajo por la senda y conforme voy acercándome al río, el asombro nubla mi alma. Los

álamos del cauce, la corriente por el centro, los charcos remansados y el rumor de las cascadas, Dios mío, cómo se me clavan doliendo.

Y como puedo pero triste en mi corazón por tanta ausencia y tan amargo ahora el recuerdo, termino de recorrer la senda y ya estoy al borde mismo de las aguas claras y arropado por la sombra de las adelfas y los fresnos y, por los lados, coronado de las cumbres y laderas de luz y misterio.

Y al querer seguir por la vereda, al frente y saliendo sus raíces de las aguas limpias y de la tierra negra, la gran noguera del tronco blanco y viejo y de ramas inmensas. Y como por debajo de ella avanza la senda, todo mi yo inmortal y, en la nube de la sombra espesa, se me queda hecho silencio.

Y respiro porque deseo seguir viviendo pero es tanto, Dios del cielo, lo que por aquí tengo y en compañía de los míos, ahora ya desvanecidos en el tiempo, que se me ahoga la respiración y se me marchita el corazón, del dolor que siento.

* La madre decía: “En la vida de las personas, a veces, hay experiencias y sensaciones que resultan más dulces y reales en sueños que despiertos”. Y la madre, como en tantas cosas, tenía razón y ahora que ha pasado el tiempo, lo descubro y, con nostalgia, recuerdo.

Por la curva que traza la senda donde cruza el arroyuelo, iba yo aquella mañana con la hermana de la mano. Caía el sol, estaba quieto el viento y de la hierba verde y el bosque de los romeros, manaba un perfume tan fino que se hacía camino hacia el azul del limpio cielo.

E íbamos los dos charlando de cosas intrascendentes pero hondamente inmersos en nuestro juego, cuando al coronar el morrete que cae desde el peñasco negro, se nos aparecen las cabras. La manada que viene del barranco de los huertos y al encontrarnos frente, ellas y nosotros, se quedan y nos quedamos quietos y todos mirando a ver qué pasaba o qué se hacía en ese momento.

Y al instante, sentimos como se paró un poco el sol, se puso más en calma el viento, se llenó de curiosidad la corriente del río, las ramas de los fresnos dejaron de moverse y la hierba en la ladera, exhaló como un bostezo y ellas y nosotros, allí sobre la tierra y con la mañana por centro.

Y recuerdo yo ahora que este cuadro tan sencillo y bello, fue como lo que nos decía la madre buena: "Que hay experiencias en la vida que aun siendo sueño, son tan intensas y dejan tan sutil acento, que superan a la realidad más exacta de cualquier otro momento".

* Se me detiene y descansa el recuerdo en la conocida cueva que las rocas modelaron y en el hueco frío y paredes negras del humo de las lumbres, nos va arropando la noche mientras en la tierra la madre, el padre y el hermano bueno, extienden sus pieles de ovejas y se van acurrucando al calor del apetecido sueño.

Fuera, tierra llana y áspera por donde crece la hierba, se amontonan las ovejas, ladra el perro y por entre los espacios del viento, brillan las estrellas, compañeras del padre que antes de dormir dice desde su sueño:
- En cuanto amanezca, nos ponemos en camino a ver si al caer la noche ya estamos en aquellas tierras y a ver si este año tenemos suerte y vendemos bien los borregos.

Y acurrucados los tres en la estrecha cueva, nos vamos durmiendo en el consuelo de lo que padre sueña y por eso quizá ahora, a pasar frente al agujero que aquella noche y otras nos protegió de la mejor manera, se me detiene y descansa el recuerdo como si todavía fuera presente el momento exacto de aquel sueño con su amable espera.

* Hay vivencias que se agarran al alma con tal fuerza que aunque pase el tiempo, no sólo no se marchitan sino que resurgen cada día con el vigor y belleza de lo eterno.

Y lo digo, porque aquel día, al poco de salir el sol, con la hermana que en mi sangre es princesa, fuimos y a la tinada abrimos la puerta y al instante los marranos se esturrearon por la gran ladera, se perdieron por el barranco y unas horas más tarde, siguiendo la senda, traspusieron por el cerro y se quedó el campo en la placidez de una gran espera.

Pero cuando caía la tarde, con la hermana bella, subí por el repecho de las encinas viejas y mientras íbamos jugando, cómo se me clavó en el alma la dulce escena y al coronar y ver el barranco y por el río a nuestros marranos, cómo se me hizo esencia aquel cuadro inmenso de los charcos y los fresnos y el río con sus curvas y por allí, los marranos y la hierba y sobre el cerro donde se juntan y dividen las veredas, yo con la hermana frente al infinito y la inmensa sierra.

Por eso decía que en la vida hay vivencias que se hacen fuentes en el alma y ahí manan ellas dulces y amorosas en chorros de eternidad y aunque pase el tiempo, no se secan nunca sino que se avivan y renuevan

y cada día y, en las noches de vigilia, palpitan con más fuerza.

* El otoño se hizo presente y al poco, las negras nubes cubrieron el cielo, las finas lluvias regaron los campos y antes de que llegaran los fríos del invierno, limpia y densa brotó la hierba y en los rodales de tierra buena, el trigo, la cebada y el centeno y así fue como las tierras llanas de la gran llanura, de verde y vida otra vez se vistieron.

Y estaba ya el invierno un poco avanzado cuando se hicieron presentes los fríos y con ellos, los vientos y las nieves blancas y por las noches, en los charcos de las fuentes y las cañadas, crujieron los hielos y luego brilló la luna de los primeros días del mes de enero y cuando se intuía pero no del todo se esperaba, volvieron a cubrirse de nubes los azules cielos.

Aquella noche se durmió en calma y cuando todo estaba en su más hondo silencio, los copos blancos revolotearon y ayudados por el viento, mudos y fríos iban cubriendo los caminos, las fuentes, los calares y las cañadas y al amanecer de aquel día, los campos estaban tan blancos, que no se veían ni sementeras ni enebros ni retamas ni tinadas ni ovejas.

Y el otoño que había llegado tan generoso, de pronto se hundió en el seno de la más grande de las nevadas y en el más crudo de los inviernos y hoy, desde la distancia y la triste pérdida, refugiado en la luz que llega, lo gusto, desconsolado y amargo, en mi recuerdo.

* El cuadro era de excepción y para que no se pierda, lo pongo aquí: con los hermanos, aquel día, bajé por la senda y en el rincón de las encinas viejas, nos quedamos.

Por la tierra estaban las ruinas del cortijo y en el paladar del alma, la imagen de la madre buena sentada junto al fuego.

- ¿Has venido?
Me pregunta ella.
- He venido y qué consuelo estar contigo.
- Pues no te quedes mucho por si se te hace de noche y luego no ves la vereda.
- Pero si no quiero irme.
- ¿Y quién cuida de los marranos y las ovejas?

Y sin querer irme, salgo del cortijo y me acerco a la chiquera. Veo que la piara, por su cuenta, se ha escapado del corral y por el arroyo arriba, se ha ido hacia la profunda sierra. "¿Qué hago yo, sin querer irme de ella y con los marranos perdidos por el monte?".

Y el momento extraño, que es más alma que tierra, se me clava en la eternidad y hoy, cuando con los míos vuelvo, lloro y sufro y gozo frente a la tierra y el recuerdo con su ausencia. Por eso decía y repito que el cuadro era de excepción y yo dentro hecho vida sin carne y dulce tristeza.

* Está la mañana limpia y por la ancha sierra, la luz del sol baña, vistiendo de transparencias, las hojas que en los frenos tiemblan y cada gota de rocío, junto con los mil chorrillos de agua, que mana de la dulce sierra.

Y está la madre con la niña, frente al valle, sentada sobre la piedra y desde ellas para el lado del sol de la mañana, las cabras comiendo su hierba, llenando plácidamente a la inclinada ladera y yendo de majoleto a majoleto, por los lentiscos y las hiedras.

Y la niña que es primavera y, todavía amapola acurrucada junto a la madre buena, al ver el panorama de sus cabras, la amable tierra, el collado tapizado de verde y el agua limpia que es esencia, pregunta:
- El azul del cielo que con las nubes juega ¿quién lo pintó tan bonito en este día que de nuevo llega?
Y la sencilla madre:
- La cara azul de este cielo y el cristal de la escarcha que en la cascada cuelga, es obra del artista que dio forma y puso antorchas en las estrellas.

Y la hija de la serrana, que es real princesa donde los ruiseñores cantan y los romeros cuelgan por las peñas:
- Madre ¿y lo de aquella pastora que tú me decías, nació vivió y en estas tierras?
Y la reina enamorada, no sólo del aire que respira y del corazón que a su lado sueña, sino hasta de la luz limpia que la mañana lleva, amorosamente habla y sin querer, enseña.

* El día aquel, parecía el más bello de todos los días que se han paseado por estas sierras. Era por la mañana y al asomar por la senda, vi a las ovejas pastando por la solana de la derecha, el río cruzando por su centro y en la ribera, bajo los fresnos y en el chozo, a la madre con su hija y al perro con ellas.

Y así que me acerqué, le pregunté y me dijo:
- ¡Ven y verás!
Y la seguí pisando la hierba y al salir, frente vi el borbotón del agua cristalina manando de la tierra y luego al chorro saltando y al charco remansado entre las piedras. Y como me quedé sin palabras, sólo dije:
- Hermana bella, tanta agua y tan limpia y también fresca ¿de dónde viene y a dónde va y tú con ella?

* Ellos son los tornajos de la cumbre que en mis sueños, cada noche se me presentan siempre con la misma fuerza y el misterio de lo que es primavera en la región de la eternidad.

Y no hablo por hablar porque en mi sueño, en esa vida real que late mientras duermo y tiene dolor, sabor y olor, sí puedo ver y probar lo que más allá de la materia y con otro traje y dimensión, es la eternidad que yo llamo esencia. Los veo clavados en la misma tierra del collado estrecho y cayendo a ellos, el limpio chorro de agua y creciendo a su alrededor, la hierba y como al manos para mí son tan bellos, en mi sueño, los siento límites o puerta de un infinito a otro infinito y claro que por esto desprenden tanto misterio y me saben tan dulces en la tristeza. A los tornajos del collado, que mudos y en la misma tierra siguen clavados, los siento yo como al eslabón que amarran aquellas vidas bellas, los míos y hermanos, con lo que es polvo y se lleva el tiempo y lo que es inmortal materia.

* Yo vi a las vacas que subían por la fértil tierra que se hunde en el arroyuelo y noté que ellas venían redondas en sus lomos y en sus andares lentos y como el paisaje que les arropaba, estaba también redondo de verde y macizo de plantas jóvenes, yo vi que el cuadro y el momento, era único entre tantos y en la mañana que llegaba sin saberlo.

Y como padre estaba a mi lado, repartiendo su cariño entre ellas, la tierra que daba vida a la hierba y el hijo que a su diestra tenía quieto, quise preguntarle el por qué de tanto dolor de lo que es tan amablemente bello pero guardé silencio y durante un rato más, seguí absorto en la redondez de las vacas pisando la tierra que cae desde la ladera y se hunde en el arroyuelo.

* Al rozar hoy el rincón y mirar por la ladera, veo el monte cubriéndola, las rocas grandes y las encinas viejas y, por donde la pendiente era más fuerte, no veo pero adivino desde la ausencia, a la madre doblada en la tierra y con su escavillo en las manos, escardando la sementera.

- Baja a la fuente y te traes un cántaro de agua fresca y luego te vas por donde crecen los robles y procura que las ovejas, no se coman los garbanzos ni las otras siembras.

Me dijo aquella última tarde y yo, siguiendo fiel lo que desde el amor me aconseja, me voy por el rincón amado y mientras bebo del viento que acaricia y mudo juega, me voy diciendo: "Dios mío ¿por qué mañana, eterno, será invierno lo que ahora es tan dulce primavera?".

* Cae la tarde y como del campo está manando la dulce primavera, con el leve viento que pasa y el calor breve que todavía brota de la tierra, lo veo llegar pisando la espesa hierba y al rozarme con el perfume que aún es ilusión en su corazón, quiero preguntarle cuál es la ausencia que le tiene presente pero me quedo mudo y quieto mientras lo veo ir por la sencilla senda.

Y descubro que su caminar es hermoso casi como la misma luz que va tiñendo de sombra la tierra y al llegar al barranco, mira y solemne mueve su cabeza y vuelve y retorna por las mismas pisadas y observa al frente y como si no encontrara, sigue buscando inquieto y todo sumido en su mundo interno y frente al manantial se para y como quien leyera, se queda embelesado y al momento vuelve y busca presuroso porque la amada luz del día, se va y a oscura, el hermano campo, queda.

Y como lo sigo viendo y ahora hasta me doy cuenta que llora amargamente, me acerco y me pongo al frente y entonces al verme, siente como vergüenza y desde su amargura y su voz de cielo, me dice y me pregunta:

- En el alma mía y el beso dulce que ahí es eterno,
una fina voz que es caricia y tristeza,
me dice que por aquí estaba
¿cómo es que ahora no lo encuentro
sabiendo que está y,
con el mismo amor de aquellos tiempos,
me abraza, ama y besa?

En la tierra negra que deja al descubierto el arroyo pequeño, justo donde crece el fresno del tronco torcido, maduro y viejo, esta mañana se amontona la escarcha que, al pasar, ha dejado la fría noche del invierno.

Y ahí mismo, por la primera ladera, todavía chorrean las matas de las calabazas y cuelgan, hermosas y desteñidas por el tiempo, los frutos gordos como esperando un poco más a ver si el cielo y la niebla de esta noche oscura, los madura del todo y los deja por completo añejos.

Y claro que recuerdo cuando aquella mañana subí siguiendo los pasos de la niña hermana, buscando los últimos frutos del invierno y al llegar a las tablas de la tierra buena, padre nos saludó diciendo:
- Al amanecer de los días estos del invierno, en la solana que desde el río se alza y bajo las rocas del agujero, se ve una maravilla tan grande que aquello ¡qué misterio!

Y le decimos nosotros a padre que un día tendremos que ir a verlo porque hoy, de la tierra negra del embarrado huerto, tenemos que recoger las calabazas que todavía cuelgan por la torrentera donde crece el fresno.

Se le ve, al cerro, chorreando sus laderas, todas surcadas de sendas y por la parte más alta, se le ve redondo y repleto de llanuras pequeñas, por donde los peñascos y la hierba, se apiñan llenos de asombro.

Y ahí, donde parece acabar el infinito porque termina la cuesta y ya todo es la redondez del cerro, a él se le ve caminando tras su rebaño de ovejas que van y vienen y regresan del valle a las praderas de las cumbres, por donde la nieve se espesa.

- Pues cuando llegues con tus borregos, los separas y los dejas, por las llanuras anchas que se extienden por la derecha.

Comenta el hermano amigo al pastor que remonta el cerro.

- Cuando llegue con mis borregos, me parecerá mentira y con esta lluvia fina que nos empapa calando hasta los huesos.

Y desde lejos y al otro lado del tiempo, si se mira atento, se le ve, al cerro, redondo en su parta más alta, algo más abajo, al pueblo y ya en lo hondo del todo, al valle en su silencio y por las sendas que remontan, se le ve al pastor luchando con sus ovejas.

VOLVIERON LOS CEREZOS a cubrirse de flores blancas y, el aire cálido de los meses largos, volvió a llenar de perfume las mañanas y al poco, las ramas de los cerezos, volvieron a cubrirse de hojas verdes y el viento

al pasar, de nuevo llenó de aromas las Vegas y las cañadas.

Y no tardaron en volver otra vez las golondrinas negras que al revolotear se les ven manchadas y en las ramas de los cerezos y los almendros, se posaron ellas y con los días nuevos y en las alboradas, esparcieron sus trinos por el mar celeste de la primavera mágica y al poco, volvieron los ruiseñores a cantar por entre las zarzas.

Y cuando el sol de los primeros días del verano, brilló en lo más alto, una vez más volvieron los cerezos a llenar sus ramas de frutos color sangre y a teñir de vida y de esperanza, a las mañanas hermosas del verde Valle y cuando ya nadie lo esperaba, los niños serranos de los cortijos blancos, desparramados por las tierras llanas, volvieron a jugar sus juegos de gañanes, pastores y dulces hadas.

Y estaban ya los garbanzos de las tierras buenas, bien maduros en sus vainas, cuando oyeron el rumor del agua y al poco, medio asombrados, medio llorando y el resto deshechos en el alma, se fueron yendo de sus cortijos por las veredas que inertes callan y al volver la vista para atrás y observar, desde la distancia, vieron como sus cortijos, sus tierras, sus ovejas, sus cerezos y sus vacas, se quedaban sepultados para siempre bajo las azules aguas, del gran pantano de la Vega que por primera vez, grandioso se remansaba.

Y desde aquel amanecer y aquella inolvidable luz del alba, ya no volvieron a florecer los cerezos ni revolotearon más las golondrinas al posarse en sus ramas ni tampoco cantaron los ruiseñores junto a sus nidos entre las zarzas y los niños, callados y a coro, dijeron: “cuando la

primavera vuelva a teñir de rojas cerezas nuestros juegos en las mañanas ¿por dónde encontraremos un rincón libre que tenga tantos cerezos cuajados de flores blancas?”.

A LA NIÑA HERMANA, río azul por donde van las estrellas, se le ve en su juego justo por donde surca la senda tapizada de matas de enebro y corre el hililllo de agua que brota bajo la piedra.

Y como es invierno y la escarcha de la noche ha pintado de blanco la hierba, el padre de la niña dulce, ha encendido una lumbre justo pegado al camino y en el recodo de tierra.
- Para que te calientes tú en esta mañana gris que tanto frío de hierro clava en las tiernas carnes de tu cuerpo.
Le dice el padre.

Y como el hermano pequeño también está ahí tiritando, manchado de barro y de las aceitunas de los olivos que caen por la ladera, como si pidiera permiso, se acerca y donde la niña está en su juego y derritiendo su frío, se queda y reanima sus manos que tiemblan.

Y a la niña hermana, se le ve en la fría mañana, enredada en el misterio de la escarcha y el noble barro que ofrece la inerte tierra y la lumbre ardiendo mientras ellos, los aceituneros, ahí mismo recogiendo la cosecha mitad ilusión y mitad temblando frente al invierno que sonríe y deja el corazón helado junto al amor que calienta.

COMO EN UN ESPEJO, sigo viendo al rincón donde crecen las encinas, corre el limpio arroyo y, sobre la loma, se alza el cortijo. Cae la tarde y del lado del levante, se acercan las ovejas, ladran los perros y la niña hermana, viene con su juego como enredada en la clara belleza del tranquilo viento.

Y al acercarse a la madre, le dice:
- Aquello, podría haber sido como tú dices pero yo hice lo que creí era bueno y el hermano me dijo. Así que acusar a los otros, no lo quiero.
Y la madre.
- Déjalo ya hija que tampoco vamos a quedarnos sin alegría por lo que, al fin y al cabo, es pequeño.

Y al rato, por la tierra que cae desde el collado, subimos los dos como jugando y el encontrarnos con las setas, la hermana me da su mano y dice como en un sueño:
- Al fin y al cabo, Dios nos premia con este regalo bueno y con el cariño que entre los dos existe, acompañado siempre del viento.

Y aquel cuadro con aquella tarde, ahora, como en un espejo sigue estando ante mis ojos reflejado, ya mitad fantasía y mitad sueño y ella, la hermana que en mi alma es primavera pura, dándome su limpio beso y llevándome por el campo de la mano para que no olvide nunca su placentero juego.

RUMIANDO AQUEL SINGULAR DÍA del mes de mayo, me he levantado esta mañana de abril. Al collado de la hierba y la tierra llana, subió la madre con la hija de la mano y ahí estaba padre porque sus cabras, pastaban por la solana de los acebuches. Junto a él andaba yo y ahora recuerdo que al llegar ellas, les dijo que se sentaran un momento frente al sol de la mañana. Le hicieron caso y frente a los tres, en aquel collado bello, padre pronunció algo parecido a un discurso diciendo:

- Me han dicho que lo mejor para estas tierras, es que nos vayamos lejos y que en este rincón, justo aquí mismo, levantarán la casa que será modelo.
Y le pregunto:
- Pero padre si nos vamos tan lejos ¿algún día volveremos y subiremos a las montañas de las crestas largas?

El padre no respondió a mi pregunta y mientras nos dejaba y se iba con sus cabras, la madre y sus dos hijos, bajamos por la cañada. Al llegar a la junta de los arroyos, ella extendió sus brazos hacia la espesura del monte al tiempo que nos miraba diciendo:
- Mirad que blanco el monte esta noche ha florecido.
Miramos y aquello, todo como una tierna gran nevada, vestido con millones de flores blancas e inmaculadas.
- ¿Cómo es posible, madre, si el monte siempre dio flores amarillas, azules, rosas y malvas?
Preguntó la hermana a lo que respondió la madre:
- Pero este año, como un regalo del cielo y en forma de sueño, todo el monte florece en rosas y azucenas blancas. Es el reflejo de nuestro amor por la tierra y nuestras almas.

Y hoy, rumiando aquel singular día del mes de mayo, me levanto y lo que más me quema todavía, es aquel manto de flores blancas trabadas en cada rama del bosque y, por las laderas, como chorreando lo más inmaculada blancura que nunca mortal haya soñado.

En el paisaje, sellado por el silencio y arropado por el tiempo, tengo indeleble su imagen. Desde el alma, mientras duermo y el corazón late hacia la meta que ya no tiene lejos, la luz y pureza primera, me la devuelve siempre intacta, limpia, fresca y con la misma transparencia de aquel día bello.

Y estoy sentado ahora mismo en la senda vieja que surca el barranco aunque nadie hoy lo sepa y arriba, en el collado del largo cerro, las siento a las dos envueltas por el sol que nace y el leve viento. Por el centro, corre la corriente clara y a la izquierda, se alza la pared de piedra de donde, al derretirse las nieves, se desprenden las piedras y por los charcos, nadan los patos y algunos de los pequeños juegan con los juncos y la tierra negra.

Por lo demás, la sierra entera parece dormir en su mundo excelso aunque todo está lleno de vida con su latir perfecto. Por eso decía que en el paisaje, aunque haya pasado tanto tiempo, indeleble tengo su imagen y que en las noches cuando duermo, esta alma mía y Dios, me la devuelve con la misma belleza, luz y puro acento.

La soledad de las montañas
y los caminos que van por la tierra
enseñan verdades que
ninguna otra realidad enseña.

Cuando llegó la fecha en que, los cerezos, los almendros y las encinas, tienen que abrir sus flores, no hizo mucho frío. Fue casi en pleno invierno pero por aquellas fechas hizo un tiempo tan bueno que parecía primavera. Así las flores no se helaron y los frutos cuajaron en tanta cantidad que en las ramas de los árboles no cabían.

Cuando llegó la fecha en que, los cerezos tenían que madurar sus frutos, tampoco hizo mucho frío. Fue ya avanzada la primavera y las ramas de los árboles se cubrieron con tantas cerezas rojas que se doblaban para el suelo y se partían. Daba gusto ver a los cerezos tan repletos de frutos brillantes y frescos.

Fue por aquellos días también el tiempo en que brotaba la primavera y, en el rebaño del pastor de las montañas, los borregos ya retozaban. La primavera también llegó tan repleta de hierba que era un placer hondamente agradable contemplar el esplendor de los campos. Había llovido mucho durante el invierno y como frío no había hecho demasiado, todo brotaba con la fuerza de lo rotundamente sano.

El pastor de las montañas estaba un día dando hierba a sus ovejas por la tierra inclinada que cae desde la fuente. Se le veía a él tan repleto y tan feliz por la abundancia firme que la naturaleza, aquel año, le había regalado, que sin decirlo, se le notaba que ninguna otra cosa sobre el planeta tierra podría complacerlo más. Por allí retozaban sus borregos, cerca se doblaban de rojos frutos los cerezos, a las encinas y los almendros, se les veía cargados a más no poder. Cerca de donde él estaba pasaba la pista forestal de tierra que lleva a la profundidad de la sierra y al cruzar por ella un coche, se paró.

- Pues en la tierra mía, ciudad blanca junto al mar, hay más belleza que en la tierra tuya. Por las noches cuando se encienden las luces de la ciudad su resplandor se refleja en las aguas. Eso tendrías tú que verlo para que comprendiera lo bonito que es.
Le dijo al pastor de las montañas.
- ¿Usted se ha fijado en los almendros verdes que crecen espesos y tan cargados que no pueden más?
Le respondió el pastor.

- Pues en la ciudad mía las avenidas anchas y los coches apiñados, tienen un encanto que no hay otro igual.
Volvió a decir el que llegaba.

- ¿Pero usted ha visto el bosque de encinas grises y lo cargado de bellotas que ellas están?
- Pues en la ciudad mía también hay perros que ladran por las noches y cuando se les tira una pelota al mar, van y la sacan.

El perro ovejero del pastor, está pendiente y en cuanto las ovejas se van para donde no deben, corre y las vuelve y a los pies del pastor se acuesta esperando una orden o una señal. Las ovejas pastan plácidamente en la abundancia de la primavera, la fuente corre sin parar y del agua mana una música que no se conoce en ninguna otra parte del mundo. Y como los cerezos, los almendros, las encinas y los borregos, están tan cargados y la cosecha es tan grande, el pastor se dice para sí que aquello de la ciudad de este señor, será bonito pero un paisaje como este y con su perfume y su honda libertad ¿con qué realidad al vivo se le puede comparar?

Al llegar, veo a la cuadrilla trabajando la tierra. Me uno a ellos y a las dos horas terminamos el tajo. Bajamos por la senda y en el llano está el circo montado. Bajo él, la fiesta. La cuadrilla entra y al quedarme atrás, leyendo en mi Biblia vieja, varios me invitan a que pase diciendo:
- En los tiempos que estamos estos baños de luz y gozo es necesario para seguir perteneciendo a la generación de la verdad única.

Me aparto a un lado y al poco de estar leyendo salen de la fiesta. Se van por el camino que lleva al llano y como sigo unido a ellos porque siento que pertenezco a su raza y fuerza, los acompaño. Pero a unos doscientos metros, tres se paran, me abrazan y dicen:
- No has entrado a la fiesta de los tiempos y por eso careces de la energía y la luz que te permite ser de la generación nueva. Si quieres, te apretamos el corazón y

así te animas para seguir en nuestra compañía y como uno de nosotros.

Me aparto de ellos. Sigo leyendo en mi Biblia vieja mientras me digo que corazón, siempre libre y limpio. Con la misma pura fuerza que Dios puso en él cuando nací, aunque sea el raro en los nuevos tiempos y viva en la soledad que engendra no pertenecer a la generación moderna.

EL PASTOR DE LAS MONTAÑAS.

Aspirando el aroma de la hierba verde y sintiendo el beso de la mañana limpia, se pasó el día por las praderas que miran al río. Y cuando caía la tarde, para sí, se dijo: “Mañana, bajaré por la senda que recorre la umbría hasta el final. Llegaré a la junta de los arroyos y luego me vendré por la solana y subiré a las tierras del valle alto”. Esto se decía porque hacía mucho tiempo que no había visto el paraje de la junta de los arroyos. El rincón oculto en la sierra profunda que encierra la suma de todas las bellezas de la Creación entera.

Pero el pastor, cuando cayó la noche, se envolvió en su manta y en la covacha del roble viejo se acurrucó en su alma. Lo abrazó la sombra y la luz de la luna y al frío viento, durmió como un rey toda la noche de un tirón. Cuando amaneció, al día siguiente, salió de su cueva. Saludó al sol que empezaba a salir por lo alto de las cumbres y durante un rato, de pie estuvo quieto frente al verde de las praderas, gozando de su luz y del aroma que ellas manaban. A los que habían llegado de la ciudad y celebraban fiesta con buena comida, los sintió y hasta los vio por la llanura que pega al camino. No tuvo envidia.

Cogió el pastor y, cargando con su zurrón, por la senda, no la que recorre la umbría sino la que remonta

por la solana de los romeros, se puso a subir. Rozó el manantial de las aguas claras, rodeó el barranco de los bujes espesos y al llegar a la cañada ancha, como ya el sol calentaba bien, detuvo sus pasos. Escuchó atento y captó el balido de sus ovejas por los poyos de la lancha verde. Observó concentrado y al poco las vio sobre las repisas de las tierras llanas de los robles. Pastaban en su armonía al sol de la mañana y como en su corazón sintió la paz, buscó el rellano de la cañada y en el suelo se tumbó. Donde la tierra dibuja como una cuna tapizada de fina hierba.

Estiró sus brazos en forma de cruz, estiró sus piernas y derramó sus espaldas sobre la hermana tierra. Y el pastor de las montañas, el de los ojos claros y el alma vuelo de golondrina, se dejó diluir en el hondo silencio de la mañana, el limpio beso del sol y el sincero abrazo de la soledad sonora que manaban los paisajes. Miró despacio a los acantilados que le coronaban y vio la gran belleza de los helechos colgando, los robles meciéndose al viento y la cascada cayendo sin parar. Más arriba, el cielo era azul y más abajo, la sinfonía que surgía del arroyo, era dulce.

Y estando en esta postura y sueño, el pastor, sintió corriendo por su alma y cuerpo la placentera sensación de la armonía con Dios, los paisajes y consigo. En su mente se le amontonó la dicha y para sí se dijo: “Grandes cosas y placeres exuberantes existirán en este mundo pero sensación tan limpia, redonda y elevada como la que ahora mismo experimento, no creo que ser humano pueda gustar nunca bajo el sol”. Y en su sueño de luz y paz, aspirando el aroma de la hierba verde y sintiendo el beso de la mañana limpia, siguió el pastor.

EL HAMBRE DEL PASTOR

Recuerdo que el muchacho, el de las praderas verdes y el cortijo de piedra junto al manantial de la cañada, se asomó al collado. Echó una mirada para lo hondo del valle, por donde se iban las corrientes de los arroyos y para sí se dijo: “Como hace mucho tiempo que no recorro esa senda ni voy al rincón hermoso donde se juntan los arroyos, hoy que tengo tiempos, voy a irme por ahí”.

Por la ladera gemela al collado donde estaba parado subía el otro rebaño de ovejas. El del hermano del cortijo de la nava del lado izquierdo. Y por la ladera opuesta, la del lado del sol de la mañana, subían sus ovejas y para el norte, por donde coronaban los cerros y las altas montañas escondían las fuentes que daban agua a los arroyos, se habían ido los pastores. “Pero me quedaré aquí un rato hasta que mi rebaño termine de remontar no sea que se encuentren los dos rebaños y se junten las ovejas. Luego para separarla será un trabajo complicado”. Se volvió a decir.

El primer rebaño pasó por la tierra del collado y cuando ya iba por entre la espesura de los robles, terminó de remontar su propio rebaño. Al llegar a donde él estaba se vino para el lado de la vereda que deseaba recorrer. “Si ahora me voy por ella y me pierdo en las profundidades del barranco, llego a las juntas y le doy la vuelta a la loma del arroyo de las cascadas altas, cuando regrese, la tarde habrá caído. Según la dirección que llevan mis ovejas, a la hora que creo puedo volver, seguro que ellas habrán alcanzando las llanuras de las partes umbrosas por el lado opuesto a donde se han ido los pastores”. Siguió diciéndose así mismo mientras la mañana avanzaba y las ovejas subían buscando su hierba.

Se movió para el lado del río profundo, barranco de donde subía una fina niebla mezclada con el rumor de las cascadas y un fino olor a musgo verde. Y por la vereda que pretendía recorrer vio que ahora llegaban las últimas ovejas del rebaño que había pasado dirección a las montañas. "¿Por qué se habrán quedado tan rezagadas?" Se repitió mudamente intentando escudriñar el suspense que el hondo silencio de la mañana tenía colgado en el ambiente.

"Pero los paisajes rocosos que por la junta de los arroyos se apiñan, el bosque húmedo que por allí se aprieta y el color verde de la hierba manchada de rocío, hoy tengo necesidad de volverlos a pisar. Es como si el alma tuviera hambre de ellos y no se sintiera satisfecha hasta haberlos saboreado colmadamente". Siguió diciéndose.

EL PASTOR ANTE EL JUEZ

Vivía en la ciudad, entre ellos y no era de ella ni se sentía bando con los que conocía. Pero como se encontraba tan "puteado", ignorado y a todas horas maltratado, un día se fue a donde el juez y le dijo:
- Mañana mismo ya me voy con los pastores que conozco. No a vivir con ellos en sus casas sino a guardar sus ovejas por las montañas y a defenderlos de los que lo persiguen.
Y el juez preguntó:
- ¿Por qué haces esto?
- Los de la ciudad no están conmigo, no me entienden y me tratan mal. Como me es imposible claudicar a sus intereses mejor será que los deje y me vaya. Allí tengo amigos.

A un lado estaban los pastores que dijeron:
- Pues que se venga con nosotros que lo queremos.
Sin embargo tres de ellos opinaron:
- Antes de que nos represente a todos sería bueno conocerlo más.
En el otro lado estaban los de la ciudad y al saber la decisión miraron al juez y dijeron:
- Así sin más él no puede irse.
Del bando de los de la ciudad uno de ellos añadió:
- Si se va y nos deja lo perseguiremos día y noche y allí donde lo encontremos le haremos la vida imposible.

El juez miró a uno y otros y luego miró al que deseaba irse a donde los pastores tenían sus rebaños. Después de unos segundos en silencio, dijo:
- El debe ser libre. No se le puede sujetar contra su conciencia. Así que yo le doy permiso para que se pueda ir con los pastores de las montañas, vivir con ellos, recorrer sus sendas, cuidar de sus ovejas y cuando lo necesiten porque los pastores estén en apuros, que los ayude.
Y ya guardó silencio el juez.

Los del primer bando, los pastores de las montañas, salieron fuera y mientras entre sí hablaban, uno de ellos dijo:
- En la nava de la cuerda alta tengo las ovejas. Si te vas por la vereda de los robles allí te espero.
Los otros pastores siguieron diciendo:
- Como todavía no te conocemos esperaremos unos días y luego charlamos.
Y del bando de la gente de la ciudad, el que mandaba, dijo:
- Me liaré a tiros con las ovejas y quemaré los campos para que todos os quedéis en la miseria y no incordies más en esta sociedad. Los pastores sois la escoria.

El que vivía en la ciudad y no era de ella, por fin se sentía dichoso porque había sido juzgado y justificado en la razón y verdad que de siempre había amado. Se sentía en paz y ya en el lado de los pastores y liberado de la esclavitud de la ciudad y los que la habitan.

EL ÚLTIMO LAMENTO

Cuando llegó a la cañada del barranco, cruzó el joven la tierra y en la piedra sillón de rey que precede a la llanura, se encontró al padre sentado:
- ¿Qué ha sido lo que ha pasado?
Le pregunta. Y el padre bueno desde su angustia y sumido en la más densa amargura:

- Pues que al amanecer subía, desde el río y le entré a la tierra por el trozo de huerto que tenemos entre los fresnos y las jaras de la ladera y me la encuentro cercada con alambres fríos y recios pero como nadie me ha pedido permiso ni me han dicho nada, salté por ellos y me vine subiendo hacia la era del cerro, cuando arriba, siento rifles y de pronto, la figura de un hombre que no conozco.
- ¿Qué haces ahí dentro?
Me pregunta dando voces con toda sus fuerzas.
- Estoy en lo mío y vengo con mi azada acuestas para regar y labrar la tierra.
Y tres hombres más asomando al cerro:
- Sal de ahí ahora mismo o te pegamos un tiro. A la derecha y por el lado de la cumbre tienes la puerta.

Y mientras me voy hacia ella, el del cerro baja, me abre y como en la mano trae un palo, me amenaza terrible diciendo:
- Vengo de parte de ellos, que son los que ahora mandan y me han dicho que, por recorrer la sierra sin permiso,

tienes dos castigos: o te denunciamos y te quedas sin tierras, sin ovejas y sin cortijo o te dejas apalear ahora mismo y como un dócil borrego.
- Pero es que desde tiempos inmemoriales y heredados de mis abuelos, estos rincones de las montañas, me pertenecen con su hierba, agua y silencios.
- Te conviene no luchar porque ya existen otros decretos.
Y como tan de pronto me coge el encuentro y cuando sobre las tierras de nuestros campos todavía anda llegando el día, le digo que mejor ahora mismo, el castigo que merezco.

Y el del palo seco y largo, lo alza por los aires y con fuerza sobre mis espaldas, lo deja caer y el dolor me estalla en las venas mientras aprieto los dientes y acudo al cielo.
- El primero por pisar las tierras que ya no son tus huertos y el segundo, para que pagues lo que debes y el tercero, cuarto y quinto, para que vayas aprendiendo y los que siguen hasta los treinta y tres que quedan, para que escarmientes y comprendas que el que manda ahora no es el mismo de otros tiempos.
Y a todo esto y con fuerza, sobre mis espaldas los golpes doliendo y de mis venas saltando la sangre y en mi corazón, la angustia achicharrando y en mi boca, el aliento, amargo como la hiel y en mi alma, el desconsuelo de sentirme despreciado y maltratado en las que, desde siempre, han sido mis tierras de ovejas, tomates, trigo y centeno.

Y el que me está apaleando, me coge del brazo y mientras seguimos subiendo para encontrarnos o presentarme a los que en la era juegan con rifles y preparan puestos para dar comienzo a la montería, me dice:

- Y no queda todo en esto porque a partir de ahora, tendrás que venirte a trabajar con los dueños, primero a guardar la piara de cerdos que por las tierras han echado y luego, a cuidar del monte y a trazar caminos nuevos y a saltar por entre las peñas detrás de las cabras monteses y a cargar los mulos con los trofeos pero antes de ello, sube porque me han dicho que si te doblegas, callas, eres obediente y aceptas, te invitamos ahora mismo a chocolate con churros y luego, ya se verás lo que hacemos.

Y el padre que está sentado en la piedra sillón de rey y frente a la luz de la mañana con el amargor de la congoja todo hundido y medio muerto, respira un minuto y al rato sigue diciendo:
- ¿Y sabes, hijo, lo que vi cuando me conducían escoltado al grupo de estos hombres por aquí nuevos?
Y el hijo:
- ¿Qué vio usted padre bueno?
- Una máquina que era como un gigante toda maciza de hierro cruzando la llanura y abriendo pistas forestales, decían ellos, y llevándose por delante a los olivos nuestros que tanto hemos labrado y podado y regado en los días de veranos secos y a las parras que, engarbadas en las encinas, teníamos y de las que recogimos tan buenas uvas y cuando la fría máquina llegó a la calera del barranco donde cocíamos las piedras para hacer la cal que usamos en la construcción del cortijo que, hasta ayer también era nuestro, clavó su pala tremenda y en un abrir y cerrar de ojos, destrozó la calera y esturreó las piedras y se llevó por delante los robles, la noguera centenaria y el viejo cerezo y también las encinas y romeros y como se me partía el alma, quise preguntar pero de inmediato dijeron:

- No te conviene sino callar y aguantar que lo que ahora estás viendo, no ha hecho nada más que empezar, porque tu cortijo sobre el cerro, mira y verás.

Y al llegar a este episodio de la historia, el padre guarda silencio mientras el hijo lo mira apenado y le dice:
- Lo del cortijo nuestro y madre y la niña y la abuela, yo lo vi desde lejos, caer dinamitado y evaporase en una nube de polvo que se disipó por el cielo pero dime padre ¿qué piensan construir sobre sus cimientos?
Y padre todo amargado:
- Un hotel de cinco estrellas, dicen ellos, para recibir a los turistas de los nuevos tiempos y para, desde tan lujoso palacio, venderles la sierra entera con montañas y senderos y en el manantial de, la que siempre fue nuestra fuente, dicen que van a construir un lago inmenso y por las veredas que bajan al río, ya te lo he dicho, trazaran carreteras de asfalto negro y después...

Sobre la piedra sillón de rey, todavía frente a la llanura y por un momento, llora el padre desconsolado y sintiéndose humillado y destrozado, arrancado de su centro sin dignidad y a lo salvaje. El hijo permanece a su lado y ambos mirando al cielo mientras la mañana se alza y la congoja se les atasca por las venas y en el alma y más adentro.

HE VUELTO

6 de abril de 2002

Es real pero aun todavía no me lo creo. Como en un sueño ayer volví por las sierras que amo y durante unos instantes las gocé con ese hondo placer que solo yo sé. Entré por el Puerto de Tíscar y aunque no me podía parar mucho porque ahora vivo mucho más lejos al llegar a la pista de tierra que desde la carretera que viene al pueblo

de Pozo Alcón se aparta para Puerto llano me desvié por ella. A la entrada me encontré un letrero que dice: “Camino cortado, disculpen las molestias. Emasa” Y me extrañé a la vez que sospeché. Por eso me dije: “Una táctica más como otras tantas para que el personal no se meta por estas pistas de tierra ya sí no moleste. No es cierto ni esto ni lo otro pero me lo creo porque ya he aprendido mucho de estos y de los otros”.

Como mi alma llena de gozo porque sentirme recorriendo los paisajes que tanto amo es la vida para mi avancé despacio por el carril de tierra. Es el que recorre todo el abarranco de la Canal y remonta hasta Puerto Llano, a los pies del pico Cabañas y luego cae a la misma Cañada de las Fuentes, nacimiento del gran río Guadalquivir y desde aquí sale par Puerto Lorente y el poblado de Vadillo. Y mientras avanzaba contemplando los paisajes, la lluvia cayendo lentamente y las nieblas ascendiendo por las laderas me decía que en esta ocasión solo iba a llegar hasta el primer arroyo. Justo donde aquella noche pusimos la tienda y dormimos arrullados por la cristalina corriente. También me decía que llenaría unas botellas de agua de la fuente que conozco bien y que al construirla junto a la pista le pusieron el nombre de “Ponderosa”. Conozco bien esta fuente y ella me conoce a mi de tantos y tantos días y ratos sentado a la sombra de los pinos que le rodean y al consuelo del rumor de su chorrillo. Ayer por la tarde me decía que solo iba a llegar hasta el primer arroyo y después de llenar unas botellas da agua en el caño de la fuente que he dicho me volvería y alejaría otra vez de las sierras de mi alma.

Así que rocé la fuente y unos metros más adelante me paré en el mismo rellano de aquella tarde. Llovía suavemente y por el barranco que conozco y gocé a

fondo aquel día se elevaban las nieblas. Pisé la hiervecilla y en este momento me decía: “Después de diez años he vuelto y estoy ahora mismo donde la pista atraviesa el cauce del arroyo. He dejado el coche y me he puesto a andar por la sendilla de los juntos y las primaveras. Están florecidas la primaveras. Son las cuatro de la tarde de este sábado de abril. Llueve en este momento y con mi alma encogida y sorprendida por el alivio de haber vuelto ando y cruzo la corriente. Me paro bajo los tres pinos donde aquella tarde noche pusimos las tiendas. Dejo que la lluvia me empape mientras me sitúo frente a la limpia y delgada corriente. Miro y digo que es la misma agua de aquella tarde aunque hayan pasado tantos años. Su rumor es el mismo, los charcos son los mismos, con la misma transparencia. El verde del musgo que se traba en las rocas también es el mismo, el amarillo claro y puro de las primaveras florecidas es el mismo que tantas y tantas veces en tantísimos arroyuelos y manantiales de estas sierras.

Miro yéndome con mis ojos barranco arriba y me asombran las plateadas y robustas rocas que por primera vez descubrí aquella tarde. Me he situado frente al la gran cuerda que sube para el pico Cabañas. Según estoy a mi derecha tengo la potente cumbre de Peña Flores, la Salteneja y el cerro de los Tres Mojones. La lluvia que cae me regala con el espectáculo de las rocas chorreando. A estas mismas rocas se engancha la hiedra y se traban los pinos. Los alerces y otros arbustos de hojas caducas todavía están desnudos de hojas. Levemente se mecen las ramas empujadas por el suave viento que pasa y por mi izquierda tengo el gran macizo del pico Cabañas. Por entre la niebla y a solo unos cientos de metros lo adivino. No puedo verlo ni hoy subiré a su cumbre pero lo quiero, lo gusto, se me eleva desde lo más íntimo como si fuera símbolo de mi cariño por estas sierras.

En estos momentos como aquella noche y tantos otros días que conozco no hay nadie en estas sierras. Todo en silencio, en su más puro y noble silencio que grita desesperadamente del amor que en mi corazón arde. Todo hondamente silencioso, hondamente perdido en el tiempo y la presencia de los humanos que pueblan el Planeta tierra pero perfectamente encontrado y besado en ese rincón que solo mi alma sabe. Una vez más gusto y palpo, ahogado en este océano de silencio, la sierra que a lo largo de tantos años he pisado y amado en la soledad más absoluta. La sierra por la que tanto he sufrido y una vez y otra y llorado sin parar oculto y bien lejos de toda presencia humana. El primer día que la pisé ya supe que la tenía perdida aunque pude luego recorrerla a lo largo de tantos años. En estos momentos he vuelto y aunque solo sea por unos instantes la vuelve a sentir latiendo en mi sangre y la gusto más perdida que nunca. Ahora ya vivo lejos de aquí pero mi amor sigue igual de fuerte y vivo. Aunque solo sea por un instante aquí estoy bajo los pinos donde aquella noche pusimos la tienda.

Me muevo y piso el rodal de tierra llana donde justo pusimos la tienda. La lluvia la empapa, las hojas viejas de los pinos la cubre, las pequeñas piñas la adornan, las maticas de tomillo saliendo por entre las grietas de las rocas y las plantas rupícolas. Todo parece estar exactamente como aquella tarde noche y sin embargo ya han pasado diez años. Diez años han pasado y he vuelto. ¿Volveré otra vez en algún momento de esta existencia mía? Y me acuerdo cuando aquella noche dormimos en este rellano arrullados por el rumor de este pequeño arroyuelo. Aquella hermosísima noche que también se perdió en el tiempo pero no se borra de mi mente. Me muevo un poco hacia abajo y aquí me tropiezo con la

calavera de una cabra montés. Seguro que son de las que se murieron cuando aquellos años de la sarna. No para la lluvia. No para la corriente saltando por las limpias rocas de la preciosa cascada. Al final sigue el mismo charco de aquella tarde y con la misma transparencia.

Me sigo moviendo y me acerco al coche. Ya me despido y alejo del pequeño rincón amado. Por un instante como en un sueño he vuelto y lo he pisado en esta hermosa tarde de lluvia y niebla. Gracias Dios mío por haberme permitido volver y regalarme con el mejor de todos los regalos. Gracias y que pueda volver otro día. Subo en el coche, lo arranco y mientras lamo de mis labios las gotas de lluvia que me han chorreado por la cara me pongo en movimiento. Ahora con las gotas de lluvia también lamo las lágrimas que salen de mis ojos. Como tantas veces me duele el alma y me llora el corazón y es solo de amor. Del dulce y hondo amor que no puedo arrancar de mí y que frente al verde de los pinares y el revoloteo de las nieblas se me enciende y quema. Pero gracias por el leve instante y el que mis ojos y oídos haya podido recrearse en el mejor y más bello de los espectáculos".

Ha sido hermosísimo el momento. Muy hermoso. No creo que haya un beso en el mundo más dulce que este. No creo que pueda existir un abrazo más noble y puro que el que esta tarde me he dado con los paisajes de mi alma. Por un instante he vuelto a pisar el jardín de la eternidad y he sido dueño del más hermoso de los cielos.

LA TARDE DE LLUVIA

Están ya los rosales florecidos y también los lilos, las pequeñas florecillas de la hierba silvestre, los romeros tardía y muchas otras plantas. Está ya la primavera bien desarrollada y esta tarde de abril se ha puesto a llover sin

parar. Amaneció un limpio día de primavera con un espléndido sol pero según ha ido avanzando el día las nubes fueron cubriendo el cielo. Según iba cayendo la tarde empezó a llover menudamente. Y según ya ido apareciendo la noche la lluvia a arreciado. Cuando ya la noche va un poco avanzada sigue la lluvia cayendo y por eso al asomarme a la ventana que desde mi cuarto me abre un poco al mundo que tengo perdido siento envidia y me pongo triste.

Las luces de las feas farolas que tengo cerca brillan en el negro asfalto de la carretera y como en el asfalto se quiebran las gotas de lluvia la carretera reluce como si estuviera sembrada de diamantes. Según va avanzando la noche sigo asomado a mi ventana por momentos más triste. La lluvia que cae es hermosas y su rumor al quebrarse sobre el asfalto y el cemento es más dulce aun. Sueño en el amor que tengo perdido y sueño y las sierras que también tengo perdidas. Sueño con los pastores amigos que por aquellas sierras he dejado y como estoy solo y sin ningún otro ruido que me moleste me siento triste a la vez que alegre por la limpia lluvia que no para de caer.

Miro despacio y en el seto que tengo cerca adivino al mirlo echado en su nido. Ya está enhuerando sus tres huevos y esta noche no sé cómo lo pasará. Parece que no va a parar de llover en toda la noche y el mirlo tendrá que seguir en su nido para darle calor a sus tres huevos. Desde mi ventana miro al seto y lo adivino mientras siento y veo la lluvia caer. Un poco más allá cantan las ranas y el viento mece las ramas de los grandes árboles que tengo cerca. Esta noche de primavera es una noche muy hermosa pero muy triste y melancólica. Estoy solo como tantas y tantas veces en los días de mi vida y como el silencio es tan denso y la lluvia tan hermosa sin parar de

caer el corazón se me llena de una extraña amargura dulce. Es un día de primavera precioso y seguro que la lluvia que está cayendo le va a venir muy bien a todas las plantas que crecen en los campos que conozco. Seguro que esta lluvia va a llenar de vida y luz muchos prados, bosque y montañas pero con ser tan hermosa y tener que vivirla desde un aislamiento y soledad como la mía es muy dolorosa. ¿Dónde está lo que amo? ¿Dónde está Dios?

POR EL PUERTO DE LOS BUITRES me encontré el pastor. Pasaba por allí como si hubiera venido escapada de un sueño y al coronar el alma se me llenó de consuelo. Las nieblas cubrían a las cumbres de la izquierda y por la derecha las nieblas avanzaban barranco arriba. La lluvia caía mansa y el campo estaba empapado. Desde el lado de la izquierda aparecieron los buitres y el preguntarle al pastor amigo me dijo:
- Buscan su alimento.
- ¿No lo tienen en el comedero del collado?
- Ya hace mucho que a los buitres del puerto no le traen comida.
- ¿Y cómo se las arreglan?
- Siembre encuentra algún animal muerto.

Los buitres del puerto vuelan muy bajo. Vienen apareciendo desde el lado del collado donde tenía el comedero y pasan casi rozándonos. Y su vuelo es majestuoso. Con las alas extendidas, planeando y trazando pequeñas curvas para ir exactamente a donde les interesa. Pasan por encima de nosotros, por encima del rebaño de ovejas de mi amigo y se pierden hacia la llanura donde corre la fuente del collado del puerto. Aparecen por entre la niebla, durante unos segundos quedan limpios antes nuestros ojos y al poco vuelven a desaparece por entre la misma niebla pero por el otro

lado. Son hermosos, muy hermosos los buitres del puerto. Y más hermosos los son en un día como el de hoy, con la primavera ya explotada, la lluvia cayendo suavemente, las nieblas revoloteando por las laderas y barrancos de este puerto, el rebaño de ovejas de mi amigo pastando en la cañada que sube hacia el segundo collado y el silencio. El hondo y hermoso silencio de las cumbres que tanto amo.

Mi amigo el pastor me vuelve a decir:
- Vengo ahora mismo de la tiná donde he estado apartando unas borregas y mira como me he puesto.
Me señala a los zapatos y los pantalones. Al mirar descubro que sus zapatos, humildes zapatos de pastor, están embadurnados de barro, estiércol de oveja, agua de la lluvia que cae, polen de las florecillas del prado y trozos de hierba. Como si viniera de un cenagal. Me muestra sus manos y también las veo sucia, arrugadas y viejas. No sé qué decirle pero en mi corazón admito que mi amigo el pastor se ha encenagado con la tierra que ama. Se ha revestido con el traje de los nobles sencillos y por eso no le importa mostrarme la costra de barro y estiércol que cubre sus zapatos, sus pantalones y sus manos.

Me acuerdo de ti. En este tan especial momento justo en el centro del Puerto de los Buitres, entre la niebla, bajo la lluvia, al calor del rebaño de ovejas que pastan y balan, surcados por la bandada de buitres y arropados por el hondo silencio de las altas cumbres me acuerdo de ti. Me acuerdo de mi amigo el pastor que vive por donde nace el río diamantino y te imagino también en la lucha con tus ovejas, los borregos, la hierba empapada por la lluvia que cae y el barro de la tiná. Tú sabes del vuelo majestuoso de los buitres por las montañas y de días de lluvia y niebla como el de este momento. Te recuerdo y me digo que estarás alegre porque esta lluvia va a dejar una gran primavera por los campos donde pastan tus ovejas.

AMANECE Y EN ESTE DÍA OCHO de abril de nuevo llueve. Me asomo a mi ventana y lo primero que me llama la atención es la lluvia que cae. Sobre los setos del jardín y donde el mirlo tiene su nido se traban las gotas de esta lluvia. Está mojado el asfalto de la calle que me queda a la derecha de donde vivo y veo mojada la hierba de la ladera al otro lado del asfalto. Los árboles que ya brotan por esa ladera también gotean la cristalina y fría lluvia. Amanece y desde la soledad de mi habitación, el dolor de mi alma, la ausencia de lo que hondamente amo y esta extraña vida mía contemplo la lluvia que cae. Desde mis ojos chorrean varias goticas calientes que se parecen a la lluvia que cae pero son lágrimas. Sinceras lágrimas que me brotan desde lo más hondo. No está Dios aunque sí esté. Ni aquí ni allí ni donde tantos lo adoran. Amanece y cantan muchos pajarillos mientras la lluvia cae. Aunque no quiera cacto la belleza que esta primavera ya tiene desparramada por doquier. Cacto el verde de la hierba, los brotes tiernos de los árboles, el alegre gorgojeo de los pajarillos, la delicada caricia de la lluvia, el suave viento perfumado a esencias limpias, el brillo de las nubes cubriendo el cielo y el silencio. Aunque no quiera cacto la presencia y belleza de la primavera y por eso mi dolor es más. Quisiera no que ni siquiera sé decir y como no puedo y sí la realidad de la vida me regala cada día con su mismo sabor y su misma ración de monotonía lloro mientras va amaneciendo y desde mi ventana contemplo y gozo de la lluvia que cae.

De vez en cuando canta el mirlo y entonces pienso en su nido en el mismo seto a tan solo unos metros de mi ventana. Cada vez que paso por ahí sin querer lo veo echado sobre los tres huevos que la hembra puso. Por entre las hojas brillantes del seto veo su pico color oro puro y la cabeza negra. Siempre me mira. Desde la

postura que tiene en su nido inmóvil mira y deja que pase. Ni siquiera se inmuta. Este mirlo se ha acostumbrado a la presencia humana y por eso se siente a gusto aquí tan cerca de mi ventana. En cierto modo siento algo de alegría y me siento bien que tenga su nido casi donde duermo y vivo. Pero no sé por qué a ratos también me siento triste por tenerlo tan cerca. Siento que ni siquiera merezco que un ave como esta tenga la delicadeza de venir a poner su nido justo a dos metros del rincón donde vivo. No merezco esto ni otras cosas y por eso cuando lo oigo cantar hasta me digo que no canta para mí. Yo no existo en este mundo aunque sí tenga que beber cada día el sorbo amargo de la monotonía y la ruina.

Aunque repito otra vez, amanece y llueve mudamente. La primavera se anuncia desde todos los ángulos y de mil formas y aunque esté llorando sé que todo es hermoso. Muy hermoso y con una gran carga de Dios latiendo nítidamente. Así que Dios sí está porque desde lo más limpio del alma lo gusto pero no lo encuentro donde todos lo adoran y día tras día me empujan para que yo también. Ni lo encuentro ahí ni me sabe a vida lo que ahí respiro pero Dios me abraza y da su beso en este justo momento que contemplo la lluvia caer desde mi ventana y me ruedan las lágrimas por la cara.

AYER ESTUVO NUBLADO TODO EL DÍA. Cuando ya caía la tarde las nubes se hicieron más densas. Un poco antes de oscurecer empezó a llover. Brillaron los relámpagos, estallaron los truenos y según la noche se iba cerrando la lluvia arreciaba. Y al poco sopló fuerte el viento y enseguida la lluvia se convirtió en nieve. Grandes y espesos copos de nieve que caían sobre la hierba que ya la primavera tiene brotada, sobre las ramas de los árboles con sus nuevas hojas, sobre el seto donde el

mirlo tiene su nido y sobre el ancho campo de las montañas que me rodean. Me asomé a mi ventana y durante rato estuve contemplado la nieve caer. Hace ya mucho que no veo nevar. Desde aquellos años en los cerros de los olivos y alguna que otra vez que me sorprendieron las nubes por los caminos de las montañas ahora lejanas. Mientras anoche contemplaba la nieve caer me acordé de ti, de los rincones donde vives, de los tuyos, tus ovejas y el río diamantino. Me puse algo melancólico. Y varias veces miré al seto. Donde la mirla tiene su nido. Temía que primero la lluvia y luego la nieve que caí le afectara y se fuera de su nido. Al poco me fui a la cama.

Anoche mientras esperaba que el sueño me sumiera en sus brazos a mi manera recé por ti sin dejar de mirar por el hueco de mi ventana para no perderme el espectáculo de la nieve cayendo. Me acordé de los cerezos que vi florecidos hace unos días por el río de Aguas Blancas. Me acordé de los cerezos que también conozco por las sierras que ahora no puedo pisar, de la noguera que se mece sobre el puntal de las rocas blancas por encima de tu casa y me acordé de mis amigos los pastores. La nieve que estaba cayendo les podría hacer daño tanto a las flores de los cerezos, a las ramas tiernas de la noguera y a los pastores que pastorean sus rebaños por los paisajes que tan bien te conocen. Me decía que no es normal que por estas fechas, casi en pleno primavera porque es mediado de abril, caiga una nevada como la que estaba cayendo. Y con la melancolía en mi corazón y la visión blancas y dulce de la nieve cayendo me quedé dormido.

La niña. Cuando llegó vio a la niña llorando. Se quedó parado frente a ella y la miró fijo. La encuentra guapa, muy guapa. Su puro pelo negro, su delicada carita color luna, sus labios delagados, sus mejillas rosas y por

ellas rodando las lágrimas la hacía puro sueño. Ella lo miró fijo y en sus miradas él descubrió la tristeza que le embarga.
- Ha muerto la abuela.
Le dijo apenada.
Él la comprendió y se sintió dolor con el dolor del alma de ella. Se acercó, le tocó la cara y la besó en las mejillas.
- No te apenes tanto. Te quiero.

La volvió a besar otra vez sabiendo que en estos momentos lo que más necesitaba era cariño. Sus lágrimas eran sinceras y parecía brotar de un hondo dolor interno. Eran como si dejeran: "Necesito cariño. Necesito que me digas que me quieres. Dame tu beso y dime así que me tienes en tu corazón. La abuela ha muerto".

El cortijo

Cuando llega el invierno la niebla lo cubre. Como en aquellos lejanos tiempos que con tanta fuerza y cariño recuerdo. Cuando llega la primavera la hierba se engalana de flores y la explanada parece un sueño de tan bonita. La vegetación lo tapa y desde lejos, el collado por donde pasa la senda, parece una fantasía. Las zarzas del arroyo por donde se va el agua de la fuente se adorna de tallos nuevos y de las encinas cuelgan los zarcillos de las tiernas flores. Hay que verlo. En los primeros días de la primavera ya con las flores abiertas y las nieblas cubriendo.

Por cortijo parece como si no hubiera pasado el tiempo. Y sin embargo del cortijo ya no quedan ni las tejas. Sus paredes se han desmoronado. Las desmoronaron y el paso del tiempo ha terminado de rematar la acción. Las vigas de maderas se han podrido. La tierra de la explanada se ha llenado de zarzas y otra vegetación y ya ni se ve siquiera el corral de las ovejas.

Sin embargo cuando uno se acerca al lugar el corazón tiembla como asustado. Los ojos aun parecen descubrir a la niña jugando por ahí con los corderos. Los oídos aun parecen percibir el susurro de su voz y olfato aun parece oler el perfume de la lumbre ardiendo en la chimenea. Cuando uno se acerca por el lugar comienza a sentir como si el alma se llenara de vida, de recuerdos, de gozo, de dicha y de muerte al mismo tiempo.

Ni está ya la abuela, se murió un día de primavera. Ni está la madre ni el padre, se marcharon un día de invierno. Ni están las ovejas, el padre las vendió. No está la niña que ni se murió ni se fue pero se esfumo en el tiempo al igual que se esfumas las nieblas sobre las cumbres. Como si se hubiera ido al cielo y eterna se hubiera quedado por aquí entre las flores de la hierba, la cristalina corriente de la fuente, el valar de los corderos y el puro y fino silencio. Como si nada hubiera pasado y sin embargo ya nada existiera. Así lo siente el alma y por eso tiembla el corazón herido de dicha, dolor y muerte.

Es tan mágico y bonito el rincón que aunque el cortijo no exista todo parece tener la misma vida de aquellos días. Cuando llega el invierno todo el barranco se llena de niebla y en el centro parece emerger digno y majestuoso. Por la explanada de su puerta crece firme y fresca la hierba vistiendo con flores el lugar. Y justo por ahí mismo y por el rincón de la fuente la niña aun juega. Corre detrás de los corderos. Persigue a las mariposas con sus manita abiertas. Se va con los polluelos de las gallinas y estrujar en sus manos de nata flores de espliego, tomillos y mejoranas. Es hermosísimo y por eso el corazón tiembla asustado a la vez que traspasado de gusto. El rincón sigue siendo mágico. Junto al arroyo y por debajo de la gran peña. Eterno sigue ahí el cortijo y en él la niña igual de hermosa y pura.

La niña y el arroyo

Han pasado ya muchos años. Casi medio siglo y aún lo recuerdo. Lo sueño por las noches y lo veo tan nítido y fresco como en aquellos momentos cuando la niña y yo jugábamos en sus riberas. Creo que lo tengo estampado en mi alma con la fuerza de la divino y eterno y por eso no se me borra ni ella tampoco desaparece.

Anoche lo volví a soñar. Lo vi majestuoso y bravío saltando por las rocas y los árboles que lo engalanan. Subí por la senda del lado izquierdo y al llegar a la altura del cortijo me tropecé con la niña. Jugaba en la explanada aprovechando la alfombra verde que la hierba tendía a sus pies.

- ¿A dónde vas?

Me preguntó.

- Voy subir a la fuente de las rocas ¿Me acompañas?
- Sí, me voy contigo pero tienes que espérate un rato.
- ¿Qué tienes que hacer?
- Te lo explico en vivo.

Y sin más se fue para las aguas del arroyo. Al llegar a ellas ni se detuvo. Siguió andando y se puso a atravesarlo. Al verla quise decirle que era peligros. Tan frías las aguas y con la fuerza que saltaban por la corriente temí que la arrastraran y la despeñara por la cascada de abajo. Pero no me dio tiempo a decirle nada. En un abrir y cerrar de ojos se encajó al otro lado de la corriente y se agarró a las ramas que el fresno tendía para la corriente. Comenzó a mece con la elegancia de un ave. Rozaba con sus pies la superficie cristalina de las aguas que saltaban por el arroyo y luego dejó de mecese. Se estiró sobre la limpia corriente y en forma de barco de espuma las aguas se la llevaban meciéndola. Me asusté más pero antes de que me diera tiempo a creer lo que

estaba viendo llegó a la curva de la hierba y la arena. Sobre la fina hierba se quedó varada y me miraba sonriendo. Me acerqué por si necesitaba ayuda pero vi que no. Se levantó y se vino a mi lado dándome su mano. Quise preguntarle de qué modo hacía lo que mis ojos habían visto pero nos pusimos a subir por la senda que lleva a la fuente y al pisar la hierba tupida de florecillas nos olvidamos de la corriente. Pero la corriente, la cristalina y fresca corriente seguía hermosa saltando por las rocas del arroyo y lavando las ramas del fresno.

Una tarde celestial

Sobre el cerro se alza la casa. La sencilla y blanca casa pero grandioso palacio en el centro de los limpios paisajes. Sobre el cerrillo frente a los paisajes del arroyo y mirando a las tierras llanas por donde llegan los arroyos menores. Cuando empieza a caer la tarde por la parte de atrás de la casa se vi la niña y por entre la vegetación se pierde con su juego. Y la niña, aquella tarde, era como un ángel llena de luz y juego azul. La vi y sin pretenderlo me encontré con ella. Solo verla y estar a su lado ya se me llenó de dicha el alma. La niña es una criatura tan hermosa y en su corazón hay tanta belleza limpia que solo verla es como encontrarse en el corazón del más bello de todos los cielos.

Le pregunté:

- ¿Qué buscas esta tarde por aquí?

Me dijo:

- Solo me entretengo con mis juegos y gozo la libertad que me regalan estos campos.

- ¿Y en la casa?

- Madre se ha quedado allí. Espera la llegada de los amigos que sabes.

- ¿Te vas a ir con ellos?

- Son unos amigos muy buenos y los quiero mucho.

- ¿Hasta cuando ya no podré verte más?
- Si te vienes conmigo para la casa me podrás ver todavía durante un buen rato.
- ¿Pero y luego?
- Lo que importa es el momento.

Y En mi corazón sentí y noté que el momento era muy hermoso. Tan bello y celestial que es imposible vivir en este suelo una experiencia más dulce. Me sentí muy dichoso. La niña, por entre el monte y siguiendo las veredillas de las ovejas, se empezó a ir para la casa que hermosa se alza sobre el cerro. Me voy con ella y mientras caminamos me dejo enredar en su limpio y mágico juego. Mi corazón es feliz porque ella es todo un ángel de luz. Apenas pronuncia palabras pero noto que ni siquiera hacen falta. La presencia de la niña, el verde de la vegetación, la amplitud de los paisajes, la serenidad de la tarde, la bonita casa sobre el cerro y la fragancia que emanaba del frágil cuerpo de la criatura regalaba el más puro de cuantos gozos pueda gustar un corazón humano.

Llegamos a la casa y todavía por detrás y antes de entrar, la despido. Noto que dentro ya están los amigos que han venido a buscarla. No es que no los quiera ver sino que me apetece más irme por los campos que me llaman por donde las tierras llanas del arroyo. Pongo un beso en su tierna cara y la despido. Siento que la quiero y siento que al dejarla en este momento la pierdo un poco. Por eso un frío dolor me hiere dentro y por eso siento con más fuerza el cariño que le tengo. Su delicada hermosura es como el aliento vital para mi alma. Mientras se pierde por entre el monte hacia la casa la sigo con mis ojos. La miro fijo y ni ella ni yo nos decimos nada.

Cuando ya la pierdo tras las paredes de la casa me muevo hacia el arroyo. Desciendo por la ladera siguiendo

la senda que lleva a la fuente y cuando llego al manantial bebo del fresco líquido. Me siento en la roca de la derecha y durante un rato aquí me quedo sin prisas. Frente a la casa y mirando concentrado la bonita estampa que ofrece recortada sobre el azul del cielo y la vegetación chorreando por la ladera. Intuyo a la niña dentro y siento algo de tristeza. Mi corazón la quiere.

Con este sentimiento, más propio de la región celestial que de este suelo, me levanto de la roca, me muevo siguiendo el curso del arroyo en la dirección en que corren las aguas y abrazado por el fresco viento de la tarde me pierdo hacia la llanura por donde las encinas. Cuando ya voy llegando a donde las cuatro encinas milenarias oigo voces. Me paro y miro para atrás. Por donde la fuente y la vereda que llega por el lado del norte descubro a un grupo de personas. Al frente avanza un hombre que es el que da las voces. Es a mí y oigo que dice:
- Tienes que irte de estos campos.
No le hago caso. Tal como voy e mi marcha atravesando la llanura sigo sin importarme lo que me dice. De nuevo oigo las voces que repiten:
- Te advierto, tienes que irte de estos campos.

Sobre el montículo me paro. Sin pronunciar palabras con mi actitud le digo que lo espero para que me explique. Y lo espero. Sin inmutarme ni temer nada. Veo como atraviesa los campos a toda prisa seguido del grupo que le acompañan. Nervioso se me acerca. Unos metros por delante de mí se para y mirándome fijo me vuelve a repetir.
- Te he dicho que tienes que irte de estos campos.
Le pregunto:
- ¿Por qué tengo que irme de estos campos?
- Estorbas en ellos. Mejor digo, nos estorbas a nosotros.

- Si estos campos no son vuestros ¿por qué estorbo en ellos?
- Esta misma mañana vamos a empezar a rodar una película y por eso tú estorbas en estos paisajes.

En la misma postura ya actitud que he tomado mientras se acerba, sigo. Sin aparentar ningún miedo ni a él ni a lo que intenta explicar. No pretendo demostrar nada. Tampoco pienso irme de estos campos. Lo miro fijo sin inmutarme y observo que al notar mi postura algo le inquieta. Deja de hablar y durante unos minutos se dedica a observarme. Como si encontrara algo extraño en mí. Al fin me pregunta:
- ¿Quién eres?
No le respondo. Vuelve a preguntar:
- ¿Dime quién eres? Y te lo pregunto por la actitud que observo en ti.
Sigo sin responder y es porque en el fondo nada tengo que decir a lo que pregunta.
- Es que te veo tan seguro de ti, tan noble y firme en el centro de estos campos que me pareces un ser extraño. Si no quieres irte no te vayas. Por lo que estoy descubriendo estos campos te pertenecen de una forma muy auténtica. Podremos realizar nuestro trabajo sin necesidad de expulsarte de estos territorios. Me impresiona tu serenidad, tu dignidad y nobleza. Debes ser alguien importante y por eso no te damos miedo.

Sin interrumpirlo dejo que hable. Ni siquiera estoy seguro que me pueda interesar ni él ni lo que dice. Pero es cierto que los campos me pertenecen. La belleza que late en ellos, el fresco viento que los baña, el verde de los bosques, el azul del cielo que corona y la blanca casa recortada sobre el horizonte. Mi corazón esta muy lleno de todo esto y por eso se siente satisfecho, en paz con el

universo y luz con la criatura que hay en mis pensamientos.

FRAGANCIA DE UN BESO

DEDICATORIA:
Este libro, es un homenaje a las madres buenas que en silencio, cada día y gota a gota, van dando su vida por los hijos y familia. Así fue la mía hasta el momento en que Dios le dio su beso. En homenaje a ella y tantos otros millones de madres santas en el mundo, este libro.

NOTA DEL AUTOR:

En las sierras del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas, en tiempos pasados, los mil habitantes de cortijos y aldeas, entre sí, ellos se llamaban con la expresión de hermano o tío. Lo usaban en sentido cariñoso o familiar. La hermana Anica, el hermano Amador, la tía Quica, el tío Juan Paco, eran expresiones de cariño fraternal entre ellos. Los fragmentos literarios que recogen este librico, van transcendidos de ese perfume que no es otro que El BESO DE DIOS, para con los humildes, siempre arropados por la naturaleza y la soledad de las montañas.

Mi amor secreto

Este día de otoño se presenta sereno. Con algo de fresco, nubes cubriendo el cielo en forma de velo transparente y humedad en el ambiente aunque no haya llovido mucho todavía. Hoy se celebra en este país el día de la Virgen del Pilar aunque fue ayer, pero por caer en domingo, la festividad la han pasado a este lunes.

Y esta noche, una sencilla noche de otoño sin más categoría que el hondo silencio, ausencia total de seres humanos y sin casas ni coches, he vuelto a vivir la más bella de las sensaciones. La experiencia que no tiene nombre porque está en una dimensión distinta a la materia. Cuando todo dormía y también los millones de seres humanos sobre este planeta tierra me he visto caminando por los paisajes que me pertenecen y son parte de mi corazón y alma. Solo y cortando el puro viento que llena el campo subo por el carril de tierra que atraviesa la llanura desde la fuente hacia la otra fuente. Rozo la vieja encina que queda a la derecha y al pasar junto a ella me paro a coger un puñado de bellotas. Esta es la encina más bellas del rincón y la que da las mejores bellotas porque además de ser gordas no amargan tanto como sí otras. La vieja encina del rincón y sus hermosas bellotas es parte de mi alma. Como si fuera un trozo de mi alma.

Ya con el puñado de bellotas en mis manos y saboreando su sabrosa carne sigo subiendo por el carril de tierra. Corono al pequeño collado y al asomar ante mí aparece el tupido bosque de encinas centenarias. Por entre ellas avanzo y en unos minutos me planto junto a la fuente. La que brota pegado al tronco de otra vieja encina y a solo unos pasos de la desconchada casa. La rancia casa que también me pertenece porque los mejores años de mi niñez fueron vividos entre sus paredes. Junto al fuego de la negra chimenea, en los otoños e inviernos y corriendo por la explanada de tierra en la misma entrada. El corral queda al lado de arriba y también lo conozco y lo quiero aunque sean amargos lo momentos que ahora me presentan los recuerdos.

Y esta noche, antes de llegar a la fuente de la gris encina, descubro a la madre. Por el lado de la derecha y ladera hacia el río del misterio, porque se pierde en profundidades que desconozco, se mueve ella. Al verme se viene para mí y es en estos momentos cuando siento que el corazón me llora. La madre es poca cosa en todos los sentidos. Pequeña de estatura, sin apenas cultura, con carácter dulce y casi sin fuerzas en sus carnes. La madre es casi nada. Como una pavesa que se mueve entre las demás personas, sin apenas hablar para no herir y porque se siente poco importante. Como si nunca fuera a ningún sitio ni hiciera nada. La madre casi no es nadie ni nada. Pero la madre es la que me dio la vida y ella me une al Universo entero, al Creador del Universo y a todo lo que el alma sueña y apetece. Por eso a verla me da un vuelco el corazón y lloro al mismo tiempo que salto de gozo. Me voy a ella y sin pronunciar palabra la abrazo. La beso sosteniéndola entre mis brazos y con mis manos acaricio su cara. Sé en estos momentos que la quiero como a nada en el mundo presente y futuro y sé que ella es mucho más que una persona, al menos para mí. La vuelvo a besar de nuevo y con ella entre mis brazos camino por la húmeda tierra hacia la desconchada casa.

Me pregunta:
- ¿Por qué has vuelto?
Le respondo:
- Ni lo sé pero es como si en ninguna otra parte de esta Planeta ni del Universo encontrara viva nada más que a tu lado y en este rincón. Sentir el calor de tus carnes y acariciar tu cara con mis manos es para mí el más supremo de todos los gozos. El alma mía lo siente así y por eso se está tan bien a tu lado.
- Casi cien años han pasado ya ¿verdad?
- Casi o quizá más pero siento como si ahora, los primeros días de nuestras vidas y aquellos momentos

recorriendo estos campos, fuera lo mejor de cuanto vamos a tener eternamente. Ni tú ni padre ni los hermanos habéis muerto. En una región sin nombre y hermosísima lo tenemos todo recuperado para gozarlo y gozarnos sin limite de tiempo ni estorbo material. Esto es lo que siento y quizá por eso he vuelto.

- Hoy no están por aquí ellos. Ni la niña ni los hermanos ni padre ni la abuela... Nadie hay hoy por aquí excepto la soledad y belleza de las encinas, la fuente, la tierra en su silencio, el azul del cielo y el puro viento de aquellos tiempos. ¿Por qué has vuelto?

- Parece que lo que dices es verdad: que ninguno de ellos están hoy por aquí. Sin embargo: todos y todo sigue palpitando hoy por aquí con la misma fuerza y belleza de aquel día. Están vivos en nuestros corazones, porque el amor ahí los mantiene hermosos, y por eso nos sentimos tan bien. He vuelto porque sigo vivo y, en la fragancia de aquel amor sincero, todos vosotros seguís viviendo conmigo.

Entramos al recinto de la estropeada casa. En la chimenea arde la lumbre casi con las mismas llamas y desprendiendo el mismo calor de aquellos tiempos. La silla de esparto y el rincón de padre siguen en su lugar. Como si desprendieran dulzura y el cariño de los que los santificaron. La silla de la niña, el rincón de la abuela…, Sigo con la madre apretada entre mis brazos contra el pecho. Siento que el hermano mayor me da la bienvenida. Se alegra de verme y lo mismo me sucede. Sin pronunciar palabras me dice que soy el mejor y el más bueno y eso me hace sentirme bien. Pero no he vuelto para esto. Aunque ni siquiera sé para qué he vuelto. Quizá lo verdaderamente importante y real es que el encuentro existe y produce un gozo como ninguna otra cosa material. La noche no tiene nombre y parece como si tampoco existiera pero el gozo que el corazón y el alma

experimenta es la sensación más dulce de todas. Es la señal de que la noche existe y es bella como nada. La noche es como la fragancia de un beso que transciende hasta los confines de la eternidad.

SUENA LA MELODÍA de la brisa besando las hojas del bosque y el ruiseñor, entre su zarza espesa de este arroyo mío, lanza su trino al sol que cae. Es un momento mágico, todo eterno, chorreando la abundancia de la quietud y el silencio que se masca y al verte a Ti, en tan clara luz que ciega de tan prolongada y bella, los recuerdo.

Y en la mañana callada que no tiene igual y pasa silenciosa vestida de azahar, el niño en su juego se va por el charco y a los diez minutos oyen que le llaman. Mira y ya viene bajando por los filos de la cuesta y antes de llegar, de entre la hierba mojada de rocío, levanta su vuelo el pájaro pequeño. Se le ve arrecido y como tiene miedo y quiere volar para escaparse e irse por su mundo libre, lo intenta y lo intenta y no lo consigue.

Al verlo la niña, corre detrás y con la ayuda del hermano lo atrapa enseguida, lo acurruca en sus manos y como suplicando le dice al amigo:
- No tiene fuerza porque del frío de la noche y la humedad de la hierba, se encuentra aterido. Le voy a dar calor en los nidos de mi pecho y ya verás como luego vuela.

Y despacio, para no romper lo que es ta frágil, lo pone entre la ropa y su cuerpo de seda, al lado del corazón que late primavera y con él entretenido y la mañana que los besa y el río y la corriente y el olor del romero y la rivera y el pajarillo durmiendo ahí, donde palpita el alma, los dos se acercan al charco de las aguas

transparentes y antes de sentarse en el mismo borde y seguir con el juego, la niña lo mira y entonces le dice:
- Venía a estar contigo y de paso, contarte un secreto.
- ¿Es bueno?
- Que a partir de mañana, no tendréis trabajo, porque han vendido las ovejas y os van a despedir y lo siento.

Como ya ha pasado un rato, casi un siglo de hielo y sigue muda la hiedra, la luz y el silencio , con sus manos de nieve, busca por el pecho y como el avecilla ya bulle despabilado, lo atrapa por los pies y entre sus dedos y revoloteando, mientras pía implorando libertad, se lo muestra al amigo. Más al descubrirlo ella ahora tan fresco, tan chiquito, tan lleno de vida y bello, ya no quiere soltarlo no sea que al perderlo, otra vez venga al rocío de la hierba, o la nieve de los prados o al hielo de las noches, y se quede sin fuerzas y nunca más arranque vuelo pero por la orilla del río y el monte espeso, se arrebola la bandada de compañeros y como son de la misma especie, la niñas, al verlos:

- Serán sus padres. Tengo que soltarlo para que se vaya con ellos aunque ahora me guste quedarme con él y enseñarle mi juego.
En la mañana hermosa del río que canta y los niños jugando, ella abre las manos y sus dedos de azúcar y el pájaro escapa con una volada rápida que le lleva al centro de la espesura de las adelfas donde la bandada lo arropa y le dan su beso, y después a la encina vieja, y luego, la libertad sencilla del aire que pasa perfumando las horas de este trozo de sueño.
- Era un pájaro preciso que no tenía fuerzas y fíjate qué contento entre sus padres y los suyos, en su mundo y el viento. ¡Lo que hace el corazón y el calor del pecho!

LA RECUERDO, como si la estuviera viendo, todavía niña y ya enfrentada a la briega de escalar el puerto de la vida. Luchando con la tierra, aprendiendo los caminos detrás de ellos en las mañanas de luces soñolientas, entre viento hielo, campos blancos tupidos de romero y chuzo de cristal colgando de las rocas.

Otro de tantos días pero de primavera y al salir el sol, se le ve irse tras las ovejas, con la azada al hombro, los pies descalzos, chorreando de rocío, hierba verde y tierra helada, mata de pelo rubio llenándole las espaldas, donde la luz que nace y su sueño, se enreda y juega. Cara de rosa recién despertada a la aurora y manos pequeñas de princesa sin castillo o quizá con él pero de viento, sobre la soledad de las cumbres. Como si la estuviera viendo:

Recorre el trozo de senda que lleva a la huerta que desde el arroyo se curva un poco y cae al otro barranco, más cerca de donde se pone el sol. Pisa la acequia que rebosante, lleva el agua a los surcos de los tomates, clava la azada en la tierra y abre la brecha para que ahora empape los terrones donde crecen las patatas. Salta y se moja y se mezcla con el barro al tiempo que su cuerpo se empapa de sudor caliente y su cara terciopelo, se tiñe de sangre y mana fuego. Como si, por un instante, invierno y primavera se fundieran en los rayos nuevos del sol que nace y el perfume del campo que despierta.

Su gata blanca y canela, amiga en juegos y compañera entre rocas plata y la eternidad de los días, se restriega contra las piernas, el palo de la azada, salta, tropieza en los brazos y cae a la reguera. Se empapa de agua con barro y aunque sacude, llenando de cieno los verdes tallos del maíz, tiembla chorreando mientras busca el sol caliente en la tierra seca.

Como si lo estuviera viendo: el cortijo, su casa y nido plácido al calor de la lumbre y los suyos, junto al manantial, el trozo de tierra llano, encinas corpulentas, junqueras atusadas por las vacas, hozada de cerdos y la chimenea manando humo. Como un palacio de sencillas piedras pero asomado al balcón del barranco por donde se aleja el río mientras canta, y más al fondo, la raya azul del infinito recortada sobre las cumbres.

La tengo viva, como si no hubiera pasado el tiempo: todavía era niña y ya se le veía gran reina, adornada de joyas bellas. Frágil y preparada para enfrentarse a las tormentas, al silencio y la primavera con su magia de flores. La abuelita, de pequeña, ya era recia lucha al tiempo que juego dulce

LA FUENTE, principio de la llanura hermosa y donde el cerro redondo acaba, la tarde, el correr del agua y ellos ahí sentados ¿crees que se me olvidan? Las ovejas que pastan y con el ritmo del día que se va, avanzan dirección a donde sale el sol. Remontan el collado, por el centro y siguiendo la cara que la montaña ofrece al valle de las aldeas, atraviesan los pinares y continúan remontando. Con la tarde que se va coronan las sendas altas de la cumbre y buscan las tierras llanas donde duermen cada noche. En lo más elevado, casi a dos pasos entre las estrellas y el cielo y dominando el valle, las aldeas, la extensa llanura hermosa, los pinares a lo lejos, las otras cumbres, las soledades, los caminos secos y los ríos que corren llenos.

Los cencerros y los balidos de las madres buscando los corderos, los pasos temblorosos de la niña que las sigue, mitad ya pastora en sus sueños y la otra mitad aprendiendo la verdad de la tierra, el monte que las

roza, las peñas, la hierba verde y la llanura que tan llena de primavera, no se pierde nunca de vista ni se aleja, sino que se le ve ahí mismo, a los pies mientras se asciende a la cumbre y siempre es seria. Bañada de rocío al salir el sol y hermosa, sembrada de luz a lo largo de todo el día, llena de perfume a la hora de la siesta y vestida con su gala más grandiosa al caer la tarde.

La fuente en la ladera, el sol que cae y por encina de donde mana, la pendiente, los piornos, las mil piedras sueltas, el rodal de nieve todavía blanca, los majoletos, la otra fuente más pequeña, las flores solitarias que entre las piedras, se abren libres, llenando de color y olor la aridez de la montaña y arriba, al final del todo, la cumbre, los azules brillantes y limpios, el cielo y al otro lado y más abajo, las aldeas.

La fuente en la ladera, el agua corriendo limpia, los álamos temblando al paso del viento frío de la tarde, clavados solemnes, esbeltos y recios en la tierra al borde de la alberca, el arroyo chico con su brecha en la pendiente y entre la hierba alta que la fuente riega, los pastores sentados al calor del último rayo de sol que el día deja, las ovejas que pastan, llenando la pradera y mientras suben a la majada de la cumbre, ellos charlan.

Su voz de montes espesos, primaveras reventadas, arroyos colmados de espumas, charcos y cascadas, sus manos ásperas de enfrentarse a la vida desde que supieron andar y cada día con la lucha callada, la briega que ennoblece y riega de sudor la tierra, sus caras arrugadas de tanto rozarlas los amaneceres de hielo, las mañanas de escarchas, las siestas de luz y fuego, las tardes de nieves blancas, los anocheceres de rocío y niebla y la soledad de los campos, las montañas, la luz blanca reverberando en las rocas plata y la monotonía de

las horas largas. Sus ojos transparentes de brillo inmaculado que trasluce el beso largo del silencio, el juego de las estrellas, el canto de los grillos, los caminos que se pierden y se enredan detrás de los rebaños, las flores en las vaguadas y sus borregos: copos de nieve que retozan y no paran, soñando, como ellos, en la gran mañana.

La fuente, los pastores, las ovejas, los álamos, la tierra, las horas monótonas y el viento que pasa, el temblar de la niña que los sigue y sus perros grises, en la tarde que se aleja y esta caricia amable que siento por mi alma, ¿no eres Tú que te abres y en melodía dulce me hablas y me hablas, me gritas, me quemas, cantas y juegas en la llanura por la hierba y retozas y besas y les dices y me dices que nos amas a pesar de tanta nieve, tanta soledad, tanta dureza, tanto esperar que sea mañana?

Los pastores, las fuentes que manan, las tardes, la música del pájaro que salta, el agua que corre y este débil dolor que dentro me agarra ¿no eres Tú, Dios mío, que a pesar de todo, nos quieres y nos abrazas?

LA TIA DOROTEA

ESTOY SENTADO DONDE EL ARROYO se abre en dos por entre las rocas y en el sillón de musgo verde, aunque seco porque es agosto, que Tú me has preparado. Por los lados, al frente y a las espaldas me rebosa y arropa el bosque y mientras me baña su sombra espesa y me perfuma el rumor de la corriente saltando la estrechura de las rocas, observo atento el silencio entre la espesura de las hojas y me distraigo con las que de vez en cuando se desprenden y caen al suelo. Noto que muchas de ellas ya están secas pero otras todavía están verdes y, sin embargo, se sueltan de sus ramas, trazan

dibujos por el aire mientras caen y sobre las piedras, la tierra e incluso sobre mi propio cuerpo, se paran y se mezclan con las que cayeron ayer, hace dos días, el año pasado y las de hace diez años. ¡Qué cantidad de hojas tiene el suelo de este bosque y en su silencio!

Estoy mirando algo distraído sin dejar de estar contigo y a lo lejos y sobre el cerrillo, veo el rodal de tierra donde estuvo la casa, la pequeña casa del misterio y hasta los veo a ellos, aunque ya no están, dentro. El padre, la madre, el hermano y la hermana y el padre, aquella mañana de invierno, Tú te lo llevaste y acepto que porque lo tendrías escrito y los que quedaron, también un poco ya murieron. Unos meses más tarde la madre preparó cuatro cosas al hermano y en una maleta de tablas viejas metió él dos cosillas más, cargó con ella, bajó por la senda que desde aquí estoy viendo, cruzó la llanura y el estrecho del río por donde se rompe la sierra y desde aquel día, el hermano todavía no ha vuelto.

Y en la casa pequeña y blanca que se alza sobre el cerro frente al gran valle de la hierba verde y de la sierra a lo lejos limpia y eterna, trajina la madre y la hija con las tierras del huerto, el agua del arroyo, las cuatro cabras blancas, las gallinas, el centeno y la tierra dura y las muchas piedras donde siembran los garbanzos, el trigo negro y los panizos y perales y los membrillos y los ciruelos... y cuando por la noche se llenan los barrancos de la soledad y el silencio, las dos se mente en su casa y sentadas frente al fuego se calientan en las llamas y piensan en Ti como Padre bueno y les llora el corazón de tanto frío, tanta lucha,   tanta ausencia y tantos recuerdos y luego se estrujan las lágrimas y cuando ya la noche va por su centro, se meten en la única cama y se calientan y se animan y quieren coger el sueño mientras en la ladera de la montaña, entre las rocas y el monte espeso, se

estrella la nieve fría del crudo invierno, se hielan las cascadas por los barrancos y silba el viento y así hasta el amanecer y luego otro días más, otro mes, otra primavera y otro año y más silencio.

Hasta que una mañana al levantarse la hermana, ayuda de la madre, descuelga la sartén del humero, preparan las dos sillas de patas cortas, las cabras, las gallinas y el perro y con el burro cargado, como si lo estuviera viendo, se viene por la vereda que sale por debajo del huerto, atraviesa las madroñeras y por donde la senda salta nuestro arroyuelo, se pierde camino de las tierras llanas del valle, del rincón viejo, de la senda ancha, del vado grande del río y luego, del camino que se aleja de la sierra y al frente, tu corazón de padre y el cielo abierto y Colgando sobre el horizonte blanco, su fantasía y su sueño.
- Que escribas, hija y me cuentas cómo te van las cosas y vuelve cuando quieras o puedas que yo te quiero.

Recuerdo que su cortijo no se ve desde el valle porque lo tapa el voladero por donde se despeña la cascada grande y hay que subir y remontar la primera parte de la ladera y a pesar de eso, se ve sólo cuando ya se está encima. Desde el camino viejo, que ahora es la carretera del asfalto, subía la senda que iba derecha a su cortijo y como lo tengo todavía tan fresco, recuerdo que en el cortijo del valle, aquella noche junto al fuego, la abuela me lo contó y ahora, mientras sigue avanzando la tarde y con mis ojos recorro el cerro y me distraigo en ver las hojas que desde el bosque van cayendo, lo repaso en mi mente:

“Tendría ella muy claro en su cabeza las cosas y en el fondo sabía bien lo que quería, porque de otro modo no se explica lo que hizo porque nadie llegó nunca a

comprenderlo aunque sí respetamos y aceptamos aquella decisión que le llevó a la soledad más absoluta hasta el día final y por eso te decía que esa mujer fue un héroe y a demás una santa.

El caso es que como se hacía vieja porque el tiempo no pasa sin dejar huellas y vivía tan sola, a todos nos preocupaba que un día le pasara algo. En una ocasión, ahí, al cortijo grande, vinieron las señoritas y una de ellas, que era una buenísima persona, ya andaba, desde hacía algún tiempo preocupada por la soledad de la anciana. Le preocupaba a ella mucho que la mujer siendo ya tan mayor, viviera sola en un monte tan agreste y grande como era este cerro.
- La pobre mujer, un día de estos, cuando menos lo esperemos, le va a pasar algo y sola como está, a ver quien le ayuda.
Decía una y otra vez la señorita.

- En eso tienes razón y nosotros somos los que de deberíamos tomar medidas.
Le contestaba la señora hermana.
- Pues hoy tenemos que subir al cortijo de la anciana a ver si la convencemos y se viene con nosotros a la casa del pueblo.
- La idea es estupenda porque, además, es obra de caridad pero ya verás como la abuela no quiere y si acaso logramos convencerla, verá como otra vez se vuelve ella a su cortijo.
Le decía el mayoral de las cabras.
- Tenemos que intentarlo porque la pobre mujer allí sola, corre peligro.
- Pues siendo así, estoy dispuesto a echar una mano en lo que la señorita necesite.
- Por ahora, lo único que necesitamos es que nos acompañes hasta su casa. Tú sabes por dónde va la

senda y como conoces bien el terreno, seguro que llegamos porque nosotras solas ¿a dónde vamos por estas tierras tan llenas de monte y escarpadas?
- Eso está hecho. Les acompaño a ustedes hasta el cortijo de la anciana porque también estoy de acuerdo en hacer algo por la mujer antes de que un día se muera en la pobreza y sin compañía de nadie.

Así que aquel día salieron temprano del cortijo grande y se pusieron en camino monte arriba en busca de la abuela. Estaba ya yéndose la primavera y entrando el verano y por eso en cuanto el sol se alzaba en el cielo pegaba fuerte sobre la solana. De aquí que ellos procurasen salir rayando el alba a fin de llegar pronto y volver para medio día a comer a cortijo grande. También por esto, aquella mañana era todo un espectáculo la gran ladera. Las vacas pastaban por las cañadas, los rebaños de cabras atravesando los madroñales y las manadas de ovejas subían o bajaban buscando las mejores praderas junto a las corrientes de los arroyos.

Los tres se pusieron en camino ladera arriba guiados por el mayoral de las cabras y como la señorita, aunque era una excelente persona, no estaba acostumbrada ni a las sendas ni a las cuestas de estos montes, pronto tuvo problemas.
- ¿Qué le pasa a usted, señorita?
Preguntó el mayoral.
- Como estás viendo, se me han roto los zapatos y los pies me duelen tanto que no puedo más.
- Si quiere nos volvemos y otro día subimos.
- Eso ni hablar. Hoy tenemos que llegar hasta donde vive la abuela aunque a mí se me llenen los pies de heridas.
- Pero sin calzado no se puede andar por estos montes.

- Vosotros los serranos sí os movíais por aquí con total agilidad, con los pies cubiertos por simples esparteñas y además de ser felices, camináis por estas sendas a diario venciéndolas un día y otro sin problemas.
- Pero no es lo mismo, señorita. Usted no está acostumbrada y es normal que esta subida le resulte dura. Si usted, el problema de su calzado lo arreglo enseguida.
- ¿Qué se puede hacer?
- Le dejo mis zapatos que casi son de la misma medida. Usted se los pone y ya verá como seguimos subiendo y llegamos.

A la señorita le gustó la idea y por eso no tardó en ponerse los zapatos del mayoral. A media ladera, bajo la sombra de un pino, se sentaron y mientras él se quitaba los zapatos de esparto y ella se los iba poniendo, a la mente de la muchacha acudió la imagen del tesoro de la abuelita.
- ¿Es verdad o no?
Le preguntaba al mayoral.
- ¿Por qué me lo pregunta?
- Es que lo he oído bastantes veces de unos y otros y claro, aunque no le doy crédito, al final una llega a dudar. Ahora que tengo la oportunidad te lo pregunto a ti porque creo que sí estarás bien informado.
- Pues mire usted señorita, lo que sé es poca cosa y desde luego todo también pura habladuría porque el tesoro de la anciana yo no lo he visto nunca y creo que tampoco lo ha visto ni tocado nadie.
- Y lo que sabes ¿qué es?
- Sé que ella, al parecer, andando un día por estos montes se tropezó con unas rocas raras que nunca nadie había visto y que eran como piedras preciosas. Dicen que eran trozos de piedras que brillaban como el cristal, con la superficie pulida, tan suave como la espuma y

transparentes como el viento. Unas piedras en forma de cristales de un kilo o así de peso y que se encontraban sueltas en una ladera oculta entre el monte. Allí mismo y más abajo, también encontró otras pocas piedras de aquellas, transparentes y brillantes como las primeras pero de color morado intenso. Según yo he oído decir, ella cogió sólo unas cuantas y se las trajo a su cortijo. En el lugar de hallazgo se dejó las demás pensando que un día, nadie sabe cuando, volvería para decírselo luego a todo el mundo y si de verdad esas piedras son buenas, venderlas y hacerse rica.

Esto es lo que a mí me dijeron unos y otros, cosa que nunca llegué a creer del todo ni tampoco pongo en duda. Por que ¿quién sabe si pudiera ser verdad?
- Ya te digo que también lo he oído pero claro, piedras preciosas aquí en estos montes nunca se dieron y por otro lado, si tanto se habla, mientras no se compruebe ¿cómo negarlo?
- Yo estoy pensando que como usted es una persona muy educada y sabe cómo tratar a la abuelita, cuando lleguemos le puede preguntar y a lo mejor se anima y nos lo cuenta. ¿Qué le parece?
- Me parece bien pero ten en cuanta que mi interés en ir hasta el cortijo y verla ya sabes que es por otro asunto ¿Crees tú que ella se vendrá?
- A ella, como a todos los buenos serranos, le resulta más que duro, casi imposible dejar el rincón donde en estas sierras ha vivido. Los demás valores y cosas de la tierra no tienen interés para una persona como la abuelita. Los serranos, los auténticos hombres y mujeres de estas sierras, siempre hemos llevado dentro estos valores y eso no hay cosa en el mundo que lo cambie. Habremos sido más pobres y hasta con menos formación que otros pero a valores humanos llenos de sincero amor, nadie nunca nos ganará.

- En fin, cuando lleguemos y le hablemos veremos lo que piensa y hace.

Así que una vez descansada y con los zapatos repuestos, el mayoral de las cabras, la señorita y la hermana, siguieron subiendo por la senda que surca el monte en busca del cortijo perdido, como ellas lo llamaban. Pero como esta ladera es tan larga y tan mala y tan áspera de andar, media hora más tarde, ahora era la hermana la que ya no podía más.
- ¿Qué le pasa señora?
Le pregunta el mayoral.
- Pues que estoy tan agotada que no puedo con mi cuerpo.
- Si pudiera hacer un esfuerzo, en nada de tiempo estaríamos en el cortijo.
- Lo siento pero en estos momentos no tengo fuerzas ni para dar tres pasos más.
- Pues nos volvemos.
- Ya que hemos llegado hasta estas alturas tenemos que seguir.

A mí me dejáis en la sombra de estos pinos y aquí os espero. Vosotros seguí porque ella necesita de compañía humana y si lográis que se venga, daremos por bien sufrido este esfuerzo.
- Si usted se queda le voy a decir que no se mueva de la sombra de este pino no sea que se meta por el monte y se despeña por algún barranco de estos. Usted quédese aquí a la sombra, respirando el aire fresco que sube del valle y gozando de la hermosa panorámica y cuando volvamos, regresamos juntos. Sola no se va a quedar porque a mi perra le voy a pedir que se esté aquí con usted dándole compañía y ya ve que las vacas también pastan por aquel barranco que aunque parezca que no, los animales acompañan.

- Yo haré caso a lo que usted me diga y aquí me quedaré esperando.
El mayoral miró a la perra grande y le dijo: “Aquí te quedas con el ama y ya sabes, cuídala que no le pase nada” y el animal parece que comprendió lo que le dijo el dueño.

Así que la señorita y el mayoral de las cabras siguieron subiendo ya bastante más reconfortados porque el cortijo no quedaba lejos y tampoco tenía mucha complicación el trozo que faltaba. En unos minutos remontaron una lomilla, atravesaron un buen trozo de bosque, alcanzaron una repisa y ya tenían antes sus ojos el cortijillo de la abuela.
- Verá usted que sorpresa se va a llevar cuando nos vea porque como no nos espera y como por el lugar viene tan poca gente, sin duda que no se lo va a creer.
Le decía el mayoral.
- Y no sé porque pero hasta me siento alegre del encuentro. Debe ser tan buena la abuelita y debe sentirse tan sola que hasta siento gozo de este encuentro.

Y así fue: la abuela estaba sentada frente a la lumbre de la chimenea cuando ellos entraron y la cogieron desprevenida.
- Somos gente de paz.
Le dijo el mayoral acercándose y besándola. Se volvió la abuelita y nerviosa dijo:
- Yo te conozco a ti y me alegro que vuelvas pero esta zagala no sé quién es.
- Es la señorita del cortijo grande que ha tenido el gusto de venir a tu casa porque quería conocerte y darte un rato de compañía.
- Pues hija mía, yo ni tengo nada qué ofrecerte ni te puedo enseñar nada porque ya ves qué chico es mi cortijo y qué pocas cosas hay en él. Un cuartucho con mi cama,

una mesa destartalada, una silla y la lumbre que siempre arde porque es la única compañía que tengo. Así que bien venida a mi rincón y siéntate frente a la lumbre que es lo único que puedo ofrecerte y un baso de agua fresca, si quieres.

- Hermana, yo estoy encantada sólo con estar junto a usted y por eso todo lo demás me sobra. Hemos venido nada más que para estar un rato con usted y charlar y como ya estoy en su casa y la tengo aquí a mi lado, me sobra cualquier otra cosa. No necesito de nada porque no venía buscando sino su presencia y el calor de este hermoso cortijo con su lumbre y la paz que en él hay.
Le dijo la señorita.
- Pues gracias, hija mía, por tu generosidad que ya veo que es como la de todos los jóvenes de hoy en día, sincera y noble. Una no se merece tantas atenciones porque una no hizo nunca nada en la vida por los demás y fíjate que ahora, cuando ya soy vieja, todo el mundo os preocupáis por mí como si yo fuera importante. Todos los jóvenes de hoy tenéis buen corazón y sois tan generosos conmigo que en ocasiones hasta me siento avergonzada. ¿Por qué te has tomado tantas molestias en subir ese camino tan malo?
- Es que ya le he dicho que teníamos interés en conocerla y estar aquí un rato a su lado para charla de algunas cosas.
- La verdad es que no sé de qué cosas vamos a charlar.
- Hablamos primero de sus cosas y luego yo le contaré un plan que estoy pensando.
- Pues de mis cosas, como no te cuente los ratos que me paso buscando níscalos y caracoles que luego llevo a los que viven en los cortijos del arroyo, como no te cuente lo buenas que son esas personas conmigo que cada vez que voy por allí me dan tantas comida que luego tengo que dar dos viajes para subirlas a mi cortijo, como no te

cuente que ellos me repiten una vez y otra que deje de vivir sola en este cortijo porque algún día me va a pasar algo, como no te cuente alguna de estas cosas, no sé de qué puedo hablar contigo a no ser que te cuente el sueño que tanto se me repite cada noche.

- ¿Y qué sueño es?

- Pues mira, los sueño mucho y en él siempre veo algo que en la realidad de mi vida nunca vi con estos ojos.

- ¿Qué ve?

- Lo primero una gran montaña que se parece a esta donde vivo pero que es más grande y con paisajes y laderas distintas. Y sobre la gran montaña, arriba, casi en la cumbre, siempre una manada de búfalos que viven como si estuvieran encerrados, pastando en las praderas que sobre la cumbre tiene esa montaña y nunca pueden bajar a los pastos de la llanura.

- ¿Por qué no pueden bajar?

- Primero porque unas grandes paredes de rocas se lo impiden y segundo, porque también se lo impide un grupo de hombres que guardan la montaña.

En una ocasión, en mi sueño, le pregunté a uno de los hombres por qué forzaban a los animales a vivir sobre la cumbre donde aunque tienen praderas, las que hay por las partes bajas también son buenas y están repletas de finas hierbas ¿y sabes lo que me dijo?

- ¿Qué le dijo?

- Pues que no dejaban que los animales bajaran a las praderas de las laderas y del valle porque todas las tierras eran para los visitantes. “Los animales que ahora pastan por la cumbre de esta montaña, son una reserva que hemos acorralado en las alturas para que no se acaben y donde los visitantes no llegan tanto. Es decir: las cumbres para los animales de donde no pueden salir porque todas las otras tierras de las zonas medias y los valles son para

los visitantes que desde aquí los observan tranquilos pastando por la tierra de la cumbre”.

Esto fue lo que me dijo aquel hombre cuando le pregunté y la verdad es que ni me gustó su respuesta ni me gustó ver lo que con esos animales han hecho. Los han dejado aislados sobre las cumbres, cerrándoles todas las puertas hacia otras tierras como si fueran piezas de museo que quieren conservar pero privándolos de vida. ¿Tú crees que eso está bien?
- Yo creo que no porque las personas serán importantes pero quitarle las tierras a los animales para dejarlos encerrados entre las rocas de la cumbre, tampoco me parece bien. Pero en fin, vamos a lo nuestro.
- ¿Y qué es lo nuestro, hija mía?
- Pues que me gustaría que se viniera a vivir a mi casa.

Cuando la señorita terminó de pronunciar estas palabras, la anciana la miró y no respondió enseguida, sino que guardó silencio y durante un rato permaneció pensativa, como si buscara alguna vivencia entre sus recuerdos sobre la cual apoyarse para responder. También la señorita empezó a preocuparse, ante la duda de si habría molestado o no a la abuelita con aquella pretensión. Miró al mayoral como esperando que él le echara una mano y al instante se fijó en la abuelita otra vez y le dijo:
- Bueno, lo que acabo de decir no tiene por qué ser ahora mismo. Usted se lo piensa con todo el tiempo que necesite y cuando otro día volvamos, me dice si quiere o no venirse a la casa que tenemos en el pueblo
- La verdad es que yo te agradezco la generosidad pero creo que la respuesta te la puedo dar ahora mismo.
- ¿Y cual es?
- Pues que si me fuera con vosotros a vivir a ese pueblo no me sentiría feliz. A mí nunca me gustó ni molestar ni

ser una carga para nadie. Aunque vosotros seáis buenos amigos, pienso que no dejaré de ser una molestia en la casa. Estaréis pendientes de mí para la comida, el vestido, si hace o no, frío o calor... en fin, un montón de cosas que a la larga serán molestas para vosotros. Y por otro lado también estoy pensando que si no me encuentro agusto, por lo que ya antes te he dicho, y porque aquel no es mi mundo, ¿quién puede asegurar que un día no me saldré de la casa vuestra y sin deciros nada me vuelvo otra vez a este cortijo?
- Si eso ocurriera nadie se iba a enfadar. Comprendemos que está en su derecho y que sus cosas y sus recuerdos son más fuertes que cuanto nosotros podamos darle.
- Pero tú fíjate qué faena y a vosotros que tan buenos sois.

Por eso ya te decía que es mejor no irme a esa casa que tenéis en el pueblo. Yo ya estoy muy acostumbrada a vivir en este cortijo encima de la ladera y entre el monte. Tan acostumbrada estoy a la lumbre y al candil que el problema para mí iba a ser lo contrario: hacerme a la luz eléctrica y esas comodidades que ponen en vuestras casas. Yo sé que iba a echar de menos el calor de la lumbre con la chimenea y el chisporrotear de los tizones ardiendo lentamente. Tampoco me iba a sentir bien en una cama con finas sábanas ni en un cuarto de baño con grifos y todas las cosas que allí tenéis.

Yo estoy muy acostumbrada a este cuartucho mío y a lavarme de vez en cuando, en el charco del arroyo que corre por aquí y te aseguro que esto no es ningún sacrificio para mí. Tan poco es ningún sacrificio levantarme cada día al salir el sol, encender la lumbre, darle de comer a las cuatro gallinas, ir a la huerta a regarla, salir al monte a recoger leña, ordeñar las cabras y recoger piñas secas para cuando llegue el invierno. Tan

acostumbrada estoy a estas cosas y tantas veces las he hecho a lo largo de mi vida, que si ahora me faltan, creo que me aburriría mucho. Y sé que tú estás pensando que con mis años, algún día me faltarán las fuerzas para arreglarme sola. También he pensando eso pero como mi vida y mi suerte, desde hace tiempo, la tengo en las manos del Señor, yo confío en que El vaya cuidando de mí hasta el día en que decida llevarme a su lado. Y ya termino. No tengo nada más que decirte sino que te agradezco tu sincera muestra de cariño.

Al terminar la abuelita de pronunciar estas palabras, la señorita permaneció en silencio. No sabía qué decir por la gran claridad con que la anciana se había expresado. Miró al mayoral y con gestos, éste le dijo que no siguiera insistiendo, se dirigió de nuevo a la abuelita y le dijo:
- De todos modos usted lo sigue pensándolo y si algún día quiere venirse no tiene nada más que decirlo.
- Como ya sé que vosotros me queréis y como el mayoral viene por aquí de vez en cuando, pues si cambio de opinión, se lo digo.
- En eso quedamos y ahora nos vamos que en mitad de la cuesta, nos espera la señora.
- Pero ya que estáis aquí tenéis que compartir conmigo un tazón de leche. Es de mi cabra y está recién ordeñada.
- Lo aceptamos pero no queremos ser pesados.
- Me estáis dando compañía y eso es importante para mí.

Y sin más, los tres se sentaron frente al fuego de la chimenea donde, en una olla de barro, la abuelita tenía calentita la leche. Echó una poca en los tazones también de barro y mientras se la iban tomando hablaron de la huerta, del cortijo tan solitario en aquel monte, del trozo de pared que el último invierno se le había caído por el lado del arroyo, de los hijos que se fueron y nunca más volvieron, de los ciervos que cada noche bajaban y se

comían las lechugas y los árboles frutales, de las nogueras viejas que este año no han dando nueces porque los hielos la habían quemado.
- Cuando ya tenían las flores brotadas, porque la primavera se adelantó, vinieron los hielos y quemó y las flores.
Decía la anciana.

Hablaron también de los caracoles, de los espárragos que por todo aquel monte crecían, de los nidos de perdiz al llegar la primavera, de las nieves, de las lluvias y la crecida de los arroyos y cuando ya iba llegando el día a su centro, el mayoral y la señorita se despidieron.
- Que volváis.
- Volveremos y nos estaremos aquí más rato.

Emprendieron por el regreso ladera abajo y en cuanto empezaron a alejarse, comenzaron a comentar las impresiones que la abuela había dejado sobre sus almas.
- Lo feliz que es y la paz que tiene a pesar de que parece lo contrario.
- Es lo que la mayoría de nosotros nos decimos y por estas razones la respetamos tanto, dejándola con sus cosas y su mundo a pesar del peligro que tiene.
Decía el mayoral y en estos momentos sientes voces.
- ¡Espera!
Exclama la señorita. Detuvieron el paso y atentos escucharon. Oyeron otra vez un fuerte grito y ahora más claro.
- ¡Es la señora!
Exclamó el mayoral.
- ¿Qué le pasará?
- Bajemos aprisa no sea que le ocurra algo.
Ambos descendieron rápidos por la senda, atropellando monte y cuando trazaron la curva del pino grande, la vieron. La señora estaba acurrucada contra el tronco del

árbol, defendida por la perra del mayoral que reculada en sus pies hacía cara a todo lo que se acercaba a la señora mientras ella gritaba llena de miedo.

- ¿Qué ha pasado?
Preguntó enseguida el mayoral.
- Una vaca me ha atacado.
- Pero si estas vacas no son bravas.
- No serán bravas pero yo me he salvado de milagro. Si no llega a ser por la perra ahora estaría por el monte todo hecha polvo.
- Tranquilícese señora, que ya estamos nosotros aquí para ayudarle en lo que haga falta. Pero me interesa saber qué es lo que ha pasado y cómo porque hasta hoy tenía creído que mis vacas no envestían a la gente. Si resulta que sin saberlo en mi manada tengo alguna brava, tendré que tomar medidas antes de que algún día ocurra lo peor. A ver, cuénteme usted.

- Yo estaba sentada bajo la sombra del pino tal como me indicó y tan agotada me encontraba que ni siquiera me apeteció levantarme para dar un paseo y resulta que estando tan tranquila, de pronto, siento un gran tropel. Venía de allí, del lado del arroyo y claro, enseguida miré asustada y más me asusté cuando vi lo que era.
- ¿Qué era?
Preguntó la señorita.
- Una enorme vaca que con la fuerza de un huracán, atravesaba el monte y rugiendo en mi busca. Traía el rabo alzado, la cornamenta bien preparada hacía adelante y mientras mugía, se retorcía salvaje dando saltos por entre el monte y las rocas. Parecía como si me hubiera visto porque venía toda derecha a mí con la mala intención de llevarme por delante.

Me levanté asustada, me aplasté contra el tronco del pino y menos mal que la perra enseguida la vio, salió a su encuentro y poniéndose delante, le hizo cara dando grande ladridos. Se ve que la vaca le teme a la perra y por eso torció su carrera y sin dejar el trotar endemoniado que traía, siguió saltando por el monte y se perdió ladera abajo. ¡Pero válgame el cielo qué susto al verla tan cerca y con la carrera que traía! Vamos que me hubiera lanzado por los aires y me hubiera tirado barranco abajo por este monte de no ser por la perra.

- Ya ha pasado todo, señora, y gracias a Dios que no ha ocurrido nada. Así que se tranquilícese porque, además, le voy a decir qué es lo que le ocurría a ese animal.
Al pronunciar estas palabras, tanto la señorita como la señora, se le quedaron mirando y ansiosas esperaban la explicación del mayoral.
- ¿Qué ha sido?
- En primer lugar ni la vaca es brava ni le quiso atacar.
- ¿Entonces?
- Pues que al animal le ha picado la mosca, como le pica la mosca a todas las vacas en la época del calor y se puso a correr, que es lo que siempre ellas hacen para defenderse de la molesta picazón que el insecto le produce.
- Pero señor mayoral, eso "de picar" la mosca ¿qué es?
- Científicamente no sé explicarlo pero en mi lenguaje y en mi experiencia de todos los días, sí lo puedo describir. Lo de la mosca en las vacas, pues es eso: unas moscas grandes que atacan a los animales produciéndoles un escozor muy doloroso y por eso salen corriendo. Se les mete entre las pezuñas de los pies y es ahí donde les pica para chuparles la sangre. Al hincar el aguijón les inyectan un veneno que por lo visto debe ser muy doloroso y claro, como en esa parte del cuerpo las vacas no tienen ningún medio para espantar a las moscas, lo único que se les

ocurre es salir corriendo. En esa huida loca que parecen que van rabiosas, siempre buscan la espesura del monte, los arroyos de aguas y las sombras de los árboles porque creen que de ese modo se quintan de encima la picazón de tan molesto insecto.

La vaca que hace un rato usted ha visto por aquí ni es brava ni venía con intención de atacarle, sino que corría con el rabo empinado y con la mosca entre las pezuñas. Seguro que el animal ni siquiera sabía que bajo este pino descansaba la señora, y claro, también se habrá llevado una sorpresa.

- Yo no sé si será así o no, el caso es que sino hubiera sido por la perra de usted la vaca me habría destrozado. Ya le digo que la perra se puso delante, haciéndole cara y ladrando de tal modo que si la vaca hubiera insistido acercase hasta mí, yo estoy segura que lo habría tenido que hacer por encima de la perra. Su perra desde hoy pasa a ser mi amiga y tanto que hasta me atrevo a pedirle que me la regale para que me la lleve conmigo al pueblo.

Al oír estas palabras, el mayoral se sintió un poco preocupado. La hermosa perra que en estos momentos la señora quería, era su mejor compañera también de toda la vida. Siempre que el mayoral iba por el monte cuidando las cabras, la perra le acompañaba y siempre que tenía que mover las cabras de acá para allá, era la perra la que se encargaba de conducirlas. Tan compenetrados estaban los tres, cabras, perra y mayoral, que sin tragedia ni violencia todo funcionaba perfectamente. El mayoral daba las órdenes, la perra las ponía en práctica y las cabras obedecían con la más sabia inteligencia. Si ahora la señora se encaprichaba con la perra y se la llevaba a su casa, para él, iba a ser un extravío. Pero como era la señora, si el mayoral se negaba al capricho, podría ella sentirse contrariedad. Por eso preocupado dijo:

- La señora, desde hoy esta perra mía es suya y estoy segura que a ella también le gustará tener una nueva dueña como usted pero si me permite me voy a atrever a dar mi opinión.
- ¿Cuál es tu opinión?
- Que como el animal se ha criado conmigo, en medio del monte y junto a las vacas, si ahora, de la noche a la mañana, se la lleva a la casa suya del pueblo, puede sentirse extrañada.
- ¿Qué se le ocurre que podemos hacer?
- Como sé que usted ha quedado agradecida a esta perra por lo que ella ha hecho hoy, creo que lo mejor es eso: que a partir de este momento la considera suya propia y para siempre, cosas que ella se lo va a agradecer desde el primer día pero vamos a dejarla como siempre estuvo, aquí conmigo, junto a las vacas y en la sierra y cuando usted venga por aquí, se la lleva para donde quiera ¿Qué le parece?
- Pues que es buena idea. Usted mejor que nadie la conoce y sabe cómo cuidarla pero tenga en cuenta que mientras viva tanto ella como yo, nos pertenecemos. Nunca podré olvidar lo que hoy ha hecho por mí.

A partir de este momento, los tres y la perra detrás, siguieron bajando por la senda y una media hora después, ya estaban en la casa de cortijo grande. Allí hablaron del encuentro con la anciana, de la vaca brava y la perra y del proyecto para el futuro que de todo aquello había brotado. Aquel día la tarde se les pasó rápida y en cuanto se hizo de noche, el valle y laderas, quedaron cubiertas por las nubes negras de una gran tormenta. Empezó a soplar el viento y a tronar a primera hora y antes de que la noche llegara a su centro, la lluvia comenzó a caer con fuerza. En su pequeño cortijo, la anciana se despertó asustada y aunque enseguida se dijo

que aquello era una tormenta como tantas, al poco empezó a tener miedo.

Llovía en forma de diluvio y soplaba el viento arrancando las tejas del cortijo y doblando el monte. Se llenó ella de miedo y mientras se acurrucaba junto a la cocina por donde le empezó a entrar el agua y la ponía empapada e inundaba la estancia, la preocupación se le metió hasta en lo más hondo del alma.

"Después de esta nube mañana subirá otra vez esa señorita y como va a ver el cortijo roto, inundado y sin techo, quiera yo o no, me sacarán de aquí y me llevarán con ellos a su pueblo. Seguro que sucederá eso y entonces me moriré de tristeza. ¿Qué haré en un pueblo extraño sin mi huerto, sin mis gallinas, sin mis cabras, sin mi sierra? Me moriré de pena sin remedio aunque ellos piensen que me están dando la felicidad. Sin nada que hacer, porque no me dejarán que haga cosas, sin libertad para levantarme e ir donde quiera y sin animales ni monte, ¿cómo me voy a sentir feliz por más rodeada que me encuentre de personas y ciudades?"

Esto es lo que pensaba la anciana, en la oscuridad de su cortijo mientras la tormenta descargaba y los truenos resonaban por los barrancos. Este era su miedo en el centro de la ladera, la densa oscuridad de la noche y en la lejanía del cortijo.

"Así que antes de que esto suceda mejor sería que el Señor esta noche, se apiadara de mí y me llevará con él definitivamente. Las personas que a partir de ahora me rodeen, sólo van a traerme sufrimientos, aunque ellos piensen que me hacen bien. Mejor sería que esta noche el Señor se apiadara de mí y me recogiera ya, antes de

que ellos me complicaran más la vida”. Seguía diciéndose toda llena de miedo y empapada por la lluvia.

En aquella ocasión, a media noche dejó de llover, se apaciguó el viento y cuando al día siguiente amaneció, sobre la ladera y el valle, lucía un sol de oro con tonos de estrellas blancas. En el cortijo grande se acordaron de la anciana pero nadie subió a verla. Todos acordaron en que ya irían otro día con la idea de convencerla para que se fuera al pueblo”.

Y ahora, sólo hace un momento, he bajado del rincón y la llanura en lo alto del cerro y donde estaba la casa pequeña, blanca y de viento ¿sabes lo que mis ojos han visto? Nada más que suelo y la llanura llena de pasto y donde el ciruelo, las piedras de las paredes rodando, zarzas por el huerto, muchos pinos junto a la fuente, muchas ramas secas de los viejos majuelos y luego silencio, soledad, el azul de tu cielo y luego la lejanía donde las nubes y en lo más alto del cerro y algún tizón de aquella lumbre todavía rodando y negro y los caminos borrados y el chorro del arroyuelo que ellos también tenían, saltando limpio y ajeno y luego más soledad y en la ausencia, su recuerdo y su perfume con su cara de madre hermosa y su beso en la mejilla de la hija que se va y también es bella y después más ausencia y ya el silencio y contigo y la sierra y la fuente y mi corazón y su sueño y mi sueño.

Y ahora estoy sentado en este sillón de piedra que aquí, entre el arroyuelo, Tú me has preparado y miro al valle y a las hojas del bosque que caen al suelo y me voy por la ladera siguiendo al viento y las veo a ellas afanadas en sus luchas y su cortijo y ellos y te miro a Ti y miro al cerro y me abrazo a las nubes y lloro y me aferro a la vida, a mi ilusión, a mi sueño y te digo y me digo que si

aquello era bueno y, además limpio, noble y bello ¿Por qué tuvieron que irse y las cosas fueron como Tú y yo sabemos?

Y aquí estoy sentado, entre las hojas del bosque denso y respiro y te palpo y miro a lo lejos y donde la sierra limpia y verde y el sol esparce sus reflejos, te sigo viendo a Ti y los veo a ellos y después de tanto, me convenzo que ahí están contigo abrazados y para siempre eternos.

NOTA DEL AUTOR:
Esto ocurrió de verdad en las montañas y sierras del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas. A los cortijos y aldeas de aquellas sencillas personas, los hundieron. Pero ellos, ya lo he dicho, siguen vivos y para siempre palpitando en las fuentes y hojas de los bosques y también en mi corazón y en el amoroso beso de Dios.

EN LA MAÑANA QUE LLEGA

EN LA MAÑANA que llega, veintiséis de octubre, a igual que aquellas mañanas de aquellos días, por la ladera de la fuente de los álamos, cantan las perdices y del bosque del barranco, llega el olor húmedo de las setas y por la solana que surca la senda, ya las madroñeras se doblan repletas de madroños rojos que empiezan a cubrir el suelo y a rodar por la tierra y a llenar los charcos de la cascada del musgo y huele, el monte, a primavera aunque sea otoño porque unos días llueve y otros días hace frío, no como el frío de aquellos otoños y, otros días, como es el caso de hoy, está el cielo limpio de nubes y sale el sol brillante y no hace viento ni chispa de frío y como la tierra sí está empapada, parece una mañana de primavera que ahora llega aunque sea otoño y también el campo lo sepa.

Y como el corazón todavía se mezcla con la tierra y vive casi más en los recuerdos y de aquellos trozos que fueron más belleza, en la mañana que llega, se siente y se ve y se palpa, aquella mañana de aquel día concreto que amaneció como el de hoy y, además, lleno de fiesta porque del cortijo rey que se asienta en la llanura hermosa de la hoya espléndida que se recoge a mitad de la ladera, entre el río grande y la cumbre de la luz, bajan y vienen a vernos, el abuelo y la abuela y por eso madre, desde las primeras horas, prepara el horno y prepara la masa del pan en la artesa y en cuanto nos levantamos, la niña y yo, como unas mañanas atrás cuando la higuera estaba cargada de higos, cogemos la cesta de mimbre que padre nos ha hecho y, siguiendo los consejos de madre, nos vamos por la vereda.

Y como, igual que ahora, ya ha llovido mucho pero también han venido muchos días de sol y ha hecho mucho viento, la tierra, en el camino que sube rozando el arroyo, está seca y en la hierba, a los lados y por las grandiosas praderas, tiembla el rocío en tanta cantidad que si nos vamos por ella nos ponemos chorreando, pues al pisar el polvo del camino, se van quedando las huellas de sus pasos y los míos y aunque, como tantas otras cosas en este rincón, no parece tenga mucha importancia, a ella le alegra y le divierte y por eso, mientras vamos caminando, juega su juego de sueños celestes y que hoy es el de las huellas de las pisadas que se quedan grabadas en el polvo del camino y en la muda tierra mientras el arroyo corre y, desde las encinas de la orilla, nos mira el otoño que parece primavera.

Y llegamos a la llanura donde, al principio, crece la higuera y ponemos la cesta en el suelo y de sus hojas anchas, que fueron verdes y ahora son amarillas porque, con el otoño se secan, cogemos un puñado e igual que

cuando hace unas tardes recogíamos los higos, tapizamos, con las hojas amarillas y verdes de la vieja higuera, el fondo de la cesta de mimbre que padre nos ha regalado y sobre el tapiz húmedo de esta canasta bella, vamos poniendo las manzanas que arrancamos de las ramas de los manzanos y que también ya están amarillas oro y desprenden esencia de miel y son redondas y como puños y, de apariencia tan buena, que sólo tocarlas con las manos y acariciarlas con los ojos, ya el estómago y el alma, llenan.

Y en compañía de la hermana hermosa y dulce como la más fulgurante primavera, en la mañana que se abre y de luz y de perfume y de rocío y de hierba fina y de madroños y de manantiales y de rebaños de ovejas que pastan por la llanura, se ve tan plena, la niña cándida de mi corazón y yo, llenamos la cesta de manzanas amarillas y luego cogemos, de los almendros que van por la reguera, las almendras que también están secas y les quitamos las cáscara ya arrugada y vieja y partimos algunas y nos las comemos y otras, las vamos echando a la cesta y vamos rellenando los huecos que han dejado las manzanas entre ellas y luego, cogemos nueces del nogal y las probamos para cerciorarnos de que estén buenas y completamos el cargamento y otra cesta pequeña, con los higos chumbos y gordos y dorados que hermosos cuelgan de las hojas espinosas y anchas que muestran las chumberas y nos ponemos en camino y regresamos hacia la casa donde madre nos espera.

Y en la mañana que resplandece y cantan las perdices y el sol, de luz y de fuego, la llena, regresamos por el camino jugando con las pisadas que grabadas se han quedado en la tierra y al pasar por la encina grande que clava sus raíces en la misma torrentera que baña el agua del arroyo, como las bellotas en sus ramas, ya están

negras y son gordas y muy dulces y muchas ya, por el suelo, ruedan, nos volvemos a parar y cogemos todas las que podemos y colmamos y rellenamos las cestas y ya satisfechos y, en la mañana de plata del otoño que parece primavera, mientras regresamos jugando con el perfume que mana del bosque, la hermana me dice, contenta:
- ¡Ya verás madre, qué tarta más rica va a preparar hoy, para el abuelo y la abuela!

EN LA MAÑANA BESANDO

HOY ES YA EL DÍA de reyes y estoy, en la mañana, mirando la luz del sol tiñendo el campo con el azul del cielo que lo arropa y mientras observo la ladera y ando reflexionando en las mil higueras buenas que llenaban la tierra y, clavadas en ella, extraían la savia que cuajaba en el frutos de los higos blancos y entre tristeza y gozo me estoy mudamente preguntando la manera de volver a la vida aquellas frondosas higueras que hoy descubro secas por laderas y barrancos y, distraído y con mis dedos estoy, sin querer, acariciando la cruz que en mi pecho cuelga, cuando justo ahora caigo en la cuenta del sueño que estoy soñando porque ella me decía que la dulzura de Dios, en la mañana besando, es como “el cariño de una madre a sus hijos” y lo que ahora estoy buscando es cómo meter, en una pocica de arena, todas las aguas del océano.

Y estoy entretenido entre el gozo, la tristeza y el llanto acurrucado en las cosquillas del temblor que, al rozarme, su caricia me ha dejado cuando caigo en la cuenta de aquel amanecer de reyes con la niña en su juego y la abuela en un beso y ella preguntando:
- Pero ese beso de Dios que me dices ¿cómo es de blando?

Y está la abuela con ella dándole el cariño en la luz del día que está llegando y va a contarle cómo es el beso del que están hablando cuando entra a la casa y, viene de las tierras altas y algo desconsolado, padre que enseguida dice:
- La cruz dorada que siempre en mi cuello ha ido colgada, se me ha perdido por el monte y estoy bastante apenado.
Y la abuela:
- ¿Y la has buscando?
Y padre:
- Toda la mañana entera sin tener ningún descanso y recorriendo metro a metro el suelo por donde, al amanecer y buscando las ovejas, subía agotado.
- ¿Y ahora?
- Prepárame algo de comida que me voy otra vez por la tierra de esa ladera y llano para seguir en mi empeño haber si al final la hallo.

Y está la madre y la abuela y la niña como celebrando la onza de chocolate que los reyes, al pasar, esta noche le han dejado cuando, al poco de volverse padre con su desasosiego y el corazón contrariado por la pérdida de la cruz que es símbolo y herencia de los primeros abuelos y de los otros más lejanos, entra a la estancia los otros niños hermanos y buscan a la niña y se ponen a celebrar los reyes y están ellos sus cosas hablando cuando el más pequeño, de pronto, dice:
- ¿Sabes lo que ha pasado?
Y la niña:
- ¿Qué ha pasado?
- Que mi hermana la gemela se ha encontrado una cruz de oro hermosa que tiene como un baño de llamas de lumbre y en el centro una gota de rocío blanco.

Y la niña que salta de la cama y al ver, por la puerta, entrando a la hermana del que habla y amiga de suya, le dice como rogando:
- La pequeña cruz que tienes es la que padre está buscando y te lo digo por si, de alguna manera se pudiera, hacer algo y que el corazón del pastor de las praderas no siga desconsolado.
Y la hermana buena:
- Vente conmigo al instante y mientras vamos jugando, te llevo a mi casa y luego damos voces a padre y le pedimos que se venga para abajo porque la cruz que estaba perdida ya la hemos encontrado.

Y la niña que se agarra al cuello de la amiga que ha llegado y mientras salen de la casa la envuelve en un tierno abrazo y según ya van pisando la tierra del sendero que une el cerro y el llano, pega su cara a la de la hermana y las dos, sienten el corazón temblando y el calor de la sangre por las venas ardiendo de placer y al mismo tiempo quemando.
- Como en un juego y fundiendo tu cara contra mi cara en un beso de amor dulce en este pequeñito abrazo.
Expresa la niña y mientras las dos caminan unidas y entre sí sus cosas se van contando, la mente se le llena de luz y como si fuera un rumor de música que sin eco pasa rozando, cae en la cuenta y le dice:
- Así como este juego nuestro deber ser el dulzor blanco que Dios da en el alma cuando regala su beso blando.

Y mientras la aprieta con ella en su juego y quedamente va pronunciando palabras dulces al oído, las dos estrechan mano con mano y desde la fantasía al juego y, del gozo al sueño, le dice muy por lo bajo:
- Como un hermano a otro hermano o como una madre al hijo, es el beso que ahora nos damos.
Y la niña:

- Y ya verás a padre cuando venga que alegre sorpresa la damos.

Y la hermana que no responde y con ella sigue jugando y el frío de la mañana del invierno que a las dos pasa acariciando y el sol que, como el de hoy, mágico llena el campo en este día de reyes y según me voy despertando mientras, sin darme cuenta, miro a la tierra y acaricio con mi mano la cruz de oro pequeña que en mi pecho está colgando, me digo, en mi tristeza y gozo, que lo de Dios y su amor de Padre bueno, sí es como un beso de hermano a hermano y como el calor que la niña sentía en su juego y rozando su cara perla con la cara de la hermana por la mañana temprano de aquel día de reyes ya lejano.

LA NIÑA HERMANA Y LA REBELIÓN DE LOS NIÑOS

EN LA MAÑANA NÍTIDA del otoño húmedo, desde la cueva que se enfrenta a la tierra que se muestra despojada de sus huertos y la cumbre en silencio y el rocío blanco y la niebla espesa, miro absorto y en mi mente siento y en la tierra veo, aquella tarde de aquel día que se fue borrando pero que fue bello porque estaban las ovejas, estaba padre, estaba la aldea, la “rosquera” redonda y la red de esparto y también la tierra manando su agua y el perro noble siguiendo los pasos del pastor cansado y estaba el campo lleno de grandeza y por entre la hierba, el bosque y la llanura, estaba ella.

Y como estoy mirando desde la pequeña cueva, la siento y la veo que sale de la aldea y por la tierra llana que da a la parte alta, guiándolos a ellos, el grupo de amigos niños de la aldea, se acercan a la rosquera y la

miran despacio y tocan con sus manos el monte seco que forma la puerta y miran y se asoman por dentro y al verla tan estrecha, la niña dice:
- Pues esta es la cama de padre en invierno para estar cerca del corral donde duermen las ovejas.
Y los niños dicen que esto más que un chozo pequeño, a lo que se parece es a un puñado de sueños que salen de un juego y ella contesta que eso es verdad pero que aquí duerme el pastor de las ovejas en las noches de escarcha y entre la nieve y el hielo.

Y siguen subiendo como si hoy fueran a la cumbre más alta que tiene este cerro y al pasar por el manantial que es fuente de viento y que en cantidad inmensa, da vida al arroyo, la siento y la veo y al tenerla junto a mí, me dice sin miedo:
- Nos vamos de la aldea y no es que estemos huyendo, es que nos rebelamos contra los que vienen subiendo y nos atacan y nos rompen y nos quiebran y ya estamos cansados.
- Pero todos los niños y tú al frente con ellos ¿a dónde vais por estos montes y sin caminos y en este día de invierno?
- Vamos a la ladera que enfrente estás viendo que es la que mira al barranco y domina al valle y domina a la aldea y es como balcón y palacio, frente a la tierra buena del querido huerto.
- Y en la ladera ¿qué es lo que se esconde que sea mejor que esto?

Y la niña me dice que ahí y entre el monte, ellos ya tienen una mansión con caminos limpios y flores de incienso donde siguen manando las fuentes y dan trigo las tierras y frutas los cerezos y sólo hay presencia de Dios entre el puro viento.

- Y ahí nos haremos fuertes y cuando ellos vengan, no pasarán dentro porque, y ya te lo decimos, ese rodal de tierra en el centro de la ladera y nuestra alcázar de sueño, pertenece sólo a los niños que vivían en la aldea que ellos rompieron y que por eso ahora es tierra sagrada y más lo son los niños que ahí siguen con sus juegos. Así que esto es todo y seguimos por el camino y hasta pronto y un beso.

Y en la mañana nítida de este frío otoño-invierno y ya con la Navidad temblando en la aurora y colgada del hielo, desde mi cueva pequeña miro en silencio y mientras cae la lluvia, ahí la sigo viendo y la siento tan grande y tan bella y tan cielo que todo el monte entero y la ladera y su manantial de viento, es como esencia de ella que sin tener cuerpo, todo lo llena y todo se hace juego y padre, un poco más abajo, acurrucado en su rosquera que, como yo, la siente y se dice en silencio.
- Ahora mismo salgo y la toco con mis manos y con mis labios la beso y entre el rocío de la noche y la niebla del cielo, le doy un abrazo grande, porque es Navidad, y le digo que la quiero.

(Nota: rosquera = chozo pequeño y portátil que se pone junto al aprisco donde duerme el pastor por la noche, al cuidado del rebaño.

EN NAVIDAD, PARA LOS PASTORES DE LA SIERRA DE SEGURA, MI BESO DE PAZ

ESTOY AQUÍ, entre lo que es tuyo y dejas en mis manos para que me sienta dueño y como me noto pobre y torpe y con tan poca inteligencia para coger y decidir que este frágil y bello lujo, sea así o sea, aquello, en el nuevo día, te saludo y te doy las gracias por tu amor sincero y

reconozco que de nada soy dueño ni me pertenece y tiemblo por la confianza con que aquí me dejas y me lo dejas y, desde lo más sincero y limpio que en mí llevo, me atrevo a reconocerte y me atrevo, desde este rincón mío, tanto de Ti reflejo y con tanta abundancia de grandiosas obras, miro al frente, desde el dolor y el sentido que me hiere dentro y a lo lejos y, entre el cielo y la tierra y las nubes de lluvia y el rocío y el hielo, veo la línea que es como un metro de larga y contiene el infinito y en ese punto inmaterial, aunque no quiera, veo todo lo que cabe y late en este mundo y más, porque es como un espejo que refleja, no la fachada sino el fondo de lo que no es materia, sea bonito o feo, y el sueño mío y el juego de ella y lo que fue y hoy es recuerdo.

Y entre otras muchas cosas, Dios mío, no quiero ver y veo, entre el viento que llaman viento, y lo es sólo si desde Ti mana y la tierra que no es suelo, temblando lo que también llaman Navidad y un poco más abajo y entre los pinos del cerro, a mis amigos caminando detrás de su rebaño de ovejas y siguiendo la senda que le lleva a otras tierras porque son pastores y van de “verea” entre el barro, la lluvia y el hielo y sí que parecen que van al encuentro de la Navidad que se anuncia en tu Evangelio y en nada se parece ni sabe, a la otra Navidad y como voy con ellos, real y desde más allá del tiempo, ya veo como cae la tarde y sobre la tierra negra del cerro que es puro “penaero” y sangre y consuelo, se van parando las ovejas y a los tornajos se acerca el pastor y como el agua tanto se ha enfriado que se ha hecho hielo, coge una piedra y rompe el cristal y llama a las ovejas para que beban y no desfallezcan del todo y aguanten un poco más porque él y yo, sí que vemos lo larga y dura que todavía es la vereda hasta llegar al belén de la hierba fresca y el sol que calienta de lleno.

Y estoy mirando sin querer porque tanto ante mis ojos y dentro tengo que ni siquiera sé cómo escojo esto y dejo aquello pero escojo y me voy con el pastor que ya le cae la noche encima y de frío y lluvia y barro e hielo tan encallecido, dura y entumecida tiene su alma y su cuerpo que se pone y levanta su tienda bajo el pino seco y en el barranco y ahí mismo enciende el fuego y en la noche oscura y de estrellas blancas y azul el cielo, donde cae y quema tanto el frío intenso, se acurruca en su saco y pegado a los borregos que, del camino y del frío, ya se mueren, quiere calentar el cuerpo y darle su vida a ellos y no puede porque, Dios mío, lo mismo que yo, él está viendo que sobre la raya del infinito se amontona tanta lucha y tanto esfuerzo y tanta soledad por los caminos que se borran y tanto destierro frente a las luces de la ciudad y de los pueblos con sus belenes y sus coches, que no puede creer que sea cierto que en aquella Navidad y aquel belén, los primeros fueran los pastores y después de tantos siglos y tanta música y tanto tiempo, ellos sean todavía trozos de la Navidad y sigan siendo los últimos aunque allá, canten y digan, junto a los otros belenes de charol, que los pastores fueron los primeros.

Y estoy entre lo que es tuyo y dejas en mis manos para que bese y ame y sea su dueño hasta que vengas y al mirar, sin querer veo, a nuestra casa sin techo y ahí mismo, levantando un mural grande con letreros que anuncian muchas cosas y rutas y sobre las rocas del voladero que sujetaban la reguera que llevaba el agua a los huertos y donde pastaban, en la llanura, los borregos, a mucha gente que con sogas escalan y suben, dicen que hasta el cielo y algo más abajo, a muchos que están vendiendo la Navidad en trozos de colores y dan voces y gritan diciendo que esta es la vida bella con sus luces y sus gozos verdaderos.

Y ahí, sobre el humilde rincón que nos ha quedado y un poco más abajo de donde el pastor se acurruca en la tienda y tiembla abrazado a la muerte de sus borregos, veo lo que no quiero y sí tanto quiero porque es madre abrazada a la niña y ésta preguntando, en su juego:
- ¿Por qué dices tú que en aquella Navidad los pastores fueron los primeros?
Y madre que, desde su corazón inmenso, habla y dice:
- A pesar de todo, hija mía y este crudo frío que nos roe los huesos, el odio no sirve de nada ni la envidia ni el dinero sino que lo único importante y bello, es el perdón y sentir, en el alma, a Dios con la dulzura de un beso y que eso sea tan real que salga y fluya y, como nuestras fuentes y ríos, rebose llenando el suelo y tanta sea la abundancia de Dios, en ese tan dulce beso, que los que nos miren y nos rocen, se vayan llenos y vuelvan y encuentren amor y todo sea como un juego que les consuela y empapa mucho más que todas las ciencias y todos los inventos porque lo nuestro es un dulzor distinto que mana de otro muy dulce beso.

Y la niña que responde y pregunta:
- Entonces madre, en este reflejo de Dios y amor en sus almas y este beso ¿es donde los pastores fueron los primeros?

Y EL NIÑO, TROZOS DE HIELO

DESDE EL RINCÓN que me arropa en el frío momento del día que asoma, miro distraído al hueco de la ventana por donde me llega la luz de la mañana que nace y al frente, y por entre la niebla que llena el barranco, sigo viendo el mismo beso de sol que en verano calentaba la pared que es espejo y meciéndose al viento que imperceptible pasa, la misma sábana verde del bosque inmenso y hasta siento y me digo que todo es lo

mismo menos la mañana y el rocío que ya es de otoño final y con la Navidad en su cuna y luego, el mismo momento y el río lleno y el perfume del aire más detenido porque **el hielo y la nieve** visten, al barranco y las cumbres, con un traje nuevo aunque por dentro y, el rincón que me contiene y mi sueño y espera, parezcan el mismo y en su silencio.

Y mientras siento que me abro a la mañana porque la considero hermana en mi pecho, ya me corre por el alma y me llena con su esencia, el recuerdo hermoso que late con la fuerza de aquella tarde de juego en el barranco de las adelfas y del arroyo pequeño con sus charcos remansados y las blancas piedras que la losa ha formado y que al besarlas, el sol, relucen como trocitos de espejos.

Y ya me veo subiendo desde el valle siguiendo la senda que se esconde por el lado derecho y remonta el cerrete y vuelca y vuelco y al frente tengo el algarrobo que siempre mudo se mueve y a su sombra y, por la hierba que a su sombra crece, los momentos celestes de nuestros juegos y la soledad contenida y la sonrisa de la hermana siempre como ajena pero llenando la redondez de la tierra y en su juego.

Y me acerco sin quererlo y algo despacio y al remontar el cerro, me ciegan los reflejos de las piedras y los tejos de la dulce casa que se rompe donde crecen los romeros y ya tiene las zarzas crecidas y las maderas carcomidas y por todos sitios agujeros pero que todavía y, a lo largo de los días, nos sirve para refugio y organizar nuestros juegos y por eso a sus ruinas acudo y en cuanto llego, toco en la puerta que no existe pero sí para ella y sus sueños y lo que espero es lo que se me presenta y, además, con qué belleza y qué temblor de primavera y qué amanecer de invierno.

- Pasa y verás como lo que anoche dijimos, aquí entre las piedras lo tengo.

Y paso pisando las ruinas que fueran casa grandiosa sobre el grandioso cerro y miro y lo que anuncia veo: un puñado de musgo amontonado, cuatro piñas secas que según ella son muñecos que representan a los pastores y al belén y a las ovejas y al pesebre y a los borregos y a María y a San José y al Niño que es un trozo de hielo, repleto de belleza pero extraño y por eso me sorprendo y al preguntarle, habla diciendo:
- El niño y en esta Navidad, tiene que ser blanco como la nieve y al mismo tiempo, tierno y que al tocarlo se derrita y se funda para que nunca sea ni tierra ni cielo sino agua que todos beben y al suelo empapa y da la vida y sin tener un color concreto ni pertenecer a nadie, a todo y todos llena por dentro.

Y quiero decirle que un niño de hielo cuánto frío no tendrá y entre estas ruinas y tan lejos y también quiero decirle que los pastores, los de verdad y carne y hueso, están llenando la sierra y con padre y las ovejas que van por el arroyuelo y con madre trajinando en la tinada y frente al calor del fuego donde se cuecen los garbanzos que caben en el puchero y entre el olor de las morcillas de sangre y el rumor del río que roza el huerto pero no le digo nada para no romper la belleza de su sueño.

Y desde el rincón que me arropa en esta mañana de invierno y de frío que me besa y la imagen de aquel y otros recuerdos y mientras sigo en esta espera paciente y con el sabor de aquel beso esponjándome el alma y dándome fuerzas en el sendero, cuando ahora llega la Navidad, hay que ver que dulce me empapa el sabor de aquel recuerdo y la niña hermana pequeña entre las ruinas de la casa y su juego.

LA RUBRICA DE DIOS

EN EL RELLANO del domingo primero del año, estoy con mi sueño en el alma y me despierto con ganas de beberme el viento y de dejar que, todo por dentro, sea la pura esencia que Tú pones y estoy en mi recuerdo o meditando esto y aquello, rozando o clavado en mi vida, cuando caigo en la cuenta de la importancia que tenían las palabras que aquel día nos dio ella, en forma de beso.

Era como el de hoy, un día bello y también por la mañana y como la hermana que había vuelto, se ponía en camino porque regresaba a la ciudad grande donde ahora tiene su empeño, la niña hermana pequeña y el hermano, nos fuimos con ella dándole compañía para despedirla y como la niña no vivía sin su juego, en cuanto pasaron diez minutos y un corto trecho junto a la hermana que se iba, me cogió la mano diciendo:
- Por aquí sube la vereda.
Y la miro:
- ¿Por qué anuncias esto?
- Como no podemos ir en su compañía hasta donde el corazón está pidiendo, la despedimos con un abrazo y subimos por el sendero.
Y la despedimos en la mañana de niebla del frío invierno y nos ponemos y remontamos por la vereda estrecha que lleva al corazón de la sierra y a las mismas cumbres del viento y al cruzar las rocas húmedas del estrecho, no cabemos y como ellas va en su juego, tira delante y alza la mano diciendo:
- Son los estorbos normales de la tierra pero si otros han pasado, nosotros también podemos y, recuerda que a la hermana que ya se va por el valle, desde la piedra grande, tenemos que darle el adiós y el beso.

Y entonces me entusiasmo y subimos y ya en lo alto del peñasco, miramos y vemos a lo lejos caminando la que se marcha y al decirle adiós y darle el beso, el alma se nos llena de pena y como enseguida ella se pierde por el barranco del centro, aunque más arriba sentimos a padre con las ovejas en las praderas de la hierba del invierno, en la casa nos espera madre y por eso volvemos y ya venimos andando por el llano primero que es donde pastan las vacas y al verlas, también sentimos el miedo y por esto las rodeamos y no hemos avanzado cien metros cuando ya estamos en la torrentera que mira al río y es de tierra roja con yeso y al pisarla sentimos como cruje y entonces salimos corriendo.

Y la hermana dulce y yo, en la mañana callada que es luz tirando a viento, nos parapetamos en la roca que hay enfrente y asombrados oímos y vemos como la torrentera de nuevo se queja y de un solo golpe, se quiebra y cae al río y se hace cieno y por detrás de la brecha abierta, asoma la llanura grande y sobre el repecho, la otra casa del hermano y al lado, los huertos y ella que me dice, en su juego:
- Se ha caído como si fuera por eso.
Y pregunto:
- ¿Por qué se ha caído?
Y ella:
- Te lo digo luego.

Y seguimos cruzando la tierra en la mañana fría del invierno regresando a la casa y al llegar, a madre y al abuelo, le comentamos la mitad de lo que hemos visto y lo que estamos sintiendo y madre nos mira y responde, con el dulzor de su acento:
- A pesar de todo, lo esencial, está con nosotros y aunque es amarga la lucha y lo que se está cayendo, lo positivo y

rotundo, nada ni nadie podrá nunca romperlo y por eso lo que importa es que dentro estén la alegría y la luz y el símbolo y lo bello.
Y la niña:
- Entonces madre, la tristeza de esta despedida y la rotura de la torrentera ¿nos acerca o nos aleja al cielo?

Y por esto y en esta mañana fría de invierno, a pesar de la desnudez y en el rincón, tanto muerto, me remito a las palabras de madre y ya estoy contento porque el gozo de lo esencial y, no la envidia ni el odio, en mi corazón lo siento y ahora caigo en la cuenta que ella quería decir que: "Romperán el cuerpo y la materia pero el núcleo, que es la luz y la alegría con la rúbrica del Dios bueno, ¿quién o qué lo romperá si nosotros no queremos?".

¿PURIFICAR LA TIERRA?

AYER POR LA TARDE se fue quedando el cielo limpio de nubes y a media noche brillaban las estrellas y como es invierno y las horas son largas esta mañana, ya trozo del día veinticuatro que es la Navidad esperada, amanece el campo lleno de rocío o más bien de escarcha y aunque hay niebla por los barrancos, es sólo un retazo de las espesas nubes blancas que se han marchado y el cielo, en cuanto termine de salir el sol, en el día que llega, será como un juego de azules sobre las montañas y los charcos del río y el rocío transparente que en la hierba se engancha.

Y como estoy ya despierto y medito en mi alma centrado en aquel día que era el mismo de hoy y ellos estaban, recuerdo y veo a la niña hermana con las primeras luces salir de la casa e irse por la llanura también tapizada de hierba y, sus hojas, blancas del rocío

de la noche que era casi parecido a la nieve o a la fina escarcha.
- ¿A dónde vas tú hoy tan pronto guiando a tus cabras?
Le pregunta el hermano pequeño que ya ayuda a padre en las ovejas de la fina lana.
- Aunque hoy sea Navidad también tengo mi tarea temprana.
Me contesta la niña hermana que ya se va por la mañana tiritando sus carnes de frío y pisando, en su juego pequeño, la tierra helada que se muestra toda vestida como en traje de perlas menuditas que al brillar, son plata.

- Y tú te vas a venir conmigo porque en cuanto a la pradera lleguen las cabras, me tengo que poner mano a la tarea que sobre la hierba me espera agachada.
Me sigue diciendo la niña y le pregunto que:
- ¿Cuál es esa tarea, si se puede saber, tan de repente y con el alba?
- Vente conmigo y me echas una mano y ya verás qué gozo para el alma.

Y como está llegando el día y padre en la tinada tiene mucha faena, le digo que siga con sus cabras y que me espere, que dentro de un rato estoy con ella y le echo una mano y le doy compañía y nos ponemos y terminamos las tareas y vemos en lo que queda el sueño de esta mañana.

Y en cuanto ya el sol sale por la cumbre y reluce blanco y llena de luz los campos y la tierra entera del rincón del valle que nos mira muda como otro día cualquiera, cojo la vereda y subo a donde la niña me espera y al llegar veo que su primera tarea la tiene concentrada en el tronco del pino viejo que rompió la tormenta y luego derribó el viento y durante mucho tiempo, rodó en solitario y sin vida, por la ladera.

- Y aquí y ahora ¿qué quieres construir en la vieja madera?
Le pregunto sorprendido ya a su lado y dispuesto a echarle una mano en su faena y ella que me mira y toda vestida de mañana que aunque tiene rocío y nieve, parece primavera y me dice solemne, como si lo suyo fuera lo más grande y bello que nunca se hizo en la tierra:

- Lo primero y, en este tronco viejo de madera vieja, es arrancar las conchas de su corteza y por este lado que tiene menos tierra, abrimos un agujero y seguimos perforando y en la parte más gruesa que es el corazón de la peana que ya está vieja, sacamos las teas para llevárselas a madre y que alumbren esta noche en la casa y luego y en ese agujero, tallamos una cueva grande y ancha y redonda y bella y cuando ya esté limpia y quede perfecta, ahí ponemos el belén con el portal y la Virgen María y San José y las ovejas y así y de este modo, como hoy hace tanto frío en la tierra, ellos recogidos en la cavidad de la peana vieja, se sentirán calentitos y entre olor de madera que mana del tronco viejo que aquel día rompió la tormenta y como la cueva mira al valle y junto a la era está la casa y en ella madre y el abuelo y la abuela y la hermana que ha vuelto y el hermano nuevo y padre y las ovejas y los otros hermanos que llenan la aldea, fíjate qué bien que el portal y San José y el Niño pequeñuelo y recogido en la cuna de esta ladera, como si fuera una estrella o una ventana o una puerta que se remonta y se abre desde el silencio de este monte y esta mañana de sol de primavera y de perfume condensado porque es Noche Buena, con sus miradas y su presencia y desde aquí, nos abraza y bendice la tierra.

Y miro en silencio y al ver el cuadro de la vida concreta de los pastores, que por el rincón del valle,

tienen ovejas con borregos de carne y corrales de piedra y van y vienen manchados de barro y con su hambre y con su frío y con su miseria y el color del sol arrugado en la cara y por las calles de la sencilla aldea, la escarcha por donde también van y vienen el molinero y la molinera con su costal de trigo que al molino lleva y el gañan con sus bueyes, arando la tierra y la fuente corriendo y madre lavando siempre en su silencio y siempre en su espera y los aceituneros con sus caras negras y los árboles por el monte y el musgo en las piedras y los arroyos corriendo y el azul del cielo y, de las lumbres, el humo saliendo por las chimeneas y la llanura verde y los huertos en silencio esperando la siembra y la lucha callada de tantos hermanos míos arrancando a la tierra la semilla dorada o el trozo de hierba que cocinarán en las ascuas y en la olla negra y masticarán despacio porque necesitan fuerzas para seguir en la lucha entre el frío intenso del invierno que llega y coronando el cuadro, millones de estrellas titilando en el firmamento azul de noches eternas, miro a la niña y desde lo hondo del alma quisiera decirle que el portal de Belén y el nacimiento del Niño y la Navidad verdadera y, vivos todos sus personajes con frío y besando la tierra, la tenemos presente ante nuestros ojos y con toda crudeza pero como ella es pequeña y es tan reina y tan hermoso el juego que juega, no le digo nada para no romper la magia de la mañana que llega.

Y todavía llena de sueño y mojada de rocío que tiembla en la hierba, le pido que ahora me aclare la otra tarea.

- Es aún más sencilla pero mucho más bella porque en cuanto terminemos de tallar la cueva, yo sola y tú me miras, me voy a ir por la hierba que cubre la a llanura y desde la aldea hasta lo hondo del valle y mientras el sol de la mañana me acaricia y me besa, con mis pies pequeños, voy a pisar hierba por hierba para que se

quede limpia del rocío que esta noche se ha abrazado a ella.
- Y esa tarea tan grande que tú llamas bella ¿para qué la quieres o para qué sirve bajo el sol o en la tierra?
- Es que tú no lo sabes pero si con mis pies trillo la hierba y la limpio de su rocío blanco que brilla y tiembla y si una encima de otra, dejo mis huellas, desde este momento y hoy que es Noche Buena, la tierra queda santa y libre de presencia de los que quieren machacarla y limpia como el viento de sus malos pensamientos y de sus pasos y huellas.

Y miro a la niña y en la mañana fresca de la Navidad de verdad y de sol reluciente desparramado por la sierra, también miro en silencio a la humilde aldea y se me llena el corazón de amor y de tristeza y de sueños dulces y de un beso que me quema y para mí y mudamente me digo: Ella, Dios mío, y contigo y su juego ¿va a purificar la tierra?

ESTOY CONTIGO Y TE QUIERO

MIRO A LA CUMBRE y por entre la bruma que revolotea y los rayos fuego del sol que está saliendo, veo el humo blanco de las candelas del monte que ahora por ahí están quemando, los que en estos días limpian el bosque, porque como ya no hay ni ovejas ni cabras ni vacas, las ramas de las carrascas y los lentiscos y romeros, crecen a sus anchas y esto dicen que es malo para los incendios y por eso, en estos días de invierno, se ponen y limpian el monte, que es como lo llaman, para que no arda en caso de incendio y lo rozan tanto que hasta las encinas viejas y los madroñales espesos y los robles centenarios y también las zarzas y las madreselvas, se las llevan por delante y dejan los bosque

tan pelados que ni los jabalíes ni los zorzales pueden ya vivir en ellos pero dicen que esto es bueno.

Y como con la tierra estoy fundido, más allá del espacio tiempo, como único señor y dueño, donde los veo limpiar el monte, todavía compruebo y palpo la casa dulce de la hermana pobre que se quedó en soledad cuando la muchacha hizo sus maletas y se fue al mundo de la ciudad y los sueños y veo las paredes derrumbadas y las piedras rodando y la humilde senda que llevaba de una cañada a otra, todavía y en cuanto me descuido, la ando y mientras voy caminando por la tierra del silencio, me acuerdo cuando aquella mañana iba contigo de la mano y de vez en cuando, me dabas tu beso y me hacías sentir la dulzura de lo excelso y bello y cuando me asomabas al barranco y me mostrabas no se qué rotundo misterio y mientras dejabas que mi alma se empapara del gozo bueno, me decías quedamente:
- Estoy contigo y te quiero.
Y por entre las peñas y la luz de los remansos, se oía repetir el eco:
- Te estoy gritando: te quiero, quiero, quiero...

Y ahora desde esta cumbre y el sol reluciente de esta mañana de invierno, me siento nadando en lo intangible y como vivo mitad materia y mitad sueño, por ese gran misterio que para mí creaste y que baja desde la alta cumbre por el centro y en forma de tobogán o de pozo o de escalera sin ser nada concreto porque es irreal y por eso no se parece a ningún invento de los construidos por los hombres en esta mundo, me vengo jugando a las tierras del llano que es donde tengo el filón de mis querencias y según me voy acercando, pastando en la dulce hierba, veo a las ovejas de aquellos tiempos y por entre ellas, a padre con los primeros borrego y al acercarme le pregunto:

- Pastor de las praderas de la hierba verde y soledad con traje de invierno ¿sabes tú cuántas veces tienen al año tus ovejas, blancos corderos?
Y él:
- Ahora mismo están naciendo los que se vende en Semana Santa y la otra vez que parieron, fue al comenzar el otoño que son los que se han vendido para Navidad y año nuevo y, si se puede saber, ¿por qué me preguntas esto?

Y no respondo a su pregunta porque me vengo en busca de la madre que junto al abuelo se recoge en la casa y al acercarme y ver la gallina seguida de sus polluelos, le pregunto:
- Madre de los cien sueños que llevas en el corazón el amor más bello ¿sabes tú cuántas veces al año dan tus gallinas huevos?
Y ella:
- En el montón de paja que hay junto al fuego, ahora mismo una está echada, ¿no las ves poniendo?
Y al mirar si que la veo y también la mano de la madre acariciando y diciendo:
- Estas gallinas mías son tan buenas que están todo el año poniendo y fíjate qué mansas ellas
que las toco y las llevo y ni se asustan pero ¿se puede saber por qué me preguntas esto?

Y tampoco respondo a su pregunta porque voy en mi tarea de ir por el sendero que ahora sale desde la casa y sube por el río y mientras piso la tierra, hoy toda barro y toda hielo, me rozo con las lumbres de los cinco aceituneros y al descubrirlos tan llenos de tierra y tan cansados y atascados por el suelo, me digo que también les tengo que preguntar una espuerta de secretos de esas rotundas verdades que tanto ignoro y con mis ojos estoy viendo y en mi alma tengo clavadas y no comprendo pero

no le pregunto nada porque algo me dice que no es ahora el momento y entonces miro al suelo y por la senda que recorro, en el barro cieno, veo las huellas de la niña hermana y como voy en mi sueño que es más vida real que la verdadera vida que dicen tengo, me doy prisa y al llegar a la curva de las zarzas espesas y el recio fresno, la veo junto a la corriente agachada y descubro que está mirando al pato malva que sin miedo, río abajo viene nadando y al llegar a su altura, ella que se dobla un poco más hacia el centro y con la ternura de la mañana y su siempre eterno juego, lo coge en sus manos y lo alza y al verlo tan suave y bello, se vuelve y me dice, sonriendo:
- ¿Vienes a preguntarme que cómo sé juega este juego en esta mañana fría de claro invierno y en este río grande que es la sierra entera transformada en puro espejo?
Y el hermano:
- Iba sólo de paso pero al verte en tu misterio, aquí me paro y si quieres decirme qué es lo que yo hago en esta mañana de frío intenso y si a la vez me aclaras cómo consigues tu juego, seguro que me sentiré bien, porque hoy ¡tantas dudas tengo!
Y la niña:
- Pues ya lo sabes: es simplemente el río que baja repleto y el sol de la mañana que llega y le da su beso y la plenitud de la sierra dando gloria ¿sabes a quién?

Y le digo que sí creo saberlo y también le digo que hoy no voy a seguir caminando porque si miro al frente ¿quién me aclara lo que en la ladera veo? Y si miro al lado de la llanura, que es por donde el corazón está latiendo, ¿quién me descifra el cuadro que ante mis ojos tengo? Y por esto sigo mirando a la cumbre iluminada por el sol dorado de este día nuevo y por donde, entre la bruma se mezcla el humo de las lumbres de los que ahora limpian el monte y queman robles y romeros, también veo la senda por donde aquella mañana se iba ella con sus maletas y

sueños y hasta oigo resonar en el aire, de sus palabras, el eco:
- Nada temas, estoy contigo y te quiero.

UN DÍA DE AGOSTO CUALQUIERA

SI A LA SIETE Y DIEZ de la mañana de un día de agosto cualquiera, suena la voz del cárabo sembrando el miedo por el bosque y rompiendo el sueño de los vivientes, desde este instante para delante ¿qué hay? En mi mente, y durante diez minutos más, somnolencia que con paso de tortuga y vestida de niebla blanca, se alza por los barrancos y luego tu luz divina que como una flor engalanada de rocío, se va abriendo a la mañana para recibir al nuevo día sobre la canción del arroyo, el viento fresco que sube y mueve las fibras del bosque, el temblor del brillo que las estrellas van dejando por el cielo mientras se retiran, el canto de los últimos grillos que también se van y la luz de la lumbre que se apaga, abriéndose desde la lejanía de la sierra y llenando de claridad las laderas y arroyos que se ven desde mi rincón.

Pero justo a la siete y diez de la mañana, que es cuando me despierto en Ti y te saludo y te doy las gracias y te siento dispuesto y ya bien metido en faena y también comienzo a sentir los ruidos que llenan las ciudades y las palabras de tantos y los camiones recorriendo el asfalto y los que todavía duermen y me ignoran porque su mundo es otro mundo y los que se van a su trabajo y sueñan y sufren y a ocultas, lloran otra vez y son felices a medias por lo que Tú sabes y ellos aguantan y los niños, mientras, tanto acurrucados en su aliento y la mañana y el nuevo día, cuando justo a la siete y diez, te beso y te doy las gracias por este nuevo detalle y mientras todavía sigo

durmiendo pero ya con ganas de levantarme y también de seguir en mi sueño, me encuentro por la llanura del valle y a los voy siguiendo.

Avanzan con el burro y su carga de leña seca y van dirección a los cortijos de los arroyos primeros y la niña que sale de la casa y alza sus manos y grita y corre y cuando los alcanza, los besa y mientras así está durmiendo en su cara, casi llorando, le dice a la madre que quiere irse con ellos.
- Pero si te vas a cansar porque hoy vamos lejos.
Y entonces mira al padre y al hermano que soy yo y sigue queriendo y hace carantoñas y de nuevo se abraza y besa hasta que el padre habla y dice:
- Pues se le hace un sitio sobre la leña que lleva el burro y ahí se le sienta y que ella sea la reina que nos acompaña y nosotros vamos delante caminando y así le damos y nos damos compañía y nos consuela y nos llena de gozo el alma y de dulzura la tierra que pisamos y de primavera el aire que nos viene de frente y de sonrisa y de ensueño y de todo lo que sea necesario porque para eso es la pequeña y es el ángel y la pura presencia del cielo y que ya no llore más que está todo arreglado y todos estamos con ella.

Y pronto la niña está sentada en su trono de princesa mientras el burro sigue trotando con su carga de leña seca y la madre con el padre y el hermano que soy yo, caminamos delante orgulloso el corazón y de amor el alma llena y la tierra silenciosa y las encinas viejas y la luz de la mañana y por entre la hierba tierna del valle, ya pastando las ovejas y allí sobre la cumbre y el barranco que vierte al sol de la tarde, la tinada vieja de monte y de piedras recogidas en la ladera y la tarde noche que cae y yo que me acerco y al abrir la puerta le digo al padre:

- Venga, que entren las ovejas para que aquí se queden encerradas y nosotros nos vamos a la casa y nos sentamos junto a la candela para charla un rato y luego a dormir mientras aquí también duermen ellas.

Pero el padre que es sabio y, además, tiene grande el corazón y aunque no sabe ni leer ni escribir, sí le rebosa el amor por sus animales, se retira de la tinada y por las praderas que bajan de la loma y tienen llanuras y grandes pinos y, además, muchos arroyuelos con aguas claras y muchas fuentes y mucha hierba, se va con su rebaño y mientras brillan las estrellas y con su reflejo acuestas, yo lo veo caminando alegre y llama y acaricia y recoge a los corderos que todavía no tienen fuerzas y apacienta a las ovejas y yo que aún ando por la tinada con la puerta abierta esperando que los animales vengan y entren y se acuesten y nos dejen tranquilos porque es de noche y hay que descansar y mañana ya será otro día en el que tiempo habrá de seguir con la tarea, no dejo de mirar al padre extrañado, desorientado y perdido en mi inútil espera porque él no viene y allá a lo lejos se le ve como dispuesto a no venir mientras las ovejas no quieran.

Y entonces ¿qué hago? Me digo mientras me retiro de la tinada y me subo por el monte donde están las peonías abiertas. ¿Lo espero a ver si a media noche vuelve o me voy por la cumbre y mientras la luna brilla me pongo a buscar espárragos y después me voy a su vera? Porque también puedo irme para la derecha y por donde se alza el collado de las encinas, buscar la senda y en silencio, bajarme por ella y sentarme en la casa junto a la candela y si luego me entra sueño, me acuesto y mañana ya veremos cuando lo vea y también puedo irme desde esta loma derecho a la llanura y en lugar de por la senda, cortar recto por los tajos de las piedras y así llego antes y aunque por aquí haya más monte y tenga más problemas,

esta noche, este momento, tengo que resolverlo como sea.

Porque este padre mío hay que ver lo que quiere a sus ovejas que ni en las noches cerradas y largas, las dejas solas no sea que se pierdan. Mañana le tengo que preguntar para que me explique y me diga por qué por la noche a su rebaño no lo encierra porque a mí me intriga y como no lo comprendo, me digo que la noche es para dormir y luego ya habrá día para trabajar y recorrer los caminos y recorrer la tierra.

Y ahora, mientras vamos caminando delante del burro llevando sobre su lomo la leña y encima, a la princesa, nos acercamos al arroyo pequeño que está cerrado y arropado por el bosque y que durante años ha sido para nosotros el refugio y el rincón donde respirar el gozo y estar, simplemente, junto al agua, y en el remanso donde se ensancha y hay una llanura de arena, vemos el charco alargado, de tres metros por uno de profundidad y dos de ancho, que aquel día construimos, sólo para ver el agua ahí estancada y gozar su transparencia y perdernos por entre sus olas y estar cerca del rumor del río y tener un palacio donde soñar y nadar y coger piedras, algo nos dice hoy que de este charco para delante no pasemos y casi estamos a punto de no seguir pero seguimos bajando y entonces llegamos al río y ahí están las casas con sus cristales y antenas y cientos de ellos que van orilla arriba y hasta donde la vista llega y entonces pregunta la princesa:
- ¿Qué es esto?.
Y el padre le responde:
- Cada cual escoge su espacio con el deseo de vivir entre los bosques y del río, cerca.
- Pero son tantos que no caben.

- Les da igual porque aunque buscan aire limpio, bosques verdes y una corriente transparente, fíjate en lo que ya es la rivera.
Cauce arriba y cauce abajo, a un lado y otro, han construido aceras y pegado a ellas se ven cientos de comercios donde venden de todo y van y vienen comprando cosas que luego miran con cierto regusto de alegría nueva.
- ¿Y hasta dónde seguirá creciendo?
Pregunta otra vez la niña.
- Quizá ya nunca sean capaces de frenarlo.
- Pero es que acabarán con el río de las aguas limpias, sus plantas, sus bosques y las playas de arena.
- Ellos lo saben pero siguen adelante
- ¿Y qué esperan?

Si a la siete y diez de la mañana de un día de agosto cualquiera, suena la voz del cárabo rompiendo la tranquilidad del bosque, desde este instante para delante, dime ¿qué hay sobre la tierra?... Y yo que sigo durmiendo todavía un poco más a la espera, con el sabor del alma agriada y por eso de nuevo me abrazo a Ti y te digo ¡Dios mío si no estuvieras!

Y DESPUES REMANSO

VOY SUBIENDO por donde la nava se estrecha y se hace canal y se
asoma a la caída y ya se desploma para el barranco y vierte ladera adelante en busca de las tierras del valle y del río, cuando entre otros mil matices y detalles, miro al frente y tengo la grandiosidad y la primavera derramada y la extensa llanura ancha en el fabuloso mundo verde y la tierra húmeda y las rocas que me escoltan silenciosas, llenas de majestad y los pinos y las nueve encinas y

estoy viendo como el sol, que empieza a levantarse por la parte alta, cae sobre el campo en rayos de oro que prenden fuego al verde de la pradera y al color ceniza de las rocas, cuando de nuevo me sorprendo.

Las nubes que llenan el cielo y también tienen bordes dorados y flecos blancos y núcleos negros y son alargadas y en forma de mil borregos que retozan amontonados y pintan de nieve el azul, y por la parte final de la nava, los tres cerros coronando con sus figuras iguales y las rocas por la ladera y los rodales de nieve que por la solana se derrite y salen luego en pequeñas fuentes y en varios arroyuelos y otros manantiales que surgen a la luz del día, por la cueva de los tornajos grandes donde estoy viendo a las ovejas que terminan de beber y se van por la nava arriba cubriendo toda la tierra y mordiendo la hierba fina que acaba de nacer y por eso todavía tiene rocío y algunos tallos, flores y primaveras y violetas y peonías y mariposas y pajarillos que cantan, cuando, según voy subiendo y viendo, caigo en la cuenta que todo esto, otra vez Tú, me lo regalas sin que ni siquiera yo te lo halla pedido y hay qué ver cuánta abundancia y con qué traje lo engalanas y exclusivamente para mí y desde esta soledad y este silencio y esta inmensidad temprana.

Y voy subiendo ya por la tierra de la nava, repleto, colmado y lleno y al frente, además de los pastores que bañados de rayos de sol que parecen fuego, bajan colina adelante y charlan mientras buscan el centro de la nava, estoy viendo los tres cerros que son iguales remontados sobre la cumbre y en el lejano cielo y al fondo y como asomando hacia la nava, las espesas nubes negras que se amontonan y los relámpagos que brillan y los truenos que explotan y al rodar de una nube a otra, parece como si lo hicieran por las entrañas de la tierra y de un cerro a otro y al chocar, suena como si se abriera la montaña y

hasta miro asustado porque espero que de un momento a otro se raje y se hundan las rocas o salten en mil pedazos por los aires y también la hermosa llanura, con los pastores y las ovejas y los bosques y yo con ellos y mientras sigo avanzando y te voy dando gracias por el espectáculo de luz, sombras y figuras grandiosas con que hoy otra vez me regalas, asustado y más que asustado, me digo que la tormenta viene a mí encuentro, desde los tres cerros de la cumbre y hacia la nava que cubrirá dentro de un rato y luego toda la gran ladera que desciende hacia el río y el valle.

Y como estoy solo, a pesar de los pastores que cuidan a sus ovejas, me digo que tengo que buscar un refugio y si es posible, no por las cumbres donde sé que caen los rayos a puñados y aunque me refugie en el pino viejo o en la cueva grande, pueden alcanzarme, sino por las partes bajas, como a media ladera o mejor si es en lo hondo del barranco y entonces corro y me digo que es peligroso pero también me digo que la tormenta todavía está llegando y por eso tengo tiempo antes de que se me plante encima y comience la lluvia recia y en serio, a caer los rayos y el viento y los granizos y hasta puede que nieve y truene y caigan chuzos de punta, porque según estoy viendo, no es una nube cualquiera.

Y al remontar el collado de la tierra negra y la hierba fina, veo el pino achaparrado y grande y espeso y que está doblado en la dirección que sopla el viento que sube desde el barranco que me queda a la derecha y me digo que aquí me refugio si no tengo tiempo de seguir y encontrar otro amparo mejor pero enseguida caído en la cuenta que el pino es un sombrajo donde no estoy protegido ni de la lluvia ni del viento ni de los rayos porque "quien se mete bajo hoja, dos veces se moja" y, además, un pino sobre estas cumbres es todo un pararrayos, que

eso lo sé yo bien y como todavía la tormenta no ha llegado, sigo corriendo y por el lado del barranco de mi derecha, encuentro la senda chica de las ovejas y saltando por el mismo borde del voladero me vuelco al otro lado y ahora sí que me queda al frente total, la espesa nube negra del viento recio, los relámpagos y los truenos y ya, la lluvia que me está empapando y mientras te sigo dando las gracias por el espectáculo y ellos y la montaña y esta carrera, me tropiezo con la senda verdadera que sube desde el barranco a la nava y justo en la curva, me encuentro con ellos que también bajan corriendo y medio arropados con hules y al verme con el problema que llevo, me dicen:

- Ponte aquí debajo y vente con nosotros al cortijo.

Y alzando sus capotes, me arropan y me dan ánimo.

- Pues con vosotros me voy pero nos empapamos.

Y a tres curvas, ladera abajo, aparece el cortijo y lo primero, el cobertizo de las ovejas y en el rincón y pegado a la pared, el fuego ardiendo y ahí mismo, los niños mirando y metiéndonos bulla para que corramos porque ya la tormenta ha llenado toda la cumbre y la ladera hasta el río y el valle y sopla el viento y sigue tronando tan fuerte que me creo que no llegamos porque antes las rocas de las cumbres nos sepultan y nos parte un rayo contra las piedras del camino que ya es todo un lago de aguas turbias que caen a chorros desde lo alto y los niños desde el chambado:

- ¡Aprisa que ya estáis llegando!

Y las gotas gordas de agua fría que se nos quiebran en la cara y en los ojos y en los brazos y en la cabeza y casi no vemos ni el camino pero al fin llegamos y ellos que nos cogen con gozo y echan leña al fuego y ya se alegran otra vez y se vienen a nuestro lado y nos besan y como la hermana pequeña está entre ellos, hoy no

jugando sino aprendiendo la dureza y la belleza de las nubes y las tormentas y los truenos por los barrancos, que se viene junto a mí y que me dice:
- Esto es tremendo, porque fíjate qué lagos y qué cascadas y ciegan los chispazos y ensordecen los truenos y se doblan los álamos de la fuente en la ladera pero aquí estamos nosotros dos y todos juntos y las ovejas ¿dónde se han quedado?
Y el padre que más la quiere, le dice que ellas se han refugiado en la cueva grande de las cumbres de los tornajos y que no se preocupe que están a salvo.

Y el fuego que arde en el rincón y yo que sigo mirando y otra vez más, Dios mío, que me asombro y te digo y te repito que cuánta es tu grandeza y tu poder y tu majestad de rey y tu belleza y tu amor sincero que para mí, sólo para mí, de nuevo hoy has desplegado el más grandioso y profundo y hermoso y tremendo de los espectáculos y, los humildes y fuente de toda la ciencia, aquí conmigo y la nava sobre la cumbre y la hermana, reina del alma y de los sueños, también a mi lado
y Tú, qué bello, ahora tormenta y luego,
cascada y después,
en el río, remanso.

DESDE LA SIERRA DE SEGURA, CON LOS PASTORES HEMANOS

ESTÁBAMOS NOSOTROS ayer, el pastor del dedo herido y el muchacho joven, la madre y otros vecinos, parados delante de las casas y con la mañana fría que se alzaba y el viento quieto, estábamos hablando de como por la noche se había muerto el pequeño chivo de cola blanca y lomo negro, y a la pregunta del hermano, la madre dijo:

- Es que algunos nacen enclenques y como ahora hace tanto frío y las noches son tan largas, pues se encogen y aunque las madres les dan sus calostros, no tienen fuerzas y se apagan.

Y estábamos comentando como la muchacha joven, otra de las hermanas que con su familia, es dueña de la aldea, ya está de dos meses embarazada y ella estaba diciendo que cuando nazca su hijo va a ser como una fiesta grande porque entre la familia, de una casa y la otra casa, no hay todavía ningún niño y por eso se le veía, a la pastora princesa amada, tan llena de gozo y guapa y tan plenamente feliz y de todos los vecinos rodeada, cuando a la pregunta del muchacho, responde ella, toda ancha:
- Nacerá mi hijo para el mes de junio y si preguntáis que si tengo ganas ¡ya veréis vosotros, siendo el primero y fruto de tan dulce beso en mi alma!

Y reunidos en el rellano de la entrada, todos los vecinos y el padre del dedo herido que del todo no le sana, comentando lo sencillo que es el momento y lo claramente bello en la preciosa mañana que no tiene nada más que el sol reluciente y el cielo azul y el viento en calma y las praderas verdes por la llanura que se alarga río adelante con la profundidad del valle por donde, de las otras casas, sale el humo plomo de las chimeneas y desde aquel rincón y este, todo pareciera que gira en torno nuestro y sólo para nosotros en esta sencilla mañana, cuando la madre dice, contenta:
- Es como si nada faltara.
Y padre:
- Mejor como si sólo sobrara la presencia de ellos porque cuando llegan y tocan algo, lo complican y hasta en la sangre del corazón, arañan.
Y la madre:

- Por eso decía que es como si nada faltara entre nosotros aquí reunidos y dándonos entusiasmo y poniendo orden y amor en las cosas que Dios regala.
Y la otra hermana:
- Tienes razón, como si nada faltara y sólo sobraran ellos.

Y en esta mañana redonda y nieve que tiene color de plata, el muchacho se aproxima y habla:
- Pues yo también quería decir que darle cariño a las ovejas y llevarlas de una pradera a otra y, con paciencia cuidarlas, tiene su arte y su ciencia.
Y la niña hermana:
- Pero entonces madre ¿cual es el mérito por nuestra parte para que Dios nos dé el regalo de los campos y la vida y las fuentes y esté de nuestro lado y aquí nos haya reunido en esta sencilla mañana?
Y la hermosa madre, pastora y reina en las praderas de hierba con tonos azul esmeralda:
- Dios, rotundamente es y abraza a los pequeñuelos y limpios de corazón que escoge por puro amor de Padre y, porque quiere y nos quiere, besa y ama.

PINTADA DE AZUL Y LUNA

EN LA MAÑANA AZUL surcada de caminos blancos que juegan con mis hermanos los aceituneros que ya salen a sus tajos y cuando me siento y se sienten bajo tu mirada y en tus manos pero en libertad, estoy mirando a la tierra, rezumando y envuelto en la inmensa belleza que por este rincón mío has dejado y veo que por donde aquel día iba la senda que luego rompieron para hacer la carretera del negruzco asfalto y en sus bordes, que era donde crecían las encinas viejas y los robles y las madroñeras, sembraron los cipreses, ahora los están cortando y aunque tampoco me extraña, porque desde

aquel tiempo ya ando acostumbrando, al ver tantas ramas partidas y tantos árboles atusados a ras de tierra, otra vez no me lo creo y grito mientras me cayo.

Pero como en la mañana de hoy y en tu presencia que me contempla remota, también estoy apartado de ellos y exento de toda servidumbre, porque me quieres libre, me pregunto que con quién hablo y le informo y protesto de esto que está pasando y cruzo la tierra llana que es cañada repleta de hierba y al subir un poco y rozar el peñasco, me acuerdo del lentisco espeso donde en aquellas noches de estrellas me quedé acurrucado junto a mi parra blanca y frente a los campos que gritaban y la luna compañera que brillaba en el amplio cielo rodeada de estrellas y mientras mi cara descansaba en las hojas secas del lentisco y la hermana tierra, sus rayos me besaban con la ternura de tu beso amigo y el bosque, quieto y los grillos, llenando los reinos del tiempo, con su dulce canto.

Y en la mañana de hoy que es azul serena y de escasa niebla y muchos aceituneros que ya se van a sus tajos de aceitunas negras y de agua y barro y escarchas blancas que también nos dan tu beso, estoy mirando al arroyo que de la montaña baja y me recreo en el charco de los juncos y las piedras cuando al sentir el ruido, miro extrañado y sin más los veo que con sus motos de agua, dicen ellos, suben veloces rajando la superficie limpia y cruzan por mi vera y con sus luces y ruidos, se adentran por el misterio del arroyo claro y como sigo extrañado, me digo que me gustaría hablar con ellos y que me dijeran qué es esto y por qué en las tierras que amo.

Pero surcan el agua y con sus motos ruidosos siguen subiendo y remonto del arroyo a la senda y no ando dos pasos cuando llego a donde crecía la alameda que

también es tierra llana y en este mes de enero, tapizada de verde hierba y al verlos todos en corro y sentados como frente a la montaña pero hablando de caminos llenos de flores y de oscuros cerros, me pregunto que quienes son y qué hacen por el rincón y en cuanto me acerco, me dice, el que los va guiando:
- Vamos de excursión y aquí nos hemos parado a comernos el bocadillo y a observar las cumbres y hacernos fotos y por cierto, ¿sabes tú quién vivió o fueron los dueños de estos campos en aquellos tiempos?

Y como me siento extraño y no me hago a la idea de ver a mis excelsos paisajes con tanta gente nueva y vestida con tan variados trapos, les digo que yo voy de paso y me alejo, cuando de pronto veo que por la carretera y corriendo, aparecen tres y dos coches detrás y cinco que, encima y de pie, vienen gritando:
- ¡Apártate! que estamos entrenando y por aquí vamos corriendo a ver si el premio ganamos.

Y sin más me echo a un lado y me voy por mi mundo de hierba bañada de rocío y donde el peñón borondo está clavado y el musgo y el fresno y la fuente, me paro y echo otra mirada al rincón y veo que en la mañana hermana, teñida de azul y surcada de caminos blancos que fueron las venas de esta tierra mía, lo único que todavía rezuma esencia de aquellos tiempos, son los aceituneros vestidos con sus trajes de niebla y mi corazón sangrando que con el temblor del bosque, al paso del viento, sigue solitario y en la espera y acurrucado en tu beso y en el verde de las hojas de aquel lentisco espeso que me arropó y me dio su abrazo en aquella noche pintada de azul y luna, bajo mi amigo el cielo y la hierba de mi hermano el campo.

TU CARA ES LO MÁS DULCE

SE FUERON LAS NIEBLAS que ayer cubrían los barrancos y aunque volverán acompañadas de nubes negras que otra vez traerán lluvias y nieves, ayer por la tarde, se quedó limpio el cielo y cuando cayó la noche, brillaban las estrellas con ese lustre fresco que los astros tienen en estas noches de enero y a lo largo de las horas, volvieron a lucir, sus blancos trajes, los hielos y como yo sigo en mi rincón todo empapado de Ti y esperando tu momento, me digo, mientras me abrazo al frío de la mañana que hoy beben los aceituneros, que en este nido mío pequeñito es donde te siento y te abrazo y te gusto y sin ruidos ni brusquedad ni aspavientos, estoy transformando la espera, de este eslabón de hierro que engarza lo que es materia, en gozo que me arde en el alma y es puro temblor eterno.

Y por eso en esta mañana, que ya se abre otra vez vestida de gris y con algunos tonos azul por el infinito cielo, me desperezo lentamente y miro a la luz que de nuevo me regalas y, entre otras cosas, pienso que un día de estos me voy a ir con los aceituneros y voy a pedirle que me hagan un chiquito hueco entre la cuadrilla y el frío y su aliento a ver si así me empapo un poco más de sus llantos que son sueños y también me ando diciendo que con el resplandor de estas mañanas grandiosas y de este frío y desteñido invierno, se podrían tejer rosarios perfumados de, Dios mío, cuántas cosas que desde mi rincón pequeño descubro, oigo y contemplo.

Pero entre tanto y todo tan bello, ahora esta mañana lo que más y, desde mi alma, estoy viendo es a la madre reina en el centro de su casa con su hija la princesa que se levanta del sueño y mientras tiende su cara de rosa fresca al frío viento que es hermano de la mañana lenta

para que le dé su beso, también la madre aprovecha y funde, como en un juego, sus mejillas y labios de reina excelsa, en la tez suave de la niña gozo y habla diciendo:
- Tu cara es lo más dulce que nunca probé en este suelo.
Y la niña que extiende sus brazos alargando las mejillas al sol de la mañana y al beso y que se queda derramada en la placidez del viento y mientras se le derrite el alma, pregunta con delicado acento:
- ¿A quién de los dos quieres más a mí o al hermano pequeño?

Y la madre que no contesta y en cuanto pasa un rato salimos de la casa y la hermana y yo nos vamos al huerto y con la azada en la mano cavamos la tierra en silencio que es la que hoy padre nos ha dicho y cuando ya es media mañana y el alto sol baña los cerros, dejamos de labrar la tierra y entonces nos ponemos a cortar la hierba espesa que en el rincón de abajo, ha crecido este invierno y hacemos dos haces apretados y nos cargamos con ellos y salimos por la puerta y vamos buscando el sendero para regresar a casa y echar la hierba a los corderos que ya comen cuando en la curva del camino y, donde el sol todavía no llega y sí reluce el hielo, vemos las ruinas de la casa del hermano que tanto también queremos.

Y como pidiendo permiso y al mismo tiempo rezando una oración cortita al cielo, respeto que siempre nos enseña madre, nos acercamos y al tocar la puerta de madera vieja, algo nos tiembla dentro porque es como si la lluvia ya se la hubiera comido o la hubiera roído el tiempo y al asomarnos a las paredes, vemos puñados de nieblas que manan como del centro y vemos la escarcha trabada en los cardos borriqueros y, donde unos meses atrás hemos estado con la hermana junto al fuego, ahora sólo percibimos quietud suspendida y en silencio y más chorros de niebla por entre las ruinas cubiertas de musgo

y humedad que parece incienso y nuestros corazones que se empapan del sabor amargo del beso que mana de las ruinas frías en la mañana de enero y como no tenemos palabras o no sabemos decir lo que sí en este instante queremos, seguimos con nuestro haz de hierba a cuestas, bajando por el sendero.

Y en la mañana cristal de este, por encima de todo, hermoso día de enero, venimos con nuestra tarea sin pronunciar palabra aunque vengamos tan llenos y al dar la curva del camino, sin querer, los vemos y ellos, al vernos y de entre sus cosas, nos saludan y nos dicen que paremos.
- Porque vamos a daros el último de los cien besos.
Aclara la hermana de la casa que todavía se alza al final de la aldea y en cuanto nos detenemos, pregunta ansiosa, la niña:
- ¿Qué es esto?
Y ellos:
- Que nos vamos.
Y por segunda vez la niña:
- ¿Pero a dónde y por qué a estas horas tempranas y tan rociadas de hielo?

Y ya no responden a sus palabras sino que nos dan su beso y mientras en la mañana fría y dulce y amarga de este mudo mes de enero, los vamos abrazando, vemos que sus bártulos se amontonan en la curva del sendero y descubrimos que se llevan las gallinas y los frutos de los almendros y los chorizos de la matanza y los arados de labrar la tierra y las sillas y las calabazas del huerto y como tanto es lo que se llevan o quieren llevarse con ellos y tanto nos dan sus besos diciendo que ya no volverán ni nunca más nos veremos, que nos sentimos aturdidos y tristes y amargos, en la mañana deliciosa de mil flores de escarcha y negro hielo.

Y por fin ya nos vamos y también se quedan y van ellos y en la curva del camino los dejamos con su dolor y sus sueños y en cuanto llegamos a casa, madre sale a nuestro encuentro y, como en esta mañana de hoy y sol radiante y con las nieblas que se fueron, Tú me sigues dando tu beso, así madre al ver a la niña, la abraza contra su pecho y mientras la besa en sus mejillas de rosa abierta en enero, le dice:
- Tu cara es lo más dulce que nunca probé en este suelo.

NUESTRO CARIÑO PARA USTED, REINA ABUELA

- **AHORA, IROS CON DIOS** y andad siempre en su presencia y si en vuestro camino encontráis a personas que necesiten de ayuda, no se la neguéis nunca porque en la vida, todos necesitamos de todos y eso Él lo bendice y lo paga en gozo y paz interna.
Estas eran las palabras que siempre les decía ella cuando aquellos hombres de los caminos, después de calentarse y dormir y comer en la casa, cargaban sus burros y se ponían en marcha e iban de un cortijo a otro atravesando la sierra.

Pero primero, y ya por la mañana, antes de abandonar la casa sencilla de la aldea a la que ellos acudían con cariño y llamaban la de “la abuela”, como siempre era por la mañana, las ovejas ya estaban por el campo repelando la fina hierba y por el campo estaba el padre y los otros hermanos y madre y también el abuelo y la hermana ayudando a madre en la siembra o recogida de los tomates y en la casa, sólo la abuela echando leña a la lumbre para que broten las llamas y los caliente a ellos y a la vez, haciendo las migas en la sartén vieja y cociendo la leche en el puchero de porcelana y poniendo la mesa en

el centro de la estancia y cuando ya el sol está bien alto y comienza a calentar la tierra, habla y dice:
- Hermanos arrieros, ya tenéis la mesa puesta y encima de ella, el tazón de barro y éste, rebosando de leche calentita y buena y las migas con sus chorizos, ya veis como todavía crepitan y en la sartén y, mientras esperan, humean.
Y ellos sumidos en el asombro:
- ¡Pero abuela!
Y ella sin darse importancia:
- A comer porque hay que dar alimento al cuerpo, que los caminos esperan y mientras vais desayunando y despertando el alma a la luz de este día nuevo, yo termino de secar las pellizas y las chaquetas que anoche trajisteis chorreando y también os preparo un pan redondo que ayer mismo cocí con leña y a ponerse en camino que la lucha es larga y densa.

Y ellos, no dando crédito a la bondad y el cariño con que los trata la abuela:
- ¿Y cuándo y cómo vamos nosotros a pagarle a usted y a los suyos y a esta aldea el amor que nos regala y el desayuno tan bueno que nos pone en su mesa?
Y la abuela, irremediablemente siempre respondía con una sonrisa en los labios y con palabras sinceras:
- Ahora, iros con Dios y que Él bendiga vuestras empresas para que nunca hagáis mal a nadie aunque la vida sea dura y os quedéis por los caminos en dolor, sangre y penas.
Y ellos siempre decían:
- Nuestro cariño para usted, reina abuela y que Él le bendiga mientras viva y luego le pague con una casa hermosa y de oro y una fuente de aguas claras y muchos trinos de ruiseñores, en las praderas eternas.

LA MUERTE DE UN HERMANO PEQUEÑO

YO RECUERDO AQUELLA MAÑANA del mes de febrero que fue casi como la del día de hoy porque venía el sol, a primera hora, saliendo y saltando de una cresta a otra de las montañas y conforme le iba dando su beso, a las nieblas que arropaban las tierras de la ladera y las umbrías que bajaban a los barrancos, llenaba como de fuerza el misterio gris de la senda que viene curvándose por las hondonadas desde el otro lado de la sierra y también llenaba como de entusiasmo y luz, el sencillo pastar de las ovejas justo en las plácidas praderas de los llanos que son el comienzo de los cien ríos que nacen en estas sierras y mueren, o más bien se hacen esencia, en los mares de lo eterno.

Y recuerdo que aquel día, casi como el de hoy hermano y bello, se sentía como si estuviera a punto de traer una primavera nueva, o al menos eso era lo que la gente quería en la aldea, porque en la mañana del día anterior al nuevo, en la misma iglesia pequeña que mira al río y queda como abierta al cementerio de la umbría y llanura del río, se celebró el entierro de aquel otro hermano mío pequeño que una tarde antes y, estando por este mismo voladero cuidando a sus animales, resbaló y cayó y se hizo añicos y quedó con los brazos abiertos justo por donde, en aquel entonces, todavía tenían su tierra los huertos.

Y digo que recuerdo que en aquel entierro, en la mañana que se parecía a la de hoy, todos decían que no era cierto porque siendo el muchacho pequeño y alegre y sin tener ninguna enfermedad, se apagó tan de pronto aquel día de invierno que aunque todos lo lloraban y todos por él pedían al cielo, todos decían, en la iglesia y en las casas de la aldea y ya camino del cementerio, que su

muerte ¡qué lástima! no era real sino que aquello más bien parecían un sueño pero recuerdo que después de la misa, en el mulo viejo, cargaron su caja y la llevaron al cementerio y en la tierra roja que mitad es umbría y mitad es llanura junto a la corriente limpia del río sereno, se enterró su cuerpo mientras los hermanos allí presentes no dejaban de llorar y acudir al cielo y sollozar, “qué lástima y tan joven y bueno”, besaba la tierra húmeda y fría de la sierra, los rayos de sol que va saliendo y en esto y en otras cosas, es donde aquella mañana del mes de febrero se parecía tanto a esta silenciosa que ahora aquí conmigo tengo.

Y también recuerdo que justo en este voladero donde ahora me he traído mi casa de frío y sueño y algo por las partes bajas que es tierra de pinos y helechos, fue por donde, dos días después de la muerte de aquel hermano bueno, padre subía con la misma piara de cerdos y al encontrarnos los dos entre la sombra de la encina que había recogido su cuerpo al terminar de caer por el agreal del voladero, padre me dijo

- Aunque lo del hermano roto por estas piedras sea un desgarro tremendo y ahora parezca que nos falta, del corazón, el vital aliento, nosotros tenemos que seguir dando careo a los cerdos y atravesando las sendas que, como el sol de la mañana, van saltando de cresta en cresta por las cumbres cerros.

Y entonces le pregunté:

- ¿Pero padre adónde van los muertos que, como este hermano sencillo y humilde, se apagan sin manchar ni siquiera el viento?

Y padre:

- Él, como tú y yo y cuando llegue su momento, se ha ido derecho a la eternidad fundido en el abrazo del amor que la ha dado el Padre Eterno y también se ha quedado palpitando en el íntimo fluir que rebosa de la hierba de los

cerros y entre los latidos silenciosos que marcan el ritmo de la tierra y las cascadas blancas que saltan por los arroyuelos.
Y el hijo otra vez:
- Entonces dime padre, la sierra que nos abraza y esta lluvia del invierno y la luz que derrama la luna cuando pasa cabalgando sobre las capas de hielo ¿es donde, el hermano que se ha ido y el corazón de Dios, tiene su centro?
Y el padre:
- Esta sierra nuestra es como el espejo que refleja la pura imagen de Dios y por eso, los caminos y las fuentes y los ríos y los montes y los silencios profundísimos que por aquí de continuo bebemos, no son de los que vienen de fuera aunque se proclamen dueños, sino de los serranos que se derritieron en sudor labrando la tierra y un día cualquiera de una mañana de luz que parece primavera, abrazados a ella, murieron.

Y hoy, cuando después de tanto tiempo y aquí sigo todavía esperando que como al hermano de aquella mañana, Tú llegues por fin y me des tu beso, al mirar el sol que viene saliendo y saltando de cresta en cresta por las cumbres que son mi sierra vestida de puro invierno, me digo que es casi como aquel día con la misma caricia del viento y el mismo pálpito suspendido en el eterno universo de este rincón mío pequeñito que lo es y lo tiene todo en la soledad de la mañana que me trae tu fragancia y beso y sin que yo lo quiera, también es dolor dulce y amor que sigue en su espera y es perfume y es recuerdo.

CERCO TIENE LA LUNA

LA TARDE SE VA con el viento y al llegar la gran noche, la luna aparece en el cielo y como hoy es el último

día ya del mes de enero, al irme por el campo y pisar los ruinas de lo que aún queda de aquellas casas y, en especial la del centro, me parece verlos todavía ahí mirando sentados encima de los escombros viejos y por donde sobresalen las vigas del techo que son los palos donde estuvieron colgados los chorizos de aquellas matanzas y mudos y quietos, con sus miradas se pierden por el valle mientras ya, los que no son de aquí y tienen orden de dejar las tierras limpias de cortijos y de huertos, ponen barrenos a las últimas piedras gordas y queman los maderos de las puertas y arrastran por el cerro las tejas morunas y entre los restos que van quedando, ellos siguen sentados y lloran sin consuelo.

Y desde allí, que se une con mi rincón de aquí y, como si estuviera dominando la tierra entera y cuanto existe bajo el cielo, me acerco y al mirar a la noche por entre las nubes y verlo sobre la desolación tan quieto, le pregunto:
- Padre, ¿qué anuncia esta noche la luna?
Y padre mira sereno y como si pidiera permiso o pronunciara la sentencia del final de los tiempos:
- Cerco lleva la luna y con estrellas dentro y eso es que llover o nevar quiere o hacer buen tiempo.

Y entonces me acuerdo que por la tarde de aquel último día del mes de enero, la niña salía de la casa y estando el cielo todo cubierto y color plomo, que son los signos de la nieve y soplando el viento fuerte y frío desde el barranco del río y los olivos cenicientos y estando los borregos ya recogiéndose detrás de sus madres porque la noche viene cayendo y estando el pastor encerrado en su casa y acurrucado frente al calor que presta el fuego porque hace frío y consolándose, como puede, de tanto borregos chicos que por estos días se les están muriendo y por eso cuando le pregunto, dice:

- El trabajo no me importa ya que si me canso, paro y así no reviento porque si no se me mueren, luego tengo la alegría de haber criado borregos pero si se me desgracian como ahora, fíjate qué triste y el penaero después de tanta inquietud y tanta espera en las tierras de este valle y la casa de este cerro.

Y no sé qué puedo decirle porque la razón le asiste y, por eso entiendo que todo lo que anuncia y llora, es tan cierto como la luna que nos besa mientras la madre y la otra hermana, hierba del valle, ya están encajando las trébedes entre las ascuas y frente al fuego y partiendo las cebollas y echando su chorreón de aceite en la sartén negra que es consuelo y al preguntarle, me dice:
- Es para hacer el guiso que nos servirá de cena y vosotros, la niña y tú, ya estáis comiendo porque fíjate que noche tan espesa de frío y viento.

Pero la niña de pelo negro y ojos dulces y alma, puro beso con toda la fragancia de las flores de los campos, porque es de Dios la esencia que de ella brota, sumada a todas las hermanas flores que ya muestran los romeros, al no verla junto a nosotros, pregunto y inquieto:
- La niña ¿dónde está que no la veo?
Y justo ahora se oye un silbo rajando la tarde y la hierba por donde las encinas se clavan en el cerro al tiempo que la otra hermana del valle, responde diciendo:
- Esa es ella que está con su juego.

Y estando la tarde ya cayendo y la noche asomando por las cumbres difusas del horizonte incierto, salgo al campo, entre la lluvia que ya cae y el frío viento que sopla del valle y anuncia tormentas de nieve y también misterio de la noche que ya se cierra y la llamo y al mirar, la veo recortada en la profundidad del río que viene lleno y abrazada por el temblor esmeralda de la hierba y las

gotas leves que la besan y la lejanía opaca del valle por donde el agua del charco inmenso, el que tanta vida dará allá a lo lejos y a nosotros, los de este cerro e hijos de esta tierra desde aquellas noches perdidas en el confín de los tiempos, nos traerá tanta muerte y tanta merma junto con lo que es inenarrable, y contra el silencio me voy caminando hacia ella, siguiendo los silbos nítidos y ya a su lado, le pregunto:
- ¿A quién llamas estando la noche cayendo y con este cielo de nubes grises y de tan extraño viento?
Y ella:
- Lo de ahora no es un juego porque la hermana bella que lleva el niño en su seno ¿no te has dado cuenta que falta de entre nosotros y también el hermano bueno?

Y estando la tarde cayendo y al notar su ausencia, le digo que sí pero:
- ¿Dónde están ellos?
Y la hermana blanca del misterio azul y en esta noche de viento:
- Ella está en la tinada que hay en lo hondo del valle y justo por donde el gran charco artificial ya se le ve subiendo y encerrando a sus ovejas y abrazando a sus borregos porque nada más al nacer o a los pocos días, se les están muriendo y, además, teme que esta noche, ya final de enero y con este frío y esta luna de brillante cerco y la lluvia recia que cae y el río con el largo charco que viene subiendo, se quede sin tierras para siempre y a ver luego qué hace con tantas cosas perdidas y la ilusión nueva que le embarga por el hijo primero que le nacerá cuando se le cumpla el tiempo.

Y como sí lo entiendo y sé que tiene razón y no sé qué responderle, de pronto y sin saber por qué, le pregunto:

- Pero el silbo ese bello que te sale con tanta fuerza y con tan fina elegancia, vuela y atraviesa el viento, ¿cómo lo haces?
Y ella:
- Me lo enseñó padre y mira: se juntan los dedos y se meten en la boca y se ponen bajo la lengua y se sopla fuerte y sale el silbo rajando el viento y según se quiera llamar a las personas o a los borregos o anunciar peligro o pedir ayuda, así es o se hace este silbo de largo o de intenso.
Y entonces ella me lo muestra en vivo y como algunos de ellos son buenos para llamar a la hermana, los proyecta hacia el barranco que es por donde se adivinan trajinan con sus borregos y el delgado sonido corta el viento y al volverse ella, con su cara de princesa y su alma misterio, anuncia inquieta:
- Es que no lo oyen porque el viento sopla de este lado y aunque mi silbo es penetrante e intenso, se lo lleva el aire para el lado izquierdo.

Y miro a la oscuridad de la tarde noche y, por el lado en que el silbo se va con el hermano viento, veo que brilla el cortijo un tanto misterioso y como tornado en hielo y adivino que en su mismo centro y junto a su cocina y pegados al fuego, respira y sueña y llora padre con el corazón inquieto y todo preocupado porque se le mueren sus borregos y la otra hermana con tonos de hierba fresca y la madre reina y silenciosa que siempre llora y ríe y reparte cariño desde su en mundo secreto, que ya preparan el guiso con la sartén en las trébedes y poniendo la mesa pequeña que es casi hermana del suelo y, mientras van y vienen, acarician el momento en que estemos todos alrededor de la lumbre y demos comienzo a la reconfortante cena de este último día del mes de enero.

Y estando la niña de cara morena y pelo negro y ojos diamantes, porque son perfume del más dulce beso, lanzando su amor a la hermana por el telegrama del silbo que atraviesa el viento y estando el latido de su corazón y la luna rodando, por el pálido cielo, temblando y alumbrando levemente la noche que llega, se oyen las palabras de padre que anuncian diciendo:
- Cerco lleva la luna y con estrellas dentro y eso es que llover o nevar quiere o hacer buen tiempo.
Y el hermano que pregunta:
- Pero padre ¿es cierto que, lo del charco largo y el río subiendo y cubriendo la hierba y las tierras y las tinadas y las ovejas con sus borregos y las casas nuestras, con madre y la niña en su juego y los otros vecinos y la hermana y su sueño, también lo trae escrito la luna en su reluciente cerco?

El perfume eterno

I- La niña

Yo la vi a ella, a la niña hermana y que es delicia en el espíritu que da vida al alma, la vi subir por la senda cogida a la mano de la abuela y toda empapada de la belleza que vestía la mañana.

Y sólo verla, qué sensación más placentera dejaba su imagen en mi corazón y qué momento más intemporal, se hacia esencia en la región del sueño que traspasa y domina la materia.

Y vi como cuando llegó a la curva del río, donde el agua salta abierta y es espuma de viento, dejó a la abuela y pisando la escarcha blanca que se traba en la verde hierba, se puso a saltar por entre los chorros de seda teñida de tonos celestes y oí como le dijo la abuela:

- El río que tanto te gusta, te pertenece porque es tu juego pero en casa la madre espera.

Y vi yo a la niña que se trajo con ella toda la claridad de la corriente y al cogerse otra vez de la mano de la abuela, vi como la hermana hermosa, se hizo de pronto eterna luz de primavera.

II- La abuela

Es larga la ladera y cae grandiosa desde la cumbre del cerro oscuro y como mira al río y al sol primero de la mañana, al monte que cubre la ladera y a las rocas blancas que la empiedran, desde la junta del arroyo de los granados, se le ve majestuosa y rodeada de un misterio que extraña.

Y como por la parte media y también mirando al sol de la mañana, la cruza el arroyo de la corriente clara, cuando la niña va de la mano de la abuela siguiendo la senda que hasta la misma junta, al arroyo acompaña, al llegar a donde los fresnos se espesan y crece la higuera blanca, casi siempre ella dice:
- Abuela, esta ladera, nunca yo todavía sé dónde empieza ni dónde acaba.

Y la anciana soberana que de tantos años ahora es un poco sueño y un mar de ciencia, a veces calla y a veces contesta:
- Esta ladera, con su halo oscuro del monte que se inclina y mira al sol de la mañana y remontado sobre el río ¡qué grande es ella y qué misterio ahí, Dios, tiene escondido!

Y las dos siguen llevando sus pasos por la vereda que la curva traza donde el arroyo es ancho y al rozar los troncos de las higueras, se paran y durante un rato, miran de frente a la gran ladera que grandiosa, se enfrenta al

sol de la mañana y a las aguas limpias, que a sus pies, se alejan.

III- La madre.

Y vi yo a la reina madre, la que lo es de verdad porque su corona se apoya en el pilar del amor que del corazón nace, se le vi al amanecer, yendo tras las ovejas que llenan la ladera grande, de los pinos espesos y las piedras blancas que, en losas, caen.

Y al acercarme, desde la distancia y la veneración que siempre me inspira ella, y preguntarle:
- ¿Y tu niña del alma, la que sí parece princesa y aprende en la universidad tremenda del amplio campo y del rocío de las estrellas?
Y la buena madre:
- Ahora se acurruca en la casa junto al fugo de la lumbre porque fíjate el frío que hace pero en cuanto termine de llegar la primavera y la hierba se ponga grande, y se vistan de hojas verdes, los álamos que por el viento llevan su baile, se vendrá por aquí conmigo a recoger los borregos que con ella juegan en la tarde.

Y le digo a ella que:
- ¡Hay que ver qué niña y qué princesa es la hija que llevas en la sangre!
Y luego sigo mirando por la anchura de la ladera que se mira en el río que a miel sabe y para mí y en mi corazón, me digo que ¡hay que ver qué esencia y qué paisajes y por ellos, las ovejas entre el amor de la reina madre!

IV- La primavera

Volvieron las mariposas, al llegar la primavera y por la cañada de los manzanos, donde las zarzas se amontonan por los lindazos y el agua clara del río empapa la tierra, ellas revolotearon y en los meses de la

primavera fresca, se hicieron dueñas de las flores de los manzanos.

Y volvieron, por el mes de agosto, a llenarse de calor los campos y los árboles de la cañada, se cubrieron de hojas nuevas y de sus ramas viejas, colgaron relucientes y bellas, las nuevas frutas del viejo año, por la tierra y huertos de la cañá de los manzanos.

Y cuando ya el otoño se hizo presente tiñendo de color miel y caramelo las cañadas y los barrancos, la niña se fue por la vereda que acompaña al río claro y de las ramas de los viejos árboles, ella cortó y, mientras jugaba, los frutos sanos y cuando se los estaba comiendo, miró a la abuela y le dijo, como en un juego blanco:
- Estas manzanas de color oro y el agua de nuestro río hermano ¿verdad que son alimentos de dioses que la tierra, el viento y el sol, nos ha regalado?
Y ella:
- Y un poco las mariposas que en la primavera revolotean y con ellas y el canto de los ruiseñores, Dios que nunca deja de su mano.

Volvieron las mariposas y con ellas y la luz limpia de la primavera, los campos se llenaron de rocío y, de perfume, las flores de los manzanos.

DIA DE SAN JUAN

En la mañana de San Juan, tú te levantas y derecho desde tu cama y antes de dar el sol en el agua del río y te lavas y eso es sano. Coger el agua de siete fuentes en la mañana de San Juan, es agua medicinal.

Para ver si es cierto que fulano te quiere o no, de los cardos que se cría en la sierra y se le llaman Cardonchas, que echan unas rosas grandes y en medio crían unos

pelillos. Pues como la juventud es tan loca, íbamos y cogíamos cardos de esos y eran dos, el mío y el de fulano que me quería y para ver sí es cierto que me quería o no, le cortábamos todos aquellos pelillos y los chuscarrábamos en el candil. Así que aquello se quedaba negro, todo quemado, lo poníamos en la cantarera y si a la mañana siguiente estaba aquellos pelillos floridos y si no estaban nacíos es que no te quería. Esto es la experiencia que teníamos.

Si hay un niño quebrado, se coge entre una mujer y un hombre que se llamen Juana y Juana y se pasa el niño por lo alto de unas zarzas dándoselo el uno al otro y así el niño cura de su enfermedad.

Domingo de Carnaval es la llave de la primavera. Y quiere decir que si llueve en este día, como la primavera principia en esto cuarenta días, ya está toda la cuarentena de lluvia.

Las ovejas paren cada dos años tres borregos. La gestación son cinco meses.

EL VINO DE PASCUA
y se hace el día de San Juan y los ingredientes son: cuatro litros de vino tinto, dos kilos de azúcar, y trece nueces pero verdes. Todo esto se mueve y se echa en una garrafa de cristal, se guarda en un sitio oscuro y no se mueve hasta Nochebuena y de aquí para adelante, te lo puedes beber. Esto es tradición del pueblo que se viene haciendo desde tiempos lejanísimos. (La Matea de Santiago de la Espada, Jaén) Si uno se bebe el vino este no obtiene ningún beneficio porque este vino no tiene ninguna virtud.

Si quieres saber si te vas a casar o no, también el día de San Juan tienes que coger tres clases de hierbas y meterlas debajo de la almohada y luego tiene que ver si se marchitan o no.

Reyes magos

La fiesta de los reyes magos allí, era una fiesta muy inocente. Yo era ya muy mayorcia cuando todavía creía que eran los reyes los que echaban los juguetes por la chimenea y los que se encargaban de mantenerme la ilusión eran mis abuelos. Entonces por la noche poníamos nuestras alpargaticas en la chimenea, nos acostábamos pronto porque decían que si no nos dormíamos los reyes no pasaban y mi abuelo hasta me hacía creer que volaban con los camellos, que andaban por los tejados y que estaban muy bien informados de si nos habíamos portado bien o mal.

Y entonces nos echaban algún juguetico. Siempre en mi casa el que se preocupaba de los reyes, sobre todo era mi abuelo que para esto era muy ilusionante. Ya te digo, algún juguetico de madera o de cartón, una cacerolica de cocina chiquitilla, una pandereta también pequñica que la confeccionaba él mismo porque el abuelo era muy modoso y también a veces, pues una naranja juntica con aquello o una onza de chocolate, unos caramelos, unos alpargaticos... estas cosicas así pero nos ilusionaba mucho levantarnos por la mañana temprano y salir corriendo en busca de nuestros alpargates a ver lo que habían dejado los reyes.

Estos regalos que se ven ahora, entonces no lo había. Yo me acuerdo que una vez tuve una muñeca de cartón y aquella me duró para toda mi infancia.

EL VIENTO POR EL TRIGAL

Me voy por el trozo de tierra pequeño, un puñado de ladera que mira al nordeste y su forma es lo más parecido a un abanico no abierto del todo sino a medias y por la parte más ancha corre el arroyo y por la parte más estrecha, donde el ángulo se abre más, se alza el cortijo y al lado del levante la protege la majestuosa crestería de la cumbre y por el poniente, el oscuro bosque de sabinas y enebros

y desde el cortijo bajo y al pisar la tierra la sequedad se me clava en el corazón porque tengo yo por aquí tantos recuerdos y estos huelen a trigo verde ondeado por el viento, a tierra mojada por el manantial que brotaba en la parte alta, a barbecho en los meses de otoño y a hortales llenos de pimientos, tomates y patatas pero hoy no huele a nada porque la tierra está seca, con algunas briznas de hierba que quieren brotar pero al no tener agua se marchitan pobremente. Hace tiempo que ya no llueve como en aquellos años y en este otoño, mas bien ya casi invierno, tampoco ha llovido seriamente. Por la ladera también la vegetación se seca y por eso ya hace tiempo que en estas tierras no se siembra ni el trigo ni los hortales de patatas y aunque toda la tierra es un erial hoy no es siquiera eso.

Viendo tanta sequedad el joven se llena de tristeza y el dolor le empuja con fuerza a un deseo: sería capaz ahora mismo de subir hasta donde brotaban los manantiales y romper los tubos que por ahí han dejado y abrir regueras para como en aquellos tiempos, llenar de

agua y vida toda esta hermosa tierra suya. Sería capaz de esto pero tiene miedo. Ahí abajo, junto al arroyo, los nuevos edificios necesitan esta agua y un día como el de hoy más. En esos grandes edificios esta noche van a organizar muchas fiestas y como también vendrá mucha gente, para todo eso necesitan el agua de toda esta ladera.

Ya por aquí, por la ladera, hasta sube el olor de la comida mezclada con los sones de canciones navideñas. Ellos y para todas sus fiestas necesitan el agua que mana por estas tierras, la del manantial del arroyo y toda la que corre por el mismo arroyo. Si lo pensaran bien esta noche y todos los días del año podrían prescindir del agua de todos estos manantiales. Tienen todos ellos casas allá en la ciudad y en sus casas agua y comidas suficientes para estar más que bien cubiertos. De esta ladera, del agua de los manantiales y de los edificios podría prescindir y seguirían siendo ricos. Pero ¿quién les dice a ellos que no organicen fiestas esta noche, que no coman tanto, que no derrochen de esta manera y que no ensucien tanta agua? ¿Quién les dice a ellos esto y que luego hagan caso?

¿QUÉ FUE AQUELLO Y QUÉ ES ESTO?

Aquello fue así y como para muchos, que allí nacieron, fue un mundo completo con el aire vital que les dio la vida y el agua limpia junto con la tierra ocre que les dio el sustento, aquello fue como el corazón de todos ellos y por esto, cuando ya los echaron, muchos se lo trajeron clavado en lo más profundo y aunque siguieron amando y en su silencio, llorando, bastantes ya murieron y con su muerte se llevaron a la tumba aquel manojo de vivencias que fueron reales, trozos de vida y a final, recuerdos.

Pero Ángel, el de hondas raíces serranas y como tantos en el anonimato, de corazón grande y amor sincero, ha intentado arrancar de las venas de su alma aquella vida que en aquella tierra fue un mundo y se le clavo a fuego y sin ciencia, según la ciencia que está en el otro ruedo, ha recogido un ramillete de lo que, más que recuerdos, son trozos palpitantes de aquel mundo, aun siendo duro, bello y aquí están:

Desnudos, sencillos, crudos , reales, sangre y amor y sueño y engarzados, no en eslabones de oro bien tallados, que de eso los serranos poco saben pero sí en trozos de carne que vibra porque no quieren morir como murieron tantos y porque son bellos y él, temblando, lloroso, sencillo, desbordado y casi mudo, diciendo: “Los otros se lo llevaron a la tumba pero yo, aquí los dejo porque es necesario que no muera nunca lo que fue tan pura vida y, de la noche a la mañana, un día cualquiera, quedó en silencio. ¿Quién se atreve a decirme que no valen si fue y es y será mi centro y es la cuna que me acogió al nacer y fue el paraíso de mis juegos y ahora es, en manantial que fluye en recuerdos, como lo único limpio y luz que da a mi corazón llanto y consuelo? Y yo digo como tú: ¿quién se atreve a pronunciar palabras y decir que aquello no fue un mundo completo? ¿Y quién se atreve a decir que ahora tú no has rescatado, para el otro universo y para lo eterno, una verdad y realidad bella y será un trozo de un mundo completo?

Así que gracias en nombre de todos y de los hermanos que murieron y quede lo tuyo, sencillo, desnudo, pequeño, como siempre fuisteis los serranos, en homenaje a ellos para que permanezca recogido en tus páginas y como testimonio ¿de qué, Ángel? ¿Fue de

Dios, su amor por vosotros y en aquel rincón de vuestros anhelos, también su beso?

¿Verdad que aquello era un mundo completo y tú no lo olvidas y ahora que ya eres mayor y, antes de irte, nos los quieres confiar gritando que aunque es recuerdo, aquello fue real y esencia de muchas vidas y, además, duro y bello y aunque ya murió y ellos murieron, sigue vivo y será eterno? Esto es lo que tú quieres decir ¿verdad "Chorronero" de aires limpios y azules cielos?
y tú respondes:

- Que os pongáis a leer lo que sigue, con los ojos del alma abierta y con las fibras del corazón rastreando y bebiendo los sentimientos y ya veréis y me diréis si aquello merecía la pena, siendo lo que a continuación pongo, sólo un pálido reflejo.